

ALBERTO F. CAÑAS

Los **8** años

...

EDEL

ALBERTO F. CAÑAS

**LOS
8
AÑOS**

Edición digital 2016 v1.0

EDEL

<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica.



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

Basado en la edición impresa de la Editorial Liberación Nacional de 1955

ÍNDICE

- I.— Costa Rica era una democracia
- II.— Como se pierde una popularidad
- III.— La primera agresión
- IV.— Los sucesos llamados "Del 15 de mayo"
- V.— El Centro para el Estudio de Problemas Nacionales
- VI.— Una Campaña Presidencial
- VII—El 13 de febrero
- VIII—Después del 13
- IX.—Picado en el Poder
- X.—León Cortés
- XI.—El primer intento armado
- XII.—La Convención y los primeros pasos del calvario
- XIII.—La huelga de brazos caídos
- XIV.—El final de la campaña
- XV.—Después de la elección

I

COSTA RICA ERA UNA DEMOCRACIA

Costa Rica había vivido en paz. En Costa Rica se gozaba de libertad. El fenómeno, para los hombres de América, era inaudito. En el turbión de dictaduras y disturbios, Costa Rica era un oasis. Y más que un oasis, una invitación al lugar común. Sobre ningún pueblo de América se han escrito más lugares comunes, que los que los costarricenses han escrito sobre el suyo: "Suiza centroamericana"; "País que tiene más maestros que soldados"... La retahila es larga.

El origen de esa situación se remonta a la colonia. Costa Rica era una paradoja, porque nunca había sido rica. Era, en realidad, una de las más pobres porciones del Imperio Español; nada había en ella que invitara a la expoliación o a la explotación. Pequeño apéndice de la Capitanía General de Guatemala, despoblado casi, no era tentación para nadie. El español que a Costa Rica llegara no vendría en son de conquistador, que en Costa Rica poco había que conquistar; no encontraría trabajo gratuito de indios, porque nunca los había habido en cantidad significativa. No había oro para las Iglesias o para las arcas; no había indios para la esclavitud o el fácil mestizaje. El español que a Costa Rica llegara, tenía que llegar como colono y no como conquistador; a vivir y no a enriquecerse. Y así, el grito de Independencia, dado en Guatemala y escuchado en Costa Rica muchas semanas después, fue recibido por una población de pequeños hacendados que tenían que trabajar porque no había quien trabajase para ellos; por una clase afincada que no tenía privilegios de la corona, sino buenos solares, plantaciones fértiles, y alguna vez un piano o libros en francés.

A colonia así de humilde, la declararon Independiente desde la Capitanía General. Aislada de ella había vivido, y aislada quiso seguir; el primer intento contra esa tendencia al aislamiento, el de unirla al Imperio mexicano de Iturbide, abortó, no sólo porque México estaba lejos, sino también porque traería complicaciones. Cuando la apenas pudiente aristocracia rancia de Cartago se declaró Realista (Monárquica diríamos

hoy), los comerciantes de San José con un puñado de intelectuales a la cabeza, le armaron perra; y el 5 de abril de 1823, sobre las lomas que separan a las dos ciudades, en la batalla llamada de Ochomogo, los josefinos no sólo derrotaron a los cartagineses, sino que le arrebataron a la vieja ciudad la condición de Capital, que se trajeron para la ciudad nueva, criolla, donde la colonia poco había dicho. De paso, dieron el primer avance democrático, y dejaron sentado que las nuevas ideas republicanas serían las que habrían de tener vigencia. En esa pupa aparece, con caracteres de auténtico jefe, Gregorio José Ramírez, que acaudilla las huestes militares Josefinas como Comandante General de las Armas de la Provincia. Tiene a la sazón 27 años. Es una figura oscurecida de la que poco se sabe. Emerge en la historia como un veloz cometa. Sabemos que fue marino, que viajó y llegó hasta Chile; que leía mucho. Se cree que había visitado los Estados Unidos. Y tenía una singular conciencia que ahora podríamos denominar democrática.

"La tradición (1) nos lo pinta pequeño de cuerpo, endeble y enfermizo, pero dotado de una energía indomable y de un carácter de acero. Marino de oficio, navegaba desde hacía varios años en el Pacífico, visitando los puertos del reino de Guatemala y de la América del Sur. Era dueño y capitán del bergantín Jesús María, al que también llamaban El Patriota y en ese barco había regresado a principios de febrero (de 1823) de un largo viaje por las costas de Colombia, el Ecuador y el Perú... Los modales de Ramírez eran bruscos, su lenguaje áspero, como de hombre acostumbrado a luchar contra las tempestades y a ser obedecido al punto y sin réplica; pero a la vez poseía pandes cualidades, por las que era. muy querido y popular, sobre todo en Alajuela, donde por causa de su mala salud se había domiciliado con su madre doña Rafaela Castro. Liberal entusiasta fue uno de los muy pocos que soñaron con emancipar a Costa Rica en las postrimerías del dominio español, y desde la Independencia había figurado mucho en representación de la Villa de Alajuela, de cuyo partido republicano era el jefe".

En aquel momento, Ramírez representa la tesis democrática. Una democracia a la fuerza, si el lector lo quiere, porque Ramírez, al asumir el mando, se convierte en dictador por diez días; hace erigir una horca en la Plaza Principal de San José, y anuncia que colgará de ella a quien no obedezca; al principal intrigante realista, José Santos Lombardo, le inflinge la tortura mental de probarle diariamente un par de pillos que

nunca llegan a ajustarle. Pero no cuelga a nadie; al terminar los diez días, convoca al Congreso para que reanude el sistema de Juntas Gubernamentales, y una tarde, cuando cree que los realistas están obteniendo demasiada ingerencia en el nuevo régimen, se va. Al fin y al cabo, la lucha armada ha terminado y el país está en paz; lo importante ha sido dejar triunfante la tesis republicana. Ya está en vías de promulgarse la primera Ley Fundamental; Ramírez se ha limitado apenas a servir una dictadura en la que nadie sufre, por el cortísimo lapso necesario para encarrilar a la Patria por los caminos que él aprendió durante sus viajes.

Se va con rumbo a su Alajuela. Y allí, al terminar ese año crucial, fallece. No ha cumplido todavía 28 años. Pasan muchos más de los que él alcanzó, antes de que se descubra un retrato suyo. Y durante muchas décadas, los textos escolares de historia lo ignoran. Pero es la primer figura de conductor democrático que produce Costa Rica.

"Don Gregorio José Ramírez,—agrega Fernández Guardia (2)— el único hombre de acción que tuvo Costa Rica en aquel tiempo, es una de las figuras más interesantes de nuestra historia posterior a la Independencia. Gracias a su energía, valor y actividad, fue resuelta en un sentido liberal y progresista la aguda crisis política de 1823, justificando así plenamente la confianza que en él pusieron los que anhelaban para Costa Rica un régimen republicano y democrático. Caudillo popular, encarnó en aquella época preñada de peligros la voluntad de la mayoría del pueblo, y la impuso a los que pretendieron violentarla. Por este motivo su actuación en nuestra primera contienda civil ha sido objeto de apasionadas censuras y se le ha pintado como a un déspota vulgar, especialmente por la prisión de Lombardo, en quien han querido ver algunos a un patriota excelso; pero la verdad es otra. Ramírez era realmente un demócrata de corazón y un buen ciudadano, como lo prueba la circunstancia de no haber querido quedarse con la dictadura después de la jornada de Ochomogo y de la rendición de los imperialistas. Al contrario, se apresuró a restablecer el orden legal, convocando a la Asamblea a fin de que ésta reorganizase el Gobierno de la provincia, como en efecto lo hizo."

De estos sucesos arranca la tradición costarricense. Claro, durante el Siglo XIX hay discordias intestinas, y hay cuartelazos, y hay dictaduras (pero por lo general tienen un sentido de progreso y republicanismo, como la de Braulio Carrillo); hay incluso, una pareja de militares que se impone

durante 10 años hasta que otro militar acaba con ellos". Pero el país— declarado oficialmente República en 1848—se desarrolla normalmente, vive en libertad y la proporciona, y llega hasta desangrarse en 1856 y 1857 por la libertad de Nicaragua y eventualmente de los otros países centroamericanos con los cuales quiere vivir pero no convivir. Los presidentes son médicos, o abogados, o militares, o comerciantes; los hay que no alcanzan la treintena, y los hay que peinan muchas canas en sus pobladas barbas en forma de U; unos, no llegan a gobernar el medio año (generalmente son civiles); otros, se perpetúan hasta por diez, con intervalos a cargo de personajes de confianza (generalmente son militares); pero un civil, Juan Rafael Mora, logra gobernar un discutidísimo decenio al través de reelecciones, e imprime al país un nuevo vigor-democrático; decreta el Monopolio de Licores, crea el primer Banco del Estado, en cierta forma —aunque él pertenece al grupo— logra refrenar los impulsos prepotentes de la plutocracia cafetalera en formación, y obtiene gloria centroamericana en la heroica Guerra de Nicaragua; pero todo tiene un carácter patriarcal y familiar: el Generalísimo de las tropas es su hermano José Joaquín; el gran militar del contingente costarricense, es su cuñado, el salvadoreño José María Cañas. Y es otro cuñado suyo, José María Montealegre, el que asume el poder cuando Mora es derrocado, y el que lo ejerce cuando se da la orden de que le fusilen en compañía de Cañas. En Montealegre, a diferencia de Mora, pesan más los intereses económicos, pero por lo demás no hace mal gobierno, aunque de su administración arranque el predominio de 10 años de los Generales Blanco y Salazar, que sólo termina en 1870, cuando otro General, Tomás Guardia, acaba con ellos y manda en Costa Rica hasta su muerte, con un sentido de empuje y progreso cuyas proyecciones todavía hoy se sienten.

Pero el gran movimiento de afirmación política popular ocurre en 1889. Al través de las presidencias hereditarias y militares, ha llegado al gobierno el General Bernardo Soto; general a la costarricense usanza, pero más que eso^y antes que eso, abogado; es decir, hombres de leyes, hombre civil, y liberal. Un auténtico liberal de su época, que se rodea de una pléyade de brillantes jóvenes que apenas rebasan los 30 años, y al que con cierto tonillo despectivo llaman algunos "El Olimpo". Son muchachos ante todo intelectuales, y tienen un claro concepto, un liberal concepto de las cosas. Liberal comecuras a ratos, pero lo que interesa es que es políticamente liberal. Han viajado, han estudiado, han visto mundo y libros. Y encuentran que la tranquilidad costarricense es buen terreno para una

semilla auténticamente democrática. Rodean a Soto, y hacen brillante su gobierno. Y se preparan a elegir Presidente en 1890, a un liberal: Ascensión Esquivel. Pero pareciera que el pueblo no está todavía maduro para esas cosas del liberalismo, y quiere a otro candidato: José Joaquín Rodríguez, que tiene un yerno llamado Rafael Yglesias, que es una joven candela de dinamita.

"Con Esquivel —dice don Ricardo Jiménez (3)— estaban... los hombres de avanzada, los que pensaban en una República democrática y liberal en que el poder se levantara del pueblo, se sostuviera con el pueblo y se devolviera al pueblo, y que éste fuera libre para escoger, para elegir, y para desipar a sus gobernantes y representantes". En torno de Rodríguez, agrega, estaban "agrupadas muchas fuerzas de la reacción".

Pero el problema no es de ideas sino de afirmación política popular. El pupo liberal, lo confiesa el propio señor Jiménez que se apartó temporalmente de él por eso, tenía la intención de ganar la elección a la brava. Incluso se vio el caso de tropas que se lanzaron a la calle un día, el 7 de noviembre de 1889, a vivir a Esquivel. Y ese mismo día, ante los amagos de un golpe de estado, Yglesias recorre los lugares cercanos a la capital y moviliza a la población rodriguista, que tiene en la bolsa, aunque no se lo hayan reconocido, el triunfo en la elección de electores celebrada pocos días antes (4). En la noche, 7.000 hombres marchan por los cuatro puntos cardinales hacia San José; cada uno trae su arma, y de los comercios más grandes de la capital han salido subrepticamente otras. Pistolas; rifles, cuchillos, machetes. Hay algunas balaceras. La marcha popular se detiene en sitios aledaños y estratégicos; 5.000 gentes capitalinas se le unen. El encuentro parece inminente. Un grupo de dirigentes rodriguistas se dirige a la Casa Presidencial y pide a Soto que garantice que el triunfo que su Partido ha logrado será reconocido. La presión del otro lado sobre Soto es, naturalmente, enorme. Soto sabe que está en capacidad de sofocar el movimiento popular rodriguista, pero cede, y deposita el poder en el Doctor Carlos Duran, a quien la oposición considera suficiente garantía. El sentimiento popular se ha impuesto.

Es cierto que este pacífico triunfo de la mayoría ciudadana detiene por más de una década la inevitable llegada al Poder de la muchachada del "Olimpo", de la generación del 89 que decimos hoy, pero el país obtiene en cambio a partir de 1894, el Gobierno vigoroso —aunque muy discutible

desde un punto de vista democrático— del joven caudillo Yglesias, que sucede a su suegro y, mediante una hábil maniobra reeleccionaria operada en 1898, logra gobernar hasta 1902 en medio de las iras de las fuerzas plutocráticas que apoyaran a Rodríguez, y a las cuales él combate ahora denodadamente.

En 1906, y tras un Gobierno de transición del derrotado candidato Esquivel de 1889, los "olímpicos" liberales asumen plenamente el Gobierno, y se inaugura formalmente en Costa Rica la era más limpiamente democrática ; la inicia Cleto González Víquez (aunque las circunstancias de su llegada al Poder sean todavía hoy objeto de discusión), la continúa Ricardo Jiménez, y la sostienen ambos por treinta años. Es la edad de oro. La formalidad democrática alcanza en ella su esplendor. Pero esa época por muchos añorada, tiene cierto saborcillo plutocrático inconfundible, de carácter patriarcal. La generación liberal puede gobernar en paz, porque cuenta con el apoyo de la plutocracia. Son los abogados de los grandes cafetaleros —o ellos mismos— los que se suceden en los altos cargos gubernamentales, en las curules congresiles. Esto es así, porque entre las clarísimas y ejemplares ideas de los liberales, y los incipientes intereses de la plutocracia, no hay, a esa altura, choque alguno. Pero de la pléyade de hombres brillantes, son los ricos quienes escogen. Las candidaturas nacen en las oficinas, y en ellas se decide a quién se le financian sus aspiraciones y a quién no; los diputados son, por lo general, los señores de la ciudad cuidadosamente escogidos. En alguna oportunidad, a un inminente gobernante, delegaciones de obreros —de "artesanos" se les llama entonces— y de poblaciones lejanas con aspiraciones, le piden representación propia- en el Congreso. La respuesta del candidato, que hoy parece cruelmente irónica, es la justa y adecuada para la época: de su lista de candidatos a diputados, él ha escogido a uno como defensor de los artesanos, y a otro como representante del lejano cantón; y les cita a un prominente abogado de intereses extranjeros, y a un pariente suyo a quien él desea resolverle un problema económico llevándole al Congreso. La democracia costarricense es patriarcal, es idílica, es pastoril. Y como todo patriarcado, presupone la existencia de una clase, o de una casta, o, en el peor de los casos, de una camarilla privilegiada, que por privilegiada se convierte en protectora. El sistema patriarcal protege benevolentemente, pero no da auténticos derechos.

Sin embargo, en medio de todo aquello, se vive tranquilamente, se

progresan paulatinamente y, porque las figuras de proa de la República lo quieren, se va creando conciencia democrática. González Víquez y Jiménez trabajan para el futuro. Saben hacia dónde debe marcharse, pero no se precipitan. Son cautos, pero conocen su meta.

Había sido el padre de Jiménez quien, como efímero Presidente, decretara en 1869 que la enseñanza primaria era gratuita y obligatoria; y González Víquez figuraba en el Gobierno de Soto, cuando el gran Mauro Fernández —paradójica figura de banquero-educador, pequeño hombre de gran visión— emprendió su reforma educacional, truncada por cierto. González Víquez y Jiménez intensifican la educación, con un criterio popular, democrático, y laico (su liberalismo es también religioso), pero sin crearse problemas; extienden las vías de comunicación, le crean al más humilde de los ciudadanos la conciencia de su propio valor de tal. En el fondo de sus espíritus de estadistas, tienen que haber sabido cuáles serían las consecuencias de esto; pero la plutocracia que les sostiene no las calcula: en el fondo es conservadora, pero no lo sabe, y auspicia a los liberales en su gran tarea sin tropiezos.

Cuando el Gobierno democratiza a largo plazo, cuando lo que hace es poner las bases para que las generaciones futuras tengan más vigor con que gritar contra el patriarcado protector, trabaja en paz; cuando toma medidas más inmediatas, más directas, el resultado es otro, y lo prueba la estrepitosa caída del idealista Presidente Alfredo González Flores en 1917. González Flores ha llegado al poder, por una extraña combinación política, en 1914, a los 35 años; es soñador, es ingenuo, es excesivamente estudioso, y para la aristocracia Josefina (ya para entonces muy parecida a la cartaginesa de 1823), es un vulgar provinciano que, para colmo de males, ha decidido ponerla a tributar.

Vive todavía Costa Rica la época en que, para ser alguien, "hay que ser hijo de alguien"; hay un número de familias que son o fueron ricas, y que dominan; esto es tan aceptado, que la expresión usual para indicar que alguien "es de buena sociedad", es decir que "es gente". Los demás, se deduce, no lo son, pero no por no serlo se les va a perseguir o a humillar; eso, jamás; se les protege, tienen derecho al voto y suavemente se les indica por quién han de darlo; a veces, es cierto, se rebelan, pero en pequeña cantidad; los políticos que tratan de prescindir del sistema: Máximo Fernández y Jorge Volio por ejemplo, fracasan. El listo y humilde

viejo González Víquez, que nunca pierde la limpieza de su alma de campesino de Barba, y el diabólico aristócrata cartaginés Jiménez, que renegó de todas esas cosas para alarmar señoronas en su juventud, se ríen de ellas, pero no hacen de sus carcajadas sistema de Gobierno. González Flores, que no tiene ni el olfato de Jiménez, ni el tacto exquisito de González Víquez, ignora muchas cosas. El lo que quiere es pagarle al destino la jugarreta que le llevó a la Presidencia, con un gran paso hacia adelante. Pero ese paso roza intereses. Intereses económicos, intereses sociales, e intereses de clase. Y en el más borbónico nombre de la aristocracia, su aristocrático Ministro de Guerra Federico Tinoco lo tumba frescamente, entra a gobernar en compañía de los más sonoros apellidos, e instaura, por 30 meses, la única auténtica dictadura que ha vivido hasta ese momento Costa Rica; por lo menos, la única que puede codearse con sus congéneres del continente.

Pero la oligarquía de Costa Rica no es militar como la de Venezuela, ni feudal como la del Perú o Guatemala; y eso de tiranizar le queda dichosamente grande. Un disparo misterioso liquida al hermano y factótum del dictador, y remata así el movimiento auténticamente popular de resistencia que ha venido volviendo loca a la tiranía durante meses, y que, como para que se vea de donde están viniendo las correntadas, ha tenido su expresión urbana, capitalina, en las maestras principalmente.

Los 30 meses de Tinoco apenas interrumpen la patriarcal Edad de Oro, y, caído el dictador, la democracia sigue adelante; uno de los jefes revolucionarios, Julio Acosta, es electo Presidente, y luego le suceden —¿cómo no?— Jiménez y González Víquez otra vez.

Hay ya algunas voces pensantes que comienzan a clamar que la democracia costarricense sólo lo es porque González Víquez y Jiménez quieren que lo sea; que la democracia costarricense circula de arriba hacia abajo y no de abajo hacia arriba; que tiene su base en la Casa Presidencial y no en otra parte; y que no sería difícil destruirla. El país —se quejan— no tiene equipo humano para sostenerse cuando los dos grandes presidentes desaparezcan. Un poderoso ingenio, aristócrata, cartaginés por más señas, pero volteriano y vitriólico, vástago de las viejas familias de la vieja capital, Mario Sancho, publica un cáustico tomo en 1935; lo titula, irónicamente, *Costa Rica, Suiza, Centroamericana*, pero no es tomo de burlas sino de veras; analiza, desnuda, diagnostica y, de paso, hace la

autopsia. Y, significativamente, lo publica pocos meses antes de que desaparezcan del Gobierno, definitivamente, los dos grandes caudillos liberales. Son las postrimerías del tercero, del último Gobierno de Jiménez. Como González Víquez (que tenía la costumbre de presidir elecciones libres y limpias) se ha visto en su Gobierno de 1928 a 1932, abrumado por la espantosa depresión económica, y por una despiadada oposición que sólo ansiaba liquidarlo, sus acciones políticas han bajado, y ya no es posible pensar en él para que suceda a Jiménez en 1936. Pero hay en el Gobierno un Secretario de Fomento (5) de singular energía, de excepcional probidad, de inusitada eficiencia, que se llama León Cortés. La aristocracia vuelve los ojos hacia él, aunque algunos de los más recalcitrantes aristócratas deciden hacer casa aparte porque Cortés es tan sólo "un notario alajuelense". Pero ocurre un fenómeno, que los hombres de 1935 difícilmente notan, y al que, en todo caso, no le dan importancia: y ese fenómeno es el de que, antes de que la plutocracia bajara el dedo, ya otros individuos habían vuelto sus ojos hacia Cortés. En términos simples, esos otros individuos se podían denominar con una palabreja resobada: El Pueblo.

Era de las clases bajas, de las clases populares, de donde salía aquella candidatura. El pueblo, por primera vez, hablaba antes.

Pero la desaparición de los grandes conductores liberales, deja una orfandad. La generación que les sigue no tiene la contextura ni la cohesión de su predecesora; los hombres del "Olimpo" han dominado la vida costarricense durante casi medio siglo, y quienes vienen detrás de ellos, criados, crecidos y educados bajo su sombra, están ya acostumbrados a que todo se les entregue hecho. Mientras hubiera un don Cleto, mientras hubiera un don Ricardo, y gentes como las que, coetáneas con ellos, con ellos gobernaron, no había que preocuparse; y la generación siguiente es despreocupada. No tiene un programa no digamos político; no tiene un programa vital; no sabe hacia dónde va, ni mucho menos hacia dónde debe irse. Si el acaecer democrático es tránsito y nunca meta, para ellos meta fue lo que los viejos liberales hicieran. No aciertan a proyectar cómo pudiera seguirse adelante; no conciben el régimen como camino y ruta, sino como desiderátum ya alcanzado. Si Costa Rica ha sido por medio siglo la democracia ejemplar de su época (y ellos han sido los más denodados propagandistas de esa versión), creen ellos que podrá seguir siéndolo sin que nada se varíe, sin que nada cambie; una democracia del

900 es para ellos, suficiente, y seguirá de seguro siendo ejemplo. El influjo benevolente y fortísimo de la generación liberal, les ha dejado desnudos.

Hay dentro de esa generación estimables profesores, distinguidos abogados, pulcros políticos, empresarios de empuje; esporádicamente, un economista de talento; pero es una generación de hombres disgregados; el único representante auténtico e integral de la auténtica e integral ideología de los liberales, que esa generación produce, se llama Otilio Ulate, y está relegado a segunda fila; tendrá que esperar una década para asumir un papel conductor.

Administrativamente, el acceso de esa generación perdida tiene resultados benéficos, mas sólo mientras León Cortés gobierne. Pero León Cortés no llega a cobrar verdadera importancia histórica en su paso por el Gobierno; todavía es tímido y está muy bien acomodado dentro del sistema. Es cuando abandona la Presidencia que crece su figura, que se convierte en auténtico caudillo civil, alimentado en la entraña pura del agro, y lleno de corpulenta grandeza; la historia habrá de fijarse con más atención en el Expresidente Cortés que en el Presidente Cortés. Su paso por la Casa Presidencial le agudiza, es cierto, su atinado sentido de lo popular y de lo democrático, pero su Gobierno, caracterizado por una labor gigantesca en materia de Obras Públicas, y por una honestidad administrativa llena de eficiencia, no alcanza a detener lo que ya habría sido vislumbra-ble en 1936: y es que, al abdicar su comando por la edad los viejos caudillos liberales, los cuadros humanos que van a ocupar su sitio no están compuestos por hombres de estado sino por políticos. El tránsito de 1936 se salva porque León Cortés es un hombre enérgico y honesto; pero ya la corrupción política se está preparando para el asalto; le deja gobernar, en espera de oportunidad mejor. Si el Congreso es incapaz, ello no se siente, porque el Presidente no lo es; si los políticos son corruptos, ello no se nota, porque el régimen Ejecutivo no les da todavía la oportunidad de demostrarlo; pero ya se amañan —en escala cantonal— las elecciones; ya los pequeños caciques provinciales intentan prolongar el disfrute, tratando de establecer una especie de cesarismo presidencial. Desaparecidas las venerables figuras, llenas de contenido humano y auténtica actividad creadora, y provistas de una posición política de honda y filosófica raíz, el campo está abierto a la aventura; los gobernantes grandes habían gobernado con hombres pequeños, les habían dado paso. Y los hombres pequeños se han tocado, se han sentido, y deciden que el mundo es de

ellos. En un momento dado, pareciera como si León Cortés se convirtiese en su prisionero. Lo grave para León Cortés es que, mientras gobierna, parece creer en ellos.

La manifestación más patente del fenómeno, se produce en el problema de la sucesión presidencial; el atractivo personal que Cortés ejerce sobre el pueblo es tan grande, que se sabe que la menor preferencia que el Presidente indique hacia un aspirante, implicará para éste i el respaldo electoral popular. Pero el Presidente no hace la indicación; y son entonces los hombres que le rodean los que se encargan de la labor.

Hay por allí un médico joven y bien parecido que tiene aspiraciones; parece ser, y dice que es, amigo personal del Presidente; es diputado, y aunque no interviene activamente en la labor parlamentaria, es el que, a los ojos de los diputados pueblerinos, interpreta las intenciones del Gobierno, y es, además, muy hábil en conseguir para éstos los pequeños y aislados trabajos de Obras Públicas que ellos requieren para complacer a su clientela electoral, y a solicitar los cuales limitan ya su gestión de legisladores. Por otra parte, en su ejercicio profesional, este médico, que se llama Rafael Angel Calderón Guardia, tiene la virtud de ser muy caritativo; se olvida de pasar las cuentas y habla muy suavemente a los enfermos. Además, la burguesía se comienza a alarmar por las algaradas que arma un pequeño Partido Comunista que funciona desde 1931 y que ha logrado elegir dos diputados; y el doctor Calderón es un ferviente, rabioso y hasta a veces irracional anti-comunista. Esto la satisface.

El viejo Jiménez, único sobreviviente ya de la generación del 89, comprende que el joven Calderón es un conservador clerical de ribetes reaccionarios, y que todo cuanto él y sus contemporáneos lograron, está en peligro. Cortés también desconfía del silencioso joven que ante nada se define, pero nada puede hacer ya, y es su propio partido el que proclama a Calderón candidato para suceder al austero alajuelense.

Jiménez, que cumple ya 80 años, acepta enfrentársele; pero ya la plutocracia está cogida: no olvida que el viejo caudillo se negó, en su último Gobierno, a reprimir por la fuerza la actividad de los muchachos comunistas; se hace sentir ante los Bancos e impide así que el viejo Jiménez —que aún es vigoroso—, pueda financiar su cuarta candidatura; como además de vigoroso, Jiménez es realista, comprende que todo está

perdido, y se retira. El doctor Calderón se convierte en candidato único, y el pueblo, en 1940, como no tiene otra alternativa, vota por él, sin saber por quién o por qué está votando.

II

COMO SE PIERDE UNA POPULARIDAD

No hay que olvidar una cosa: Calderón Guardia encontró un país adormecido. Precisamente lo que cabría abonarle fue el despertar que provocó, el recrudecer de la conciencia democrática, la vigilia por ella, el refinamiento del sentido político medio, todo producido como reacción contra su régimen.

Pero en 1940, la situación era de adormecimiento; Costa Rica parecía ajena a todas las convulsiones políticas del mundo, y lo que es más: a las ideas políticas que al mundo convulsionaban. Es cierto que existía una noción más o menos agudizada sobre lo que estaba sucediendo en Europa, cosa de la que no podía escaparse nadie. Mas la revolución de Roosevelt, el experimento liberal colombiano, la pacificación progresiva de la Revolución de México, todo eso estaba fuera del ambiente. La perra civil de España había acabado de confundir a la opinión media. En general, las convulsiones que ocurrían fuera de las fronteras eran cosa remota. El problema de las dictaduras latinoamericanas, que ocho años más tarde estaría en el espíritu de todos, se tomaba como el producto de un fatal destino del que Costa Rica, por obra y gracia de la providencia y de nadie más, se había salvado; y loco habría parecido quien osara decir o pensar que la "Suiza Centroamericana" estuviese al borde del abismo.

Para la opinión de 1940, la llegada de Calderón al Gobierno no tiene ningún significado; las gentes más despiertas estiman que el nuevo gobernante es intelectualmente inferior a todos los anteriores, pero eso no les preocupa. Nadie está pensando, políticamente, en términos que alcancen más allá de la próxima elección; nadie cree que vaya a suceder nada; el país, aparentemente está seguro. No hay quien pueda demostrar que esa seguridad es genuina, pero tampoco hay nadie que pida esa demostración.

Paniaguados del nuevo régimen se dedican a cantar loas a lo que ellos llaman "los hombres de 40 años", pero nadie toma en serio ese intento de

interpretar sociológicamente el advenimiento al Poder del mediocre médico, intento que más bien es mirado con cierta expresión burlona.

Durante los dos primeros años de su Gobierno, el Presidente Calderón hace aprobar por el Congreso dos medidas que le traen simpatías: el restablecimiento de la Universidad, y la creación de la Caja Costarricense de Seguro Social.

Pero las simpatías que despiertan estas dos medidas de carácter institucional, no son suficientes a contrarrestar otros hechos de la Administración. El más patente de ellos, el nepotismo llevado a extremos incalculables: en todas las oficinas del Gobierno figuran en forma prominente los miembros de la familia Presidencial, en alto porcentaje gentes incapaces e ineptas; un hermano del Presidente, oscuro cajero bancario hasta hace un año, es Secretario de Gobernación y Tercer Designado a la Presidencia; el Congreso se dedica a otorgar rimbombantes títulos de "General" a militares emparentados con el Presidente; de pronto se decide que una sola Sección de Compras (o Proveeduría) no es suficiente para la Administración, y se crea otra, para que un primo del doctor Calderón la ocupe.

Y lo más grave, es que algunas de estas gentes no son propiamente modelos de probidad: a los pocos meses, la imaginación popular llama "Paco a Medias" al hermano-ministro, porque se dice que ninguna negociación es posible con el Gobierno si él no lleva el 50% de las utilidades; y estas noticias nos las llevan los enemigos, puesto que el Gobierno casi no los tiene todavía, sino los propios comerciantes y proveedores de la administración, que no saben si condenarlas. Parientes y amigos presidenciales, de las más variadas profesiones u oficios, obtienen contratos para construir carreteras, para suplir materiales de construcción, para los servicios más disímiles y más alejados de sus cotidianas actividades; de pronto algunos de ellos, pobres de solemnidad hasta la víspera, resultan propietarios de lujosas residencias en barrios recién inaugurados; y es tal la profusión de allegados al Presidente que fabrican esas mansiones churriguerescas, que el Barrio donde en mayor cantidad proliferan se convierte, para la, incansable imaginación popular, en "Barrio de los Opilados". Las reservas monetarias que Cortés dejara en el Tesoro, se agotan en pocos meses; no ha pasado medio año de Gobierno, cuando ya el pago de las obligaciones administrativas se atrasa por meses y meses;

el Gobierno no presenta proyectos de Presupuesto, y el Congreso, obediente a todo, le autoriza a seguir adelante con los gastos, y a introducir en el último presupuesto de Cortés —que sirve de molde— las variaciones que estime necesarias (agregando, con su poquitín de vergüenza, una advertencia de que no debe variarse el total fijado en 1939, pero el Gobierno no hace caso de ella). Y por primera vez desde que terminara la depresión económica llamada del 29, el Gobierno cierra con déficit, un déficit de más de 2 millones, el año Fiscal. Esto ocurre al terminar 1940; es decir, 8 meses después de llegar al Poder el doctor Calderón. (En 1943, el Gobierno se las arreglará para que el déficit sea de más de 30 millones). Por supuesto, esta política va acompañada de rimbombantes declaraciones en contrario : "La política hacendaría del Gobierno consiste fundamentalmente en la nivelación del Presupuesto", dice el Secretario de Hacienda en 1940.

Mientras tanto, los parientes del mandatario —así lo sean en grados casi remotos— viajan, se convierten en empresarios, adquieren propiedades urbanas y rurales; y los allegados al Gobierno se lanzan a una desaforada propagación de candidaturas presidenciales para 1944, en la esperanza de que Calderón señale pronto cuál es la de su preferencia; toda la eficacia administrativa implantada por Cortés se relaja. Para nadie es un secreto la aversión que a éste profesa el Presidente, y que algunos familiares suyos indiscretamente comentaban desde antes de asumir todos el Poder; pero esta situación de odio personal no parece preocupar mucho. Al fin y al cabo, los elementos política y socialmente dirigentes están también más o menos distanciados de Cortés.

Los políticos comienzan a pulular de uno a otro entre aquellos de sus colegas a quienes presumen con más posibilidad de obtener el favor presidencial, y los plutócratas mismos se preparan a proclamar a uno de su propia entraña, como el ungido del Gobernante. La verdad es que en esos meses nadie parece tomar muy en serio a éste; a los ojos de los grupos que le rodean, bautizados definitivamente como "Oligarquía Civil" por el periodista Otilio Ulate, que parece ser la única voz públicamente alarmada que hay en el país, el señor Calderón no es más que un compás de espera que les permite buscar con más tiempo un Presidente para 1944. Claro que, a la larga, Calderón resulta más vigoroso y más fuerte de lo que sus allegados concedían en 1941, pero es lo cierto que al terminar el primer año de Gobierno, ya a la Administración lo único que parece interesarle es

la búsqueda de un sucesor adecuado. Y, por supuesto, durante esos meses iniciales de euforia, nadie se acuerda de Cortés. Cortés está ausente, y para la oligarquía civil —compuesta por partes iguales de plutócratas y politiqueros— es una especie de cadáver.

Pero ocurre que Cortés regresa a Costa Rica; y, en forma espontánea, una multitud se congrega a recibirle y le aclama entusiasmada, gritando que Cortés ha de ser Presidente de nuevo en 1944. Calderón se indigna y grita, pero en la intimidad. Los directores del país no toman en serio la cosa. En realidad —calculan— la multitud que ha recibido a Cortés no tiene lo que se llama "significación política"; no están en ella los caciques provinciales o de Cantón, ni los financiadores de candidaturas en escala nacional. Aquello no es más que un grupo de exaltados, grande es cierto, pero en el que no están incluidos los que algo significan o los que algo influyen. Los plutócratas, está ya dicho, piensan en su propio candidato, y los políticos están jugando a varios, por ver cuál es el más viable. Y esos dos grupos son los únicos a los que cabe conceder alguna vigencia. ¿Pues no son los que siempre y exclusivamente la han tenido? ¿No ha estado compuesta la Costa Rica tradicional y patriarcal, de un pequeño grupo benevolente que inspira u ordena, y de una masa amorfa que vota obediente? ¿Acaso entre esas dos capas del país existe alguna otra que tenga algo qué decir?

Sin embargo, la progresiva democratización, el influjo de las grandes reformas educacionales, la labor a largo plazo de los liberales que sí sabían hacia donde iban, es hora de que salgan a la superficie. Sin que nadie lo note, sin que nadie lo observe, sin que nadie por lo tanto haya podido calcular sus consecuencias, Costa Rica ha estado gobernada durante 50 años por una generación de hombres de fuerte formación filosófico-política, y de arraigados conceptos en ese sentido. Y su labor general, en lo político, en lo económico, en su defensa del derecho a educarse y de la pequeña propiedad, ha redundado con exactitud matemática en la formación de una clase media amplia, regularmente instruida, y con plena conciencia de sus derechos políticos, que a su vez puede llegar a ejercer considerable influencia sobre el campesinado. Esa clase media ha encontrado su símbolo en León Cortés, se ha entusiasmado con él, tal vez simplemente con su modo de gobernar enérgico, contundente, sin miramientos, y a partir de ese día de diciembre de 1940 en que León Cortés vuelve a Costa Rica, le convierte en su adalid. No como acto de hostilidad al señor Calderón y a su grupo; no por reacción sino por acción

directa. La verdad es que ni el ávido Gobierno de Calderón, ni los políticos de combinación y truco, ni la plutocracia con delirio de grandeza que ahora, desaparecidos los viejos del 89, se apresta a tomar las riendas del Gobierno por su cuenta y riesgo, tienen nada que ofrecer a esa clase media, que se aferra entonces al nombre de León Cortés.

A los seis meses del regreso de Cortés, el Presidente deja de guardar las apariencias; cualquier nimiedad le sirve de pretexto, y un día, cuando comienzan las lluvias de 1941, Rafael Angel Calderón Guardia lanza a la prensa la más insólita declaración que Presidente alguno haya hecho en Costa Rica: afirma a los cuatro vientos, perdido totalmente el pudor, que considerará como su enemigo personal, y como enemigo de su Gobierno, a quienquiera que simpatice o en alguna forma ayude o apoye una candidatura de León Cortés para sucederle en 1944.

La suerte está ya echada. Los costarricenses podrían ya saber a qué atenerse, pero en realidad todavía son inocentes y no calculan lo que les espera.

Calderón se da cuenta antes que muchos, de que León Cortés es un candidato fuerte, y desconfía inicialmente de las posibilidades que cualquiera de sus allegados tenga de enfrentársele; planteada esta contingencia, los palaciegos comienzan inmediatamente a agitar la bandera insólita de la reelección, o la de la prolongación a 6 años del período de Gobierno del señor Calderón Guardia, electo por 4. Las gentes sensatas, sin embargo, que comienzan a darse cuenta de la magnitud del desastre que para el país están constituyendo los insaciables allegados del Presidente, que ven el pésimo estado en que se encuentra toda la estructura estatal después de pocos meses de estar en manos del bondadosísimo pero voraz e inescrupuloso médico, no pueden creer en semejante barbaridad. Pero no faltan viejos políticos sacados de su retiro por el Gobierno para prodigarles cargos de cierto relumbrón que le permitan explotar el prestigio que esas figuras puedan todavía tener, que salgan doctamente a opinar que la prórroga o la reelección son necesarias; y ya se sabe que el Presidente tiene suficientes votos en el Congreso para hacer pasar las reformas constitucionales que a sus particulares, personales intereses convenga. Esas figuras sacadas del retiro son, por ejemplo, las que predominan en los nuevos organismos universitarios y de seguridad social, donde, salvo contadas excepciones, no hay otra cosa que viejos políticos

en barbecho y mediocres arribistas, verdaderas rémoras para las dos flamantes instituciones que no logran levantar vuelo. El Gobernante todo lo resuelve sentimentalmente: se trata de amigos suyos, o de su padre, o de su abuelo; y quienes están inconformes, es porque él no ha podido "darles nada". Claro, para un Presidente que da tanto, eso de "dar" es lo determinante.

En 1942 debe renovarse la mitad del Congreso. Todavía no hay organizada una oposición visible; el país, parece mentira, sigue adormecido. El propio Cortés, a quien el Presidente, en forma olímpica, ha condenado a un platónico ostracismo, es cazurro y está a la expectativa; sabe ya cómo las gasta el doctor Calderón, y prefiere no lanzarse todavía a la palestra.

Cuando ya la elección congresil está muy cerca, parece que sólo los Comunistas fueran a presentar papeletas para enfrentar a las que personalmente confecciona el Presidente. Pero dos muchachos completamente desconocidos en el mundo político, tienen la humorada de presentarse candidatos a diputados por la Provincia de San José. Se llaman Eladio Trejos y Fernando Lara. Poca gente, les conoce; se sabe que son abogados de bufete capitalino, que profesionalmente gozan de prestigio; que uno de ellos (Lara), tiene buena amistad con don Ricardo Jiménez, pero poco más. Su campaña la hacen ellos mismos, con escasos medios financieros; no se lanzan todavía a denunciar al Gobierno, pero sí anuncian discretamente que, de salir electos, se opondrán a la prórroga de poderes para el señor Calderón. La opinión general los mira con cierta piedad, y recuerda cuál ha sido el tradicional destino de esas candidaturas "independientes", cuál el de esos esperanzados que se lanzan sin el respaldo de un partido u organización de carácter nacional: nunca han logrado nada. Cada cuatro años, el resultado de esas elecciones de mitad del período presidencial, trae la destrucción de muchas esperanzas optimistas e ilusorias. Para ser electo, hay que ser candidato del Partido del Gobierno, o del partido que perdió la anterior elección presidencial, si es que todavía existe, o de los comunistas; el pueblo desconfía, ha desconfiado siempre, de esos señores desconocidos que de pronto aparecen un día en la plaza de la villa, cuando termina la Misa dominical de media mañana, y tras repartirles algunas hojas o panfletos, le piden sus votos.

La opinión sonrío ante las pretensiones de Trejos y Lara, y del grupo de bisoños muchachos honorables que les completa la lista. Sobre todo,

porque sabe que ni tienen ni solicitan dinero para gastar en su campaña. El sonriente médico que gobierna, y que "sabe mucho de política" (de algo había de saber), sonríe más que los otros. ¿Quién va a votar por esos niños? El propio señor Albertazzi, poeta y diputado gobiernista que es candidato a la reelección, y que sabe hacer unos discursos "frondosos y lujuriantemente injuriosos, se limita a reírse de los niños ante el micrófono, y a recordarle al novel candidato Lara la vieja canción escolar que decía "Larán, larán larito". De allí no pasa; aquello no puede tomarse en serio. A lo más que podrán aspirar los dos muchachos, es a que algunos de esos descontentos profesionales, "a quienes el Presidente no ha podido complacer", voten por ellos, pero eso será porque tienen la costumbre de votar por esas papeletas independientes. Y esos descontentos no llegarán —los amigos del Gobierno están seguros— al medio millar.

Pero poco antes de que se efectúe la elección, Cortés, tímidamente porque no quiere todavía jugarse a fondo sus cartas, decide endosar la papeleta de Trejos y Lara; no es que sea la papeleta suya, o la de su grupo, pero el expresidente recomienda mesuradamente a sus amigos que, si lo tienen a bien, voten por los dos muchachos.

Viene la elección. El Gobierno se moviliza con todo su equipo de hacer fraudes electorales; desaparecen de las mesas las cédulas de votación de los ciudadanos: en los lugares no urbanos se impide el acceso a las urnas; todas las corruptelas tradicionales se ponen en práctica; la fuerza de las autoridades es increíble. Los comunistas denuncian el aparatoso fraude que se les va a hacer; en el lejano Guanacaste, el doctor Francisco Vargas Vargas, que viene siendo desde hace años indiscutido líder de su provincia, presiente que de nada le van a servir los muchísimos votos que reciba porque no van a ser limpiamente contados; en los periódicos de San José ha aparecido una serie de crónicas sobre el asunto, con el título, muy gráfico, de "El Guanacaste vota pero no elige"; los empleados públicos que en alguna forma hayan expresado inconformidad con los nombres que el Partido de Gobierno presenta en sus listas, son despedidos inmediatamente de sus cargos. El país siente una extrema presión de parte del Gobierno, para imponer un Congreso a su gusto y sabor.

'Si. Es cierto: en Guanacaste, el doctor Vargas no logra ser electo. Pero en Alajuela sí lo consigue el propio hijo de Cortés, y, ante la sorpresa de todos, Trejos y Lara, los dos, resultan diputados. El doctor Calderón no

había previsto semejante cosa. ¿Es el endoso de Cortés lo que les ha valido? ¿Será que los descontentos que iban a votar simbólicamente por los dos muchachos son más de los que se creía? Y por otra parte: ¿no se entera el Presidente de que los círculos plutocráticos están celebrando la derrota moral que ha sufrido el régimen?

El Presidente, desgraciadamente para él, no conoce bien la estructura de su país. El de lo que sabe es de política a la manera usual y conocida, pero en política también es miope, porque en política lo que sabe es lo poco que ha visto y aprendido de memoria. Para él, la realidad de Costa Rica no es más que aquella que en su constante ajeteo electoral de diez años ha podido ver; Costa Rica está compuesta, para él, de "ricos del Club Unión" (que lo financiaron), de políticos y caciques de pueblo (que lo apoyaron y lo apoyan), y del grupo comunista, que le combate denodadamente por sus ribetes de conservador y clerical, y por la fobia que contra sus ideas expresa todos los días. Es decir, lo visible. La Costa Rica que ve el doctor Calderón, es la que puede observarse a simple vista.

Un estadista que se sienta así de repudiado —porque pese a todo los grupos no gobiernistas han electo más diputados que de costumbre, aunque luego en el recuento final las cosas hayan sido cambiadas— tiene que hacer examen de conciencia, y preguntarse a qué se debe el repudio. En este caso, podría llegar a la conclusión de que es debido a los excesos de su nepotismo, a la corrupción ambiente, a la pésima política fiscal, al enriquecimiento súbito de sus paniaguados, al derroche de los dineros públicos, a la politiquería que el Gobierno está entregado a hacer, a la falta de altura o de elegancia que el Gobierno tiene para tratar las cosas; pero, principalmente, a la impureza, a la falta de honestidad.

Pero el Presidente Calderón —que sabe que el número de diputados no adictos a él que llegarán al Congreso no es trasunto exacto del resultado de la elección, rotundamente adverso al Gobierno— no puede hacerse ese examen de conciencia a fondo, con su consiguiente propósito de enmienda. El, que es ante todo "un hombre bueno", no comprende lo que pasa. Para él, hay implícita una "ingratitud" en lo que ha sucedido. ¿Cómo es posible que a él, que es tan bueno, que es tan bondadoso, que es tan dadivoso, "le hagan esto"? ¿Acaso no ha repartido buenos puestos en la Administración para pagar la adhesión a su persona? ¿Es que no comprenden que no puede haberlos para todos? ¡Qué ingratos son los costarricenses! ¡Cómo le

persiguen!

El estadista que ante esa situación haga verdadero examen de conciencia, se hará luego reflexiones bien distintas: si la plutocracia le ha repudiado, ¿a quién recurrir? Debe haber una masa silenciosa de ciudadanos, sea de clase media, sea de humilde condición, dispuestos a respaldar a un gobierno honesto y bien intencionado. Pero para obtener ese respaldo, hay que ser bien intencionado, hay que ser honesto. En realidad, lo que procede es rectificar.

Pero el Presidente Calderón es vanidoso. ¿Rectificar él? ¿No sería eso un "error político"? Sus allegados lo consideran así, y le advierten contra semejante intención. No: hay que seguir adelante, y si los adversarios molestan, arrearle a los adversarios. El Presidente puede en ese momento pasar lista a la gente con que cuenta, y observar que, nombre por nombre, firma por firma, familia por familia, está con él todo el espantoso régimen de Tinoco. Todo el tinoquismo ha llegado al Gobierno con el bondadoso galeno. Y el tinoquismo es experto en ciertas cosas. Es cierto que su primer intento de dictadura se derrumbó ante el empuje de una rebelión popular, pero ellos no son como los Borbones, que nada olvidaban y nada aprendían. Ellos han aprendido. Además, ya se han podido deshacer de la "rémora plutocrática" que caracterizó el primer intento. Los que ahora están allí, no son los sostenedores de Tinoco, que luego abandonaron a Tinoco, sino los protagonistas, solos. Ahora, para sostenerse, bien puede dársele al régimen cierto sentido popular.

Sí. Ahora no serán ya instrumentos de los ricos. Serlo, fue el error 'de 1917 y no hay que repetirlo. Ahora hay que barrer hacia adentro; ahora hay que ejercer en el propio provecho. Pero hay que buscar un respaldo adicional. El Presidente no conoce, en ese sentido, más fuerzas que las electorales. ¡Ya está! ¡Los comunistas!

Ya los comunistas no son palabra maldita. Rusia está desangrándose heroicamente contra la invasión nazi; los rusos están del lado de los aliados. ¿Y no es el Gobierno de Costa Rica un ferviente aliado? ¿No fue el primero, acaso, que declaró la guerra al Japón? ¿Quién podría decir nada? Esta es la oportunidad de provocar un acercamiento. Hay que ver qué ofrecen los comunistas, y qué quieren. Sí; tal vez se pueda conversar con ellos...

Pero también hay que dilucidar rápidamente la cuestión del sucesor. León Cortés no es el político terminado que el Doctor pensaba. Por el contrario, está tomando fuerza; y el resultado auténtico de la elección de febrero ha hecho que el asunto de la reelección o la prórroga se archive.

Son varios los presuntos "candidatos oficiales"; pero hay que ir eliminando a ciertos aspirantes; a uno, porque es muy poco conocido; a otro, porque ha tratado de oponerse a los "negocios" de los nepotes, y no sería conveniente, por supuesto; además, se puede aprovechar la oportunidad para echarlo de una vez del Ministerio que incómoda, aunque eficientemente, desempeña. Se necesita un hombre que esté dispuesto a evitar investigaciones sobre lo ocurrido en el presente gobierno, y que además, "guarde las espaldas", para un inevitable retorno del doctor Calderón a la Presidencia; de paso, sería preferible un hombre lo suficientemente dócil para que no quiera gobernar por su propia cuenta; tiene que ser un verdadero instrumento. Porque ¿cómo va a permitir un hombre tan bueno como el doctor, que sea otro el que durante cuatro años reparta los puestos, prodigue los favores y haga las caridades? Lo que precisa es poner un títere. Pero ese títere ha de tener cierto renombre, cierto relumbrón.

No es difícil encontrarlo. Se llama Teodoro Picado, y es Presidente del Congreso; su adhesión al mandatario es ilímite; personalmente es honesto, nada se ha dicho contra él, pero no tiene ninguna voluntad, ningún carácter; además, desde hace años quiere llegar a Presidente, y los caciques de pueblo y demás politiqueros estarían con él; fue, además, muy útil en las pasadas elecciones congresiles. Y tiene ese cierto renombre, ese cierto relumbrón, en verdad: tuvo fama de niño genio, fue un "joven de porvenir" durante muchos años; escribe reparablemente bien; es buen orador, incluso se sabe de memoria algún discurso de Bolívar o de Martí. fue brillante como Secretario de Educación de don Ricardo Jiménez, pasados apenas los 30 años. Es cierto que ya está en decadencia, que el niño genio se frustró, que no llegó nada más que a palabrería, que ya nadie le toma en serio, que incluso el Presidente Calderón se burla de él y hace chistes a su costa, que es un triste espectáculo, una "esperanza de la Patria" que se acabó prematuramente. Pero tiene figura, es apuesto, educado, cultivado, simpático... y cósmicamente débil de carácter. El figurón ideal; el mascarón de proa que se buscaba; el "títere" de mejores posibilidades, él es

el hombre. Además, si las conversaciones que van a iniciarse prosperan, estaría dispuesto a aceptar el apoyo comunista, como aceptaría el de Belcebú si fuera del caso. Todo es cuestión de confiar en las indiscutibles habilidades políticas del doctor Calderón.

III

LA PRIMERA AGRESIÓN

Los comunistas, para sorpresa de todos, aceptan. Su órgano periodístico, "Trabajo", que pocas semanas antes consignaba diatribas constantes contra el régimen, vira y se pone de parte de éste "frente a la reacción". Pero ocurre que "la reacción", si existe, todavía no sabe que lo es, porque lo que luego llevará el sonoro nombre, puesto por los comunistas, de "la obra social del doctor Calderón Guardia", contra la cual, dirán luego los partidarios del régimen, se ha organizado la oposición, no se ha iniciado : lo único ha sido la fundación de la Caja Costarricense de Seguro Social, puesta en manos de políticos viejos y no de técnicos, cuya aparición no había logrado contener los ataques comunistas al Gobierno.

El acercamiento de los niños de Moscú, coincide con el anuncio que el Presidente hace, de que va a presentar un proyecto de reforma constitucional, para incluir una serie de declaraciones y principios generales en favor de la clase trabajadora, que formarán un capítulo llamado de "Garantías Sociales", las que habrán de ser luego reglamentadas por un Código de Trabajo. Este Código será redactado por gente de la aceptación de los líderes comunistas.

Las Garantías Individuales, que son las únicas que los costarricenses han conocido hasta el momento, están suspendidas desde que el Gobierno declaró la guerra a las potencias del Eje. La Nueva Política será, en sus frutos, la sustitución de las viejas por las nuevas garantías. Se establecerán el derecho de huelga, el derecho al salario mínimo, y otras necesarias medidas; pero se liquidarán las otras, las antiguas, conocidas como "Derechos del Hombre". Los comunistas agitarán en favor de las nuevas, y ayudarán eficazmente al Gobierno en su empeño por acabar con las viejas.

El Gobierno cumple su parte del pacto, proporcionando motivos de agitación a sus nuevos aliados. Pero estos nuevos aliados, para que haya pacto, tienen que demostrarle al Gobernante que le serán útiles en los propósitos que tiene.

El Gobierno necesita que los comunistas le muestren en qué forma van a ayudarlo a imponer a Teodoro Picado como Presidente en 1944.

La ocasión no tarda en presentarse: el 2 de Julio de 1942, en las primeras horas de la noche, explota un barco de la United Fruit Company junto al muelle de Limón, y se va a pique ocasionando 24 muertes. Se informa que la causa de la catástrofe, es un submarino alemán que ha torpedeado al "San Pablo".

Inmediatamente, los comunistas se ponen a trabajar, Como nadie ha sospechado nunca de ellos, como los rusos son aliados y se están batiendo como leones en Sebastopol, y el frente de batalla se extiende en tono heroico desde Leningrado hasta el Mar Negro, se les ha permitido ocupar posiciones de importancia en las organizaciones de acción antitotalitaria. No es difícil, entonces, que esas organizaciones decidan armar una manifestación y desfile públicos, sea de protesta por el torpedeo, o de solidaridad con las familias de las víctimas, o de simple "afirmación democrática", por usar el término en boga a la sazón.

Como es natural, el torpedeo, el naufragio, las 24 víctimas, han producido un peligroso estado de indignación pública, que los comunistas tratan de avivar, y que el Gobierno, socarronamente, no se esfuerza por detener. Los ánimos están exaltados, y pareciera natural que el Gobierno se preocupe de tomar medidas para que el acto público que se prepara no vaya a desbordarse. Pero nada de eso ocurre. Las autoridades dan permiso a los manifestantes para desfilar, y no toman la elemental medida de prudencia, tradicional en esos casos, de fijar, o pedir a los organizadores que fijen, la ruta por la cual han de hacerlo; de modo que la manifestación tiene, para desenvolverse, todo lo largo y lo ancho de la ciudad.

Alrededor de las cuatro de la tarde, una multitud se reúne en el Parque Central, donde un grupo de oradores de circunstancias (Expresidentes, intelectuales, antiguos Ministros) pronuncian sus discursos, con un poco de oración fúnebre y una buena dosis de patriotismo democrático al uso; las arengas tienen un inevitable tono académico, por supuesto; pero el Jefe de los Comunistas, Mora, no habla allí; se reserva para más adecuada ocasión. Terminada esta parte puramente formal del acto, comienza el desfile. Y no ha recorrido éste cincuenta metros, cuando algún manifestante lanza una piedra contra la ventana del despacho de un médico

educado en Alemania, a quien por lo tanto, resulta fácil tachar de nazi; tal vez por simple coincidencia, se trata de uno de los Secretarios de Salubridad Pública del Gobierno de León Cortés, (a quien los comunistas están desde hace tiempo llamando "nazi" en su periódico). No acaba el desfile de dar la vuelta al Parque Central, para tomar rumbo al Este con destino a la Casa Presidencial, cuando una parte del mismo decide hacer casa aparte y tomar hacia el Oeste, sin que la policía se lo impida. Cuando, media hora después, el grueso de la manifestación llega hasta la Presidencia, está ya muy diezmado, porque casi no ha habido esquina en la cual no se separen grupos pequeños con rumbos diferentes.

Al llegar a la Casa Presidencial, el Presidente Calderón está esperando ya a los manifestantes. Y es allí donde el Jefe Comunista decide hacer su discurso. Como es de imaginarse, un discurso de agitación. Ya hay en San José algunas vidrieras apedreadas, y la policía nada ha hecho, pero eso no obsta para que el Jefe comunista pida a gritos en su perorata "que se quite de la frente de los canallas el título de costarricenses", frase que evidentemente, no va dirigida contra los alemanes o contra los italianos, sino contra aquellos que tienen un título quitable: el de costarricenses. "Pedimos armas", exclama el líder Mora luego, pero no para ir a los campos de batalla, porque de eso no habla. Se limita a pedir armas pero no dice para qué. Es muy fácil para una multitud enardecida contestar: "Sí. ¡Queremos armas!"

El Presidente responde a Mora con un discurso evidentemente preparado de previo, y que evidentemente Mora conocía. No habla el doctor Calderón, como cumpliría a un estadista, de la necesidad de trabajar más para hacer frente a la escasez que se viene; no es el Presidente de un país, que dice a su pueblo de la satisfacción que siente por verlo congregado en torno a él en una situación de emergencia, y que le expone los problemas que la guerra le crea. Nada de eso: es un líder político arengando y exaltando a una multitud que viene de apedrear algunos comercios. "Sangre de costarricenses ha sido derramada", les dice, como si ellos no lo supieran ya. "No hemos sido atacados, agrega, como se ataca en la perra, sino con vileza y cobardía". No dice cómo es que, según él, ha de atacarse en las guerras, sino que se limita a pronunciar la frase como pretexto para decir luego "vileza y cobardía"; hace unas exclamaciones patriotas de parecido jaez, y se retira. El clima está formado. La multitud está lista, y se lanza sobre la ciudad.

Los josefinos presencian entonces el más espantoso espectáculo. Sin que la policía mueva un dedo para impedirlo, son apedreados 123 edificios comerciales. Por toda la ciudad andan grupos, y los cabecillas de cada uno traen en su mano listas de los edificios que hay que apedrear. Y después de la lapidación, el saqueo. El primer grupo que se separó del desfile con destino al este, arrumba el establecimiento panificador de una familia italiana, y tira por las calles, acuchillados, los sacos de una harina que ya en los Estados Unidos está racionada, y que va a escasear horriblemente pocos meses después. Cientos de miles de colones de mercaderías son destruidas. Nada le importa a los saqueadores, nada le importa a sus cabecillas; nada le ha importado a los imprudentes políticos que exaltaron a la multitud, que se pierda semejante cantidad de riqueza. Pocos días después los comunistas (6) en un acto de la más detestable demagogia, afirman que con eso "no están suficientemente vengadas 24 vidas". Pareciera que el criterio es el de que las vidas se vengan con destrucción de lo que pudo haber aprovechado a todos. De la lapidación y saqueo de los establecimientos propiedad de alemanes o de italianos—que el Gobierno, incidentalmente, ha sometido a custodia meses atrás —se pasa al de aquellos propiedad de españoles. Finalmente, como advertencia, son víctimas de la furia algunos comerciantes partidarios de León Cortés.

Como los primeros saqueos son de licores, corre por las aceras el whisky, y corre también por las gargantas de los exaltados, que cobran, así, más ánimos. Entonces comienzan las agresiones personales; el Hospital San Juan de Dios atiende 76 heridos, que incluyen a un niño de apellido italiano que tiene fracturada la base del cráneo.

A las 10 de la noche, después de 5 horas de atrocidades, la policía recibe la señal de intervenir. Y en pocos minutos sofoca el motín, sea porque los manifestantes están ya saciados, sea porque ya no hay nada que saquear, sea porque la consigna es obedecer a la policía cuando ésta dé el "Alto". La ciudad parece un cementerio. Las mercaderías destrozadas yacen por las aceras y las calles; no hay casi vidriera en pie, porque los; comerciantes alemanes, españoles e italianos son muchos, grandes y acreditados. Nadie se atreve a calcular los daños.

Pero la opinión es unánime en la condenatoria a la actitud pasiva del Gobierno. Parece coger cuerpo la idea, ya por algunos insinuada, de que el

doctor Calderón, más que el hombre bueno que dicen sus partidarios, es un político irresponsable. "Si hubiéramos hecho uso de la fuerza pública para evitar el atropello, —dice su hermano Francisco, que es el Secretario de Seguridad Pública—, nos dirían inhumanos". Y esa es toda la defensa que el Gobierno hace de su conducta.

Pero el que más certeramente señala qué es lo que en realidad ha ocurrido, es el Arzobispo de San José, Víctor M. Sanabria; en el estilo indirecto que le caracteriza, hace publicar una declaración oficial que con mucha habilidad toca la llaga donde en realidad está:

"La autoridad eclesiástica se cree obligada —dice— a sentar su protesta pública, así como también se siente en el deber de llamar la atención de nuestro público católico, con respecto a las confusiones lamentables en que en estos últimos tiempos se ha incurrido con desgraciada frecuencia entre la cooperación que todos damos a la victoria de la democracia, y los alientos sobre manera peligrosos que se infunden a la organización comunista, como si fuera lícito confundir al pueblo ruso, que todo lo merece como pueblo, con (esa) organización..."(7)

Porque es con propaganda sobre el heroísmo ruso en los campos de batalla, que los comunistas han estado rondando el Gobierno; es con base en la admiración pública que despiertan nombres como Stalingrado y Timoshenko, que se pretende introducir la alianza entre Calderón y Mora. La prensa adicta al Gobierno, muy hábilmente, destaca más la participación rusa en la guerra, que la de los otros ejércitos aliados; esto tiende a procurar que el público no vea mal las figuras de los jefes comunistas locales.

No queda casi ciudadano sensato que en los dos días siguientes a la atrocidad, no haya salido a protestar públicamente por lo ocurrido, y a señalar como culpables a los comunistas y al Gobierno. Ya comienza a saberse que quienes portaban las listas de comercios a lapidar, eran líderes comunistas de célula o barrio, no muy conocidos, aunque las apariencias las salvaran los líderes grandes acudiendo en defensa de algunos atacados, cuando los atacados estaban a mano.

Es tal la lluvia de protestas, que los comunistas tienen que salir a

defenderse. Pero no se defienden del todo. Rechazan toda responsabilidad por los saqueos, pero no pueden quitarse de encima la paternidad de las agresiones, y, en uno de los documentos más curiosos de que los costarricenses tengan memoria, hablan de "la gran jornada popular antifascista del sábado 4 de julio", y declaran que "el Partido Comunista aprueba sin reticencias de ningún género la violenta acción del pueblo contra los establecimientos comerciales de los nazis alemanes, de los fascistas, italianos y de los franquistas españoles". (8)

Pasan por alto a los ciudadanos suizos y aún costarricenses que resultaron víctimas de "la gran jornada popular antifascista", y luego hacen la más pintoresca declaración que partido político alguno haya hecho en Costa Rica, y podría decirse que en el mundo. Afirman, con la mayor seriedad, que "ni ahora ni nunca hemos aprobado el robo y el saqueo como forma de lucha del pueblo por su bienestar".

El documento, que termina manifestando la oposición del Partido a que el Gobierno indemnice a los perjudicados —sin distinción de nacionalidad—, es uno de los ejemplares más puros del lenguaje y molde de pensamiento de los comunistas. Desde la pomposa frase —que parece traducida literalmente del ruso— de "gran jornada popular antifascista del sábado 4 de julio", hasta la cómica declaración de que el robo y el saqueo no son formas aprobables para que el pueblo luche por su bienestar (en lo cual posiblemente se diferencian del apedreo y la destrucción de riqueza), todo el documento es un verdadero texto de literatura marxista, sea a la criolla, sea a la soviética.

La indignación pública contra los comunistas y contra el Gobierno sigue creciendo. Resulta que no sólo a los suizos les destruyeron sus comercios, sino a españoles sin filiación política, o de conocida filiación republicana, que simplemente han desaprobado en alguna forma el modo de gobernar del doctor Calderón. Y un día, 8 de Julio, aparece en los periódicos de la mañana, completamente inadvertido, un anuncio redactado en estos términos:

"Al Supremo Gobierno, a las Colonias de las Naciones Aliadas, y a la ciudadanía costarricense, invitamos a escuchar el mensaje que hoy a las 1 de la noche desde la estación América Latina, dirigirá don José Figueres desenmascarando la verdadera organización

nacional de sabotaje que mina a la República y desvirtúa la acción internacional"

Lo firman Francisco J. Orlich, Diputado que hasta la fecha ha sido; discretamente partidario del Gobierno, y Alberto Martén, brillante Profesor de Economía en la Facultad de Derecho, e hijo de quien parece ser Jefe de la mayoría parlamentaria gobiernista. Son dos personas poco conocidas, con escaso relieve político de carácter nacional, pero reputadas como serias y honorables. Su patrocinado, el orador, sí es completamente desconocido. Los pocos que "están en el secreto", saben que es un empresario cafetalero de bastante calibre, afincado al Sur de la provincia de San José, poco conectado en la capital, pero nada más. Le conocen, quienes han tenido relación de negocios con él; rebasa apenas los 35 años, y en realidad es persona de tan escasa significación política, que se cuentan con los dedos de la mano los aparatos de radio que esa noche sintonizan con la difusora desde la cual va a hablar.

A la hora indicada, José Figueres llega a la estación; le acompañan los dos patrocinantes de su discurso, que son viejos amigos y compañeros suyos, y su hermano Antonio. Y sin mucho preámbulo comienza a hablar.

Empieza por afirmar que no obstante que debido a la política del buen vecino, los Estados Unidos tratan de intervenir lo menos posible en los asuntos internos de los demás países del continente, la situación de Costa Rica es tal, que las únicas medidas que ha adoptado en relación con la defensa continental, lo han sido por indicación de la Embajada Americana, Atribuye esa situación a incapacidad de las autoridades, y dice que, de lo que pase, los responsables lo seremos los costarricenses por imprevisos,

Desde que el desconocido orador abre su perorata, se crea la impresión en quienes le oyen, de que va a decir una serie de verdades que están en el ambiente, que todo el mundo dice en su casa y en su corrillo, pero que hasta la fecha nadie ha salido a decir públicamente.

Y así es: está explicando por qué Costa Rica es un aliado incapaz para los Estados Unidos, que cuatro días antes ha permitido que se destruya una gran cantidad de riqueza y materiales que en la difícil época en que se vive, son indispensables y estaban en camino de escasear. Y no le queda

más remedio al orador, que echar la culpa de lo sucedido al Presidente, que "cometió el error de caer en la trampa de un discurso que le preparó el jefe de un Partido: Manuel Mora"; el Presidente —agrega— olvida las más elementales lecciones de psicología de las multitudes (9), hizo derroche de imprevisión; enardeció al pueblo y desató la tempestad, que luego no pudo contener.

"Todos se lavan las manos —sigue— pero la verdad es que el Partido Comunista y el Gobierno comparten la responsabilidad, y el Gobierno en mayor grado. El Gobierno no debe hacer, como hace, política electoral en tiempo de guerra, y hay que llegar a la conclusión de que la presente Administración ha entregado el país a la muchedumbre que saqueó en la noche del 4 de Julio".

Pero esta declaración, la primera que públicamente se hace acusando al Gobierno de estar entregado a los comunistas, no es la única en que Figueres recoge opiniones que en privado sustenta ya todo el mundo; ' agrega que hay descontento por el manejo inepto de las finanzas públicas; que las entradas fiscales de que ha gozado Calderón han sido las más altas de la historia de Costa Rica, y que sin embargo el sobregiro bancario del Gobierno es ya de más de dos millones, y que hay en la calle, en descubierto, casi seis; y que si el Gobierno termina el período, le habrá costado al país, sobre las cifras del presupuesto de 1940 con que todavía trabaja, más de veinticinco millones anuales, sin que las obras que hace puedan soportar comparación con las realizadas por el Gobierno anterior.

"Los peones no tienen maíz—dice luego,—pero disfrutan de un decreto que fija el precio de un colón para el cuartillo de maíz. Pero con decretos no se hacen las tortillas. Los trabajadores no tienen zapatos ni sábanas, pero tienen el Seguro Social y las Garantías Sociales, que les garantizan un buen entierro".

"Hay que acabar con la comedia —exclama.— Cuando la plaga de la langosta apareció hace poco, empezaron en el Congreso a tramitar los proyectos para acabar con la langosta; y cuando la langosta se murió de frío en el Cerro de la Muerte, el Gobierno dijo que ya había desaparecido el peligro. Lo que había desaparecido fueron los maizales, y lo que debe desaparecer es el Gobierno. Ahora, hoy, anda la policía con carabinas para evitar el saqueo que ocurrió el sábado pasado. En realidad, lo que el

Gobierno tiene que hacer es una sola cosa..."

Un enorme silencio se escucha entonces en los radios que han estado sintonizados con el orador. Pero este silencio no es un silencio de presagios, y no cabe darle importancia. Puede quizás atribuírsele al propio orador, que es inexperto y novato, y que lee nerviosamente. Nadie puede creer que ese silencio se deba a nada grave. Y es el propio Figueres que lo interrumpe, para hacer un anuncio: el Gobierno acaba de dar orden de suspender el discurso; terminará entonces completando la frase inconclusa: Acaba de decir que lo que el Gobierno tiene que hacer es una sola cosa. Esa cosa es "irse".

En ese momento aparece en la Estación América Latina el Subsecretario de Seguridad Pública, y detiene a Figueres. No habrá modo al día siguiente de atribuir la clausura del programa a arbitrariedad de Autoridades inferiores. Porque, además, toma luego el micrófono un miembro del Gabinete, el Secretario de Gobernación, que le hace a los costarricenses la advertencia más espantosa que funcionario alguno les haya hecho. Dice: "Cerraremos todas las estaciones de radio si se da albergue en ellas a un pobre diablo; a un desconocido como el señor Figueres; doy en prenda de ello mi nombre limpio de caballero. No debemos permitir que un ignorante o desconocido venga a manchar la sombra de la Patria".

No contento con advertir a sus conciudadanos que en lo sucesivo el derecho de libre expresión del pensamiento quedará circunscrito a los portadores de título universitario y a las "personas conocidas", y como para que tomen nota los adversarios de la política o de la corrupción gubernamental, de que las palabras por él pronunciadas ante el micrófono de América Latina no fueron producto de la excitación del momento, al día siguiente, el Secretario de Gobernación las amplía en la prensa en los siguientes términos:

"Si (Figueres) se hubiera limitado a decir sus pensamientos o sus opiniones nada habría significado. Pero atacó en lo personal a los funcionarios del Gobierno... Si hay libertad de expresión y de pensamiento, no ha de ser para explotar una situación sino para decir verdades. Pero no puede abusarse de ese privilegio. En una hora de lucha no caben diferencias. O se está con el Gobierno legalmente electo, o se está contra él. Y el señor Figueres escogió el peor camino en el peor tiempo".

De ahí en adelante, los costarricenses quedan notificados de que su viejo sistema de paz, de calma y de libertad, ha desaparecido. Es un miembro del Gabinete el que —presumiblemente autorizado por el Presidente— avisa que ya no se puede atacar a los funcionarios del Gobierno, so pena de que éstos decidan que el ataque, es "personal" y procedan en consecuencia; que la libertad de expresión y de pensamiento ya ha dejado de ser un derecho para convertirse en un "privilegio" del que no cabe abusar, y que sólo puede usarse para "decir verdades" (verdades oficiales, se supone) porque las que el orador detenido ha dicho, con serlo, carecen de ese adjetivo; y que el Gobierno considera que o se está con él o se está contra él, y que estar contra él es "el peor camino" para quien lo tome. Nada hay que apegar ya.

Pero les resulta al Secretario de Gobernación y al Presidente, que el "ignorante" y "desconocido", que por serlo no tiene según ellos derecho a expresarse, no es ni una cosa ni la otra. No le conocen ellos, porque no es hombre de política. Pero va resultando—y la prensa no gobiernista se complace en destacarlo—que es empresario de los grandes en materia de café y otras apiculturas; que es hombre preparado en universidades americanas, lector infatigable y bueno, organizador insigne que tiene sus empresas trabajando bajo un régimen ejemplar y casi socialista. Los cafetaleros, los banqueros, salen inmediatamente a decir, quién es José Figueres, y a demandar su libertad.

Pronto la protesta por lo ocurrido es un clamor inmenso. Aún el periódico gobiernista "La Tribuna" que es dueño de la estación desde donde habló Figueres, tiene que salir tímidamente a decir que "no está de acuerdo" con lo ocurrido, no sin rendir la pleitesía del caso al Gobernante, mediante la explicación (que los lectores, al menos, no han podido), de que si cedió sus micrófonos a Figueres, fue en uso de la libertad de expresión en que siempre ha creído.

Pero el resto de las protestas es mucho más fuerte, y mucho más definido y terminante. En el Congreso, los diputados opositores arman también un gran escándalo. Y el Gobierno que creyó que Figueres no era nadie y que nada iba a pasar, se pone a la defensiva. Tiene que inventar algo, tiene que justificarse, y comienza a revolcar papeles y a buscar, con todos los medios a su alcance, algo.

Resulta que Figueres ha tenido numerosos negocios con un ciudadano alemán, ya anciano, de nombre Federico Reimers. Ya está: "Figueres es nazi"; y los diputados gobiernistas se sienten como si acabaran de descubrir América. ¿Podrá ser nazi —pregunta entonces la oposición— quién fue, como se prueba con certificación que se publica, activo simpatizante y contribuyente de los grupos pro-República Española en la guerra civil que acaba de pasar? El Gobierno, entonces, tiene que probar su aserto. Y la razón que encuentra es ésta: en su discurso, Figueres preguntó por qué razón estaba encendido el Puerto de Limón la noche en que se hundió el "San Pablo"; además, cuando habló de la imprevisión gubernamental, y dijo que la policía estaba ahora tratando de evitar un saqueo de cuatro días antes, agregó que posiblemente ahora el Gobierno estaba erizando de cañones la Isla de La Uvita para evitar que le volvieran a hundir el "San Pablo".

Sí. El Gobierno encuentra en el discurso de Figueres dos afirmaciones tremendas: que Limón estaba apagado el 2 de Julio, y que el Gobierno está blindando la Isla de La Uvita. Figueres ha revelado dos gravísimos secretos militares. ¿Quieren los obcecados adversarios del magnánimo Presidente Calderón mayor prueba del nazismo de su detractor?

Ya el Presidente tiene, entonces, un pretexto para decir a quienes le solicitan la libertad del reo, que no le será posible complacerles; y lo dice en un tono que parezca de secreto: Figueres tiene que salir del país.

Un amigo de Figueres y del Presidente, el Gerente del Banco de Costa Rica y presunto candidato de los grupos plutocráticos, Jorge Hine, interviene ante el preso, para que acepte pedir la visa con rumbo a México. Figueres se niega a hacerlo, pero luego queda convencido: de todos modos, no hay ya fuerza humana capaz de hacer que Calderón eche pie atrás en su propósito; y es como le dice el señor Hine: Es preferible salir con los papeles en regla.

Así, una mañana de Julio de 1942, sale de Costa Rica, exilado, José Figueres. Le acompaña, como escolta, hasta El Salvador, donde permanecerá unos días, un alto militar del Gobierno. De allí seguirá solo con rumbo a México.

Cuando habla del asunto, el Presidente sigue usando el tono sigiloso de

que "no podía hacer otra cosa"; y así se lo dice a un grupo de capitalistas que le visita dos días después en un afán de ver si un re-acercamiento al Gobernante detiene la marejada comunista. Así también lo dice a cuantos le visitan: que "no le quedó otro remedio". El Presidente sabe insinuar cosas, sabe usar ciertos tonos. Sus oyentes, sin que él se los diga, salen con la idea de que fue la Embajada Americana la que impuso el destierro de Figueres.

Pero a los pocos meses del destierro, se sabe que Figueres ha entrado tranquila y libremente a los Estados Unidos, y que se pasea de un extremo al otro del país. Parece que el Gobierno Americano no ha hecho caso a la denuncia hecha en el Congreso de Costa Rica por un Diputado amigo del Gobierno, de que Figueres, a más de nazi es espía. El Presidente Calderón se muerde las uñas.

IV

LOS SUCESOS LLAMADOS "DEL 15 DE MAYO"

Los acontecimientos de Julio de 1942 dejan establecida la alianza de hecho entre el Gobierno y el Partido Comunista. El objeto de ésta es puramente electoral: el Gobierno necesita ayuda para alimentar la candidatura del señor Picado, y los comunistas, dispuestos a dársela/ han demostrado sus capacidades y utilidad. La candidatura presidencial del señor Hiñe desaparece poco tiempo después, y el candidato que se enfrentará a las pretensiones de Calderón será León Cortés. Tal como están planteadas las cosas, no hay campo para otro.

A los comunistas no les es difícil justificar públicamente su voltereta. El país está en guerra; de paso, el mundo también. El peligro principal, dicen ellos, no es, como lo pretende el periodista Ulate, "la oligarquía civil" que está dando al traste efectivamente con la democracia nacional, sino el señor Hitler, que puede, en alguna contingencia, llegar a amenazarla. Lo que el país necesita es "unificarse". La unificación consiste en que todo el mundo se rinda ante el doctor Calderón. Algunos ingenuos (o que no lo son tanto), toman la palabra a los camaradas y sostienen la única tesis lógica en esas circunstancias: está bueno que el país se unifique, y para ello sería conveniente que el Gobierno hiciera concesiones, que llame a gobernar con él a todos los grupos, que se integre un gabinete de concentración. Pero los que tales cosas sostienen, se encuentran de pronto con que su pretensión es calificada de "sabotaje" o de ambición de figurar; con que la sola "unificación" o "concentración" posible consiste en que todo el mundo se haga de la vista gorda frente al Gobierno y que cesen los ataques contra éste, para que éste siga haciendo lo que viene haciendo desde 1940. La unificación, pues, consiste en que los costarricenses abduquen de su derecho de crítica.

Tímidamente, los comunistas anuncian que le propusieron un programa mínimo de realizaciones al Presidente, y que el Presidente- lo ha aceptado. ¿Pues no acepta cuánto le propongan siempre que no le disminuya sus facultades de hacer y disponer?

Es el propio jefe del Partido Comunista el que relata a sus correligionarios (10) lo que ha conversado con el doctor Calderón. El doctor Calderón le ha dicho: "Daré a los campesinos tierra y medios para que la cultiven"; y le ha agregado: "La agricultura y la industria deben ser impulsadas sobre la base de un plan de protección general. Hacia la elaboración de ese plan iremos inmediatamente; los agricultores tendrán la más completa protección del Estado mediante el establecimiento de un mecanismo económico que les garantice una colocación segura y bien remunerada para sus cosechas."

Lo más sorprendente de toda esa serie de promesas, no es el hecho, fácilmente predecible, de que no se cumplirán, de que los campesinos sólo obtendrán tierra cuando haya de por medio un buen negocio para los amigos del gobierno, de que el plan de protección general a la agricultura y la industria, no alcanzará siquiera a ser formulado en el papel, de que el mecanismo económico prometido nunca lo establecerá el doctor Calderón. Lo más sorprendente, es que el señor Mora termina su publicación tomando para sí el viejo tema politiquero sobre el Presidente; termina, él también, hablando del médico bondadoso y abnegado... es decir, la misma canción de que él tan despiadadamente se burlara tres años antes.

Desaparece entonces la beligerancia parlamentaria de los comunistas; ya no atacan, ya no gritan, ya no combaten; cuando el empeño gubernamental es demasiado ostensible, demasiado pernicioso, entonces se limitan a no votar los deseos presidenciales, pero esta timidez sólo les dura pocos meses; pronto lo votarán todo.

El tema central es Hitler. Hay que derrotar a Hitler; parece que los comunistas creyeran que la suerte de Hitler está íntimamente ligada, aunque a la inversa, con la del doctor Calderón, y que la derrota de aquél depende de la supervivencia de éste. Como lógica consecuencia, desprenden ellos, nazi será todo aquel que se oponga, no sólo al derroche, a la ineptitud o a la corrupción espantosa que reina, sino también a la candidatura presidencial de Teodoro Picado.

Pronto, los antiguos politiqueros se montan también en el vehículo. Los comunistas les han enseñado un nuevo truco, y los argumentos de los comunistas serán ahora los de los politicastros que pululan en torno a Calderón. Con base en el peligro nazi se impulsará al señor Picado. Para ello, nada mejor que tachar de nazi a León Cortés. Y hacia tal fin se dirigen

en lo sucesivo todos los esfuerzos.

En esa forma, que ya no variará, queda planteado al finalizar 1942, el problema de la sucesión presidencial.

En los primeros meses, fuera de la presión indudable que el Gobierno ejerce en favor de su candidato Picado, la campaña no parece transcurrir en forma distinta a muchas otras anteriores. Los dos partidos comienzan a publicar, en la tradicional forma, las listas de las personas de importancia que les apoyan, y a insultar a los respectivos adversarios, en la desagradable manera que ya a muchos comienza a repugnar, aunque sepan que aquello no es en serio. El Gobierno, entre tanto, despide a los empleados, cualquiera que sea su categoría, que se niegan a "firmar" por Picado o a contribuir con una porción de su salario para la caja del partido. Y cuando ve que el candidato Cortés toma cada día mayor fuerza, se da a pensar en una forma, legal o leguleyesca, que le permita detenerle. ¿Pues no es ya público y notorio que Cortés ha prometido, de ser electo, investigar el origen de muchas súbitas fortunas?

Los palaciegos llegan a la Presidencia provistos de ideas: Tal vez se podría reformar la Constitución (hay suficientes votos en el Congreso para hacerlo), y ponerla a decir que un Presidente no puede volver a serlo si no han pasado ocho años desde su salida del Poder; existe otra idea, más cara al corazón de la camarilla gobernante, pero más peligrosa e increíble: ¿Por qué no cancelar su 'ciudadanía al señor Cortés, tachándole de espía nazi como a Figueres? Los comunistas algo han insinuado por allí en ese sentido... Pero esas soluciones parecen demasiado ostensibles, en exceso arbitrarias. ¿No sería preferible encontrar alguna más sutil? En todo caso, el Gobierno cuenta con gentes de mucho talento y saber, y de enorme habilidad. Y de entre ellas sale una idea, que a los gobernantes les parece buena.

Las juntas receptoras de votos han tenido desde siempre la facultad de hacer el recuento provisional de los que reciben, y de hacer público su resultado mediante el telégrafo. Pero la Constitución declara que es al Congreso al que toca hacer "la calificación y el escrutinio de los sufragios para Presidente de la República." ¿No se haría —piensan— más constitucional la Ley de Elecciones, si se le introdujera una reforma para que las juntas receptoras de votos se limiten a sellar las urnas y a enviarlas

al Congreso para que éste cuente los votos? Al fin y al cabo, la mayoría que el Gobierno —que el Partido Republicano Nacional— tiene en el Congreso, es aplastante, pues es producto de una elección (la de 1940) en que no hubo adversario, y de otra (la de 1942) donde el fraude prácticamente hizo elegir las listas completas del Gobierno. Si el Congreso, totalmente adicto a Calderón, cuenta los votos, las cosas bien pudieran ser distintas para Picado.

Y un día de Mayo de 1943, respaldada por las firmas de 27 de los 45 diputados que integran el Congreso, la reforma, cuidadosamente redactada, se presenta.

Este hecho tiene la virtud de cambiar totalmente la fisonomía de la campaña presidencial: el lunes 10 de mayo ha sido presentada la reforma. La prensa no ha podido obtener copias de su texto. No es sino el miércoles 12 que se da a conocer, copiado de "La Gaceta", diario oficial. Inmediatamente la prensa no gobiernista, aún la que no se ha mostrado adicta a Cortés, sale vigorosamente a condenar el intento. Pero es una pequeña estación radiodifusora, tan pequeña que su radio de sintonía traspasa apenas los límites de las ciudades de la Meseta Central, la que da la más alta voz de alarma. Inicia sus transmisiones del 12 de Mayo, con la marcha fúnebre nacional, "El Duelo de la Patria", y comienza a explicar a los ciudadanos el verdadero, el auténtico significado político de lo que se pretende hacer.

Es el propietario de la estación, un ciudadano puro y probo, de escasa significación política, llamado Rafael Sotela, el que ocupa personalmente los micrófonos. Su voz y su estilo son bien conocidos de los radio-oyentes. Sus boletines de noticias internacionales, esparcidos diariamente con un profundo sentido de apoyo a las democracias en guerra no exento de un acre y leve humor, le han convertido de meses atrás, en un locutor favorito y de influencia. Y en este mayo de 1943, su influencia se pone por entero contra el intento de la mayoría parlamentaria, que quiere amañar la elección inminente a su gusto y sabor.

La voz de Sotela y la protesta escrita, airada y vigorosa de Otilio Ulate en su "Diario de Costa Rica", hacen innecesario que la víctima directa del atentado, León Cortés, levante los ánimos. En la mañana del 12, ya están los estudiantes de la Universidad recorriendo los Colegios de Segunda

Enseñanza en compañía de un grupo de mujeres entusiastas, para invitar a la muchachada adolescente de la Secundaria a un desfile por las calles, para el cual se ha obtenido previamente el permiso oficial. La manifestación no tiene sabor político, pues sus principales organizadores no son amigos de Cortés. Lo cierto es que logran reunir casi 5.000, personas, que desfilan hasta la Casa Presidencial, donde con voces y retos obligan al Presidente a ordenar se retire de una de las ventanas una amenazante ametralladora que se había ordenado colocar en ella. No permiten los manifestantes que nadie desconectado de la enseñanza figure entre los oradores; sólo profesores y estudiantes. En las cabeceras de Provincia que cuentan con instituciones de Educación Secundaria, ocurren desfiles similares ese día. El país entra en un estado de efervescencia y de lucha contra el proyecto de reforma.

El jueves 13, el Congreso aprueba a rajatabla un dictamen, favorable a la reforma, que tres diputados han improvisado la víspera. Toca a su Presidente indicar qué día ha de comenzar el debate sobre el fondo del asunto; el Presidente del Congreso, que se llama Teodoro Picado, dice: "Fijo el día de hoy", y rompiendo todos los precedentes, el Congreso aprueba allí mismo en primer debate la reforma. "El Duelo de la Patria". sigue escuchándose constantemente desde la Radio "Titania", donde Rafael Sotela, sigue, incansable, manteniendo vivo el espíritu abnegado de lucha. El Partido de León Cortés no tiene necesidad de lanzarse a la palestra, de poner su organización en pie de lucha, porque estudiantes, mujeres y grupos formados espontáneamente, se están encargando de organizar la pelea.

El jueves, el viernes, todas las mañanas, hay desfiles de protesta cada vez más nutridos. En las noches también, las calles son recorridas por la ciudadanía indignada; por los micrófonos de "Titania" desfilan gentes de todas las clases sociales. La prensa gobiernista, entre tanto, se limita a expresar su temor por "los daños a la propiedad" que pudieran ocurrir. Los estudiantes han llegado hasta la casa del Expresidente Jiménez, en busca de su apoyo, y lo consiguen. El grupo de ellos que lleva tres años de trabajar organizado bajo el nombre de "Centro para el Estudio de Problemas Nacionales", se lanza a una labor espectacular: va a buscar, con listas cuidadosamente elaboradas, a las personas llamadas "de prominencia", para exigirles casi, que se pronuncien contra el atentado que se está verificando. Claro, hay algunas, afectas por lo general al Gobierno,

que se olvidan de viejas posturas y se escudan, sea en la "neutralidad política" a que les obliga el cargo que ocupan, o en el ridículo "no he tenido tiempo de estudiar la reforma", para no comprometerse o no comprometer su amistad con el Presidente. Pero la excusa o el silencio se van también a los linotipos de "Diario de Costa Rica", para que de una vez sepa la gente con quiénes puede contar, y a quiénes tiene ya callados el doctor Calderón.

El viernes 14, el Congreso se apresta a aprobar en Segundo Debate (se necesitan tres) la reforma a la Ley de Elecciones. Inmediatamente, una multitud de mujeres, estudiantes y ciudadanos, llena las barras. Pero el Gobierno y los comunistas, también han llevado gente de su filiación a provocar el disturbio, y el disturbio se produce: la policía carga contra los opositores a la reforma, con la clásica "crucecita", y da de plano y de filo. Uno de los diputados de la fracción cortesista, Francisco Urbina, de Alajuela, que está dando brava pelea, sale al patio del Congreso a encender un cigarrillo, y la policía se lanza contra él, dejándole seriamente herido; cuando dos compañeros suyos protestan ante el Presidente del Congreso de lo que ocurre, la diputación gobiernista recibe con carcajadas la protesta, y Urbina está ya en el Hospital sometido a tratamiento. Afónicos ya los diputados opositores, el Congreso, sin que ningún miembro de la mayoría se haya tomado siquiera la molestia de pedir la palabra, aprueba en segundo debate la reforma. Al día siguiente, sábado, el asunto quedará definitivamente listo.

Tres diputados de la minoría, anuncian su retiro de aquel recinto, donde — dice "Diario de Costa Rica"—, "se está dando sepultura a la Democracia costarricense".

Ya dentro de las esferas mismas del Gobierno, se comienzan a oír las voces sensatas que se oponen a la reforma: el Secretario de Educación Pública, Luis Demetrio Tinoco, no obstante que los estudiantes, en su primer desfile, lo han silbado prematuramente, ha anunciado a sus colegas del Consejo Universitario que abandonará el Gabinete del Presidente Calderón el día que la reforma sea Ley de la República.

Pero la tensión sigue, cada vez mayor. El Congreso, que usualmente no sesiona los sábados, ha decidido reunirse ese sábado 15, en horas de la mañana, para despachar definitivamente la nueva ley. Pero la multitud que

en esa misma mañana se reúne a todo lo largo y lo ancho de las calles principales de San José, es verdaderamente monstruosa en su tamaño. No se recuerda, en muchos años, cantidad de gente como la que recorre las calles cantando el Himno Nacional y otros himnos patrióticos, olvidados desde las lejanas épocas escolares, y que en esos días han cobrado nueva vigencia, nuevo sentido:

*"Los hijos del pueblo
levanten la frente
al sol refulgente
de la libertad;
sepamos ser libres..."*

Sí. Es cierto. Los costarricenses están ese 15 de Mayo de 1943, sabiendo ser libres. Las mujeres se han incorporado definitivamente al sentir político. Los estudiantes figuran por primera vez como fuerza auténtica, al servicio de la tradicional estructura democrática del país. Los partidos, dichosamente, han tenido el excelente sentido de hacerse a un lado en esa oportunidad (no el de Gobierno, por supuesto, pero ya a esas alturas poco cuenta en el pequeño proceso de mayo).

El entusiasmo, la decisión, la multitud son tales, que a los defensores de la reforma no les queda más remedio que la rendición. Es el propio Secretario de Educación Tinoco —voz de cordura en el Gobierno en esa oportunidad— el que, desde un balcón cercano al Congreso, anuncia a la muchedumbre que la reforma será encarpetada.

El júbilo, entonces, no reconoce límites, y todo ese día es día de celebración. La noche misma se ve ese 15 de Mayo recorrida por los estudiantes, que la convierten en imborrable noche de juerga estudiantil.

Desde ese día, la campaña electoral cobra nuevo significado. En esa memorable semana, se transforma todo. Surge, claramente definido, un movimiento de oposición, que día a día se compactará desde entonces por espacio de cinco años, hasta el triunfo final. Y desde ese día, el auténtico poder social, el manejo —inclusive en ciertos aspectos el interno— de las cosas políticas, deja de ser cosa de comités de partido, y pasa a las manos del hombre medio, que ha dado una señal inconfundible de madurez.

Dichosamente, hay un conductor político sagaz en ese momento. León Cortés comprende lo que ha sucedido. Sabe que de candidato a la manera antigua, que lo era hasta ese día, ha pasado a una condición más grave, más importante. Desde el 15 de Mayo, León Cortés deja de ser el político que era, para convertirse en el líder, en el conductor de multitudes, en el instrumento de una verdadera revolución política, aquella en que el pueblo desplaza de la condición dirigente a los viejos señores de los clubes y los lujosos despachos. De ahí en adelante, será en la masa multitudinaria y anónima, en donde tendrán que apoyarse los políticos, y no en los viejos, patriarcales conciliábulos de señores de antaño.

Ya se sabe que la lucha que se está presenciando, no será entre el Partido Republicano Nacional (Picado y, en el fondo, Calderón), y el Partido Demócrata (Cortés). Hay algo más; ahora hay un movimiento claro y definido de oposición. Aún los grupos e individuos no adictos directa o particularmente a Cortés (los jóvenes estudiantes del "Centro", Otilio Ulate con el poder de su pluma, su verbo y sus periódicos), lo comprenden así. Cortés mismo así lo entiende, y no es un secreto que ha dicho que él es sólo un accidente en un movimiento de rebeldía que las circunstancias le han llevado a encabezar. La grandeza de Cortés comienza en el momento en que —viejo y honesto político, pero criado y hecho en viejas escuelas hoy viciosas— se comprende intérprete del ansia popular, colocado allí él antes de que el ansia lograra formularse. Así, el candidato de oposición, que inteligentemente no se lanzó a las calles en las jornadas de mayo, sale de ellas transfigurado y convertido en líder de un movimiento que va más allá de su persona. No es él el "héroe del 15 de Mayo"; el héroe del 15 de Mayo, cuando la ciudadanía se decide a encontrar un hombre en quien personificar su triunfo, no es un político, y esto es sintomático. Es el entusiasmado, el original locutor y propietario de la "Titania", "esta vieja chachalaca" como él dice creándose un apodo casi inmortal. Es Rafael Sotela que, oscuro hasta ayer, se convierte en símbolo moral de resistencia y preocupación democrática.

Rafael Sotela es condecorado por su labor de entusiasmo, que levantó al pueblo. Y por contribución pública, se le ha de comprar una nueva estación, más potente, de mayor alcance, que bien la merece, para que la buena nueva que él pregona diariamente, para que su mensaje democrático, lleguen a todos los extremos de Costa Rica. Y bien la necesitará, porque apenas transcurren cuatro meses, cuando dos hampones

licenciados de presidio, que sirven de guardaespaldas a Teodoro Picado, se presentan un día en la pequeña "Titania", debidamente armados, y la destrozan, seguros de la impunidad de que efectivamente gozarán.

Pero no sólo Rafael Sotela es héroe del 15 de Mayo. De la jornada de cuatro días salen delineadas como factor político de importancia y desinterés, las mujeres, que por primera vez se lanzaron organizadamente a las calles. Desde ese momento, no se podrá buscar caudal político sin ellas. León Cortés anuncia que su partido propondrá en el Congreso que se les otorgue el voto. Y adquieren mayor dimensión, mayor importancia, Otilio Ulate y sus dos periódicos: "Diario de Costa Rica" y "La Hora". Hasta ese momento, son pocos los sectores de opinión que han tomado seriamente a Ulate. Se le cree apenas un snob, un *bon vivant* incapaz de levantar corriente política fuerte en su derredor, pero se ha visto de esta vez, que la muchachada veinteañera no sabe aclamar a otro hombre maduro que a él, y esa muchachada va para arriba, y también ha sido factor importante en los sucesos de mayo. Sobre todo el grupo que forma el "Centro para el Estudio de Problemas Nacionales", que hace días está siendo un dolor de cabeza para el Gobierno, pero un dolor de cabeza autónomo, que no quiere nexos con Cortés ni con ninguna corriente política del momento, porque es intransigente, recalcitrante, y tiene la cabeza en las nubes.

Aunque tenga los pies, como dos zapatones, metidos hasta adentro en la tierra. En el barro, por mejor decir.

V

EL "CENTRO PARA EL ESTUDIO DE PROBLEMAS NACIONALES"

De los sucesos de Mayo, la organización que sale más fuerte, más gananciosa de prestigio, es una de carácter semi-estudiantil: el "Centro para el Estudio de Problemas Nacionales". Si bien el "Centro" había sido hasta entonces mirado con cierta paternal e insegura simpatía, no es sino partir de aquellos días de agitación, que se le comienza a tomar en serio como algo susceptible de tener más vitalidad y mayor permanencia que las usuales, efímeras organizaciones que siempre arman en todas partes los estudiantes.

El "Centro", cuyo animador principal era un grupo de estudiantes universitarios, predominantemente de la Escuela de Derecho, pero con contingentes de otras, en particular la de Agronomía, y de algunos profesores y egresados, había sido formalmente fundado en 1940, pero el fermento que le dio origen databa de un poco más atrás.

Ya en 1937, el grupo que llegó a ser dominante en el "Centro" se ocupaba en una "Asociación Cultural de Estudiantes de Derecho" de carácter académico y platónico, que organizaba conferencias y discusiones en medio de la indiferencia del resto de los estudiantes, a quienes no interesaba la actividad pequeña y sin importancia de un grupo tan reducido, en 1938, el mismo grupo se había lanzado hacia el resto de los institutos docentes, para provocar la formación de esa "Federación de Estudiantes" que parece ser siempre la meta de todos los estudiantes inquietos de estas latitudes.

En 1939, cuando ya la Federación funcionaba a medias (como todas las "Federaciones"), regresó a Costa Rica, después de una ausencia de veinte años, el Profesor Roberto Brenes Mesen, lingüista, sociólogo, poeta, y una de las pocas figuras de auténtico valor en la literatura costarricense, que había pasado esos cuatro lustros enseñando español en la Universidad de

Northwestern, en Illinois, hasta obtener su pensión.

Venía —espíritu perennemente joven— lleno de ideas, de impulsos, de entusiasmos, despojado totalmente de la retórica verbal y conceptual que muchas veces es característica de los profesores tropicales, y dueño de un auténtico sentido de lo práctico, captado y vivido en el Norte, que se traducía en un "para que las cosas se hagan hay que hacerlas, y para hacerlas hay que arrollarse las mangas y ponerse a trabajar". Su primer contacto con la nueva muchachada fue una conferencia que dictó en la Escuela de Derecho, donde la frase "yo soy como una llama", pronunciada en tono melifluido de figura de lenguaje, fue interpretada literalmente por los muchachos, que estaban esperando un contacto directo con los viejos que les comprendieran, por encima de los mediocres y difusos hombres de 40 y 50 años que se estaban apoderando del panorama social y político.

Era accesible, era acogedor el viejo Brenes Mesen. La muchachada le rodeó; le planteó sus sempiternas inquietudes, semejantes a las de todas las muchachadas, le habló de planes descabellados, de la esperable inconformidad, del mediocre panorama que tenía al frente, donde el estadista había sido sustituido por el político, y el político era pobre de cerebro, sin facultad creadora, sin visión histórica ni empuje, y tenía la vista puesta, no en la próxima generación que dijera en Colombia Alfonso López, sino en la próxima elección. La muchachada tenía un respeto reverencial por la vieja generación de liberales que desaparecía, y, principalmente, por el sentido creador que supo darle a la política y a la vida; pero no le veía sucesores. Algo había que hacer; ahora ellos trabajaban en una Federación de Estudiantes; pero estaban impacientes. Querían lanzarse incluso a formar un Partido político de estudiantes, con ansias renovadoras y revolucionarias.

El viejo Brenes Mesen escuchaba y comprendía, pero objetaba: ¿Un partido renovador? ¿Para renovar qué? ¿Para renovar cómo? ¿Sabían acaso los muchachos qué era lo que había que cambiar? Tenían, es cierto, una vaga conciencia, como todos, de que algo andaba mal; pero había que irse a las raíces. ¿Sabían ellos dónde estaban? ¿Cuáles eran los males y defectos? ¿Dónde podrían hallarse las soluciones, las fórmulas? ¿Sobre qué conceptos habría que basarlas?

Mucho, como ellos veían, era el camino a recorrer, pero había que

recorrerlo. Por lo pronto, dijo, debían hacerle a un lado a él, que ya era viejo y sólo consejos podía dar. En consecuencia, tenían primero que lanzarse a los campos a ver, a estudiar y a vivir. Debían dividirse el trabajo, debían poner el microscopio del estudiantil cerebro sobre cada fragmento de la vida del país, sobre cada capa social, sobre cada problema; debían estudiar esos problemas con criterio sociológico, con criterio económico, con criterio histórico. Si querían lanzarse a reformar el país — como todos los jóvenes de todos los países— debían conocerlo primero, formar un programa articulado, trabajar, pues, con más seriedad y menos romanticismo, porque el romanticismo es bueno como raíz y origen, pero nunca como método de trabajo. Además, debían trabajar con criterio de generación, porque las generaciones eran las que podían en conjunto realizar grandes obras. ¿Por qué no fundaban una organización de estudio? No un grupo de conferencias y debates, sino algo más efectivo, con su poco de acción pública. Pero —repetía—, debían hacerle a él a un lado.

Y así, se organizan y comienzan a actuar; ya en 1940 luchan porque el Rector de la incipiente Universidad sea el propio Brenes Mesen, pero fracasan porque Brenes Mesen no es amigo del doctor Calderón.

Se refuerzan con profesionales jóvenes y con un grupo de catedráticos universitarios y de secundaria, y se lanzan, dispuestos desde el primer momento a que su organización vaya más lejos, tenga más significación y más larga vida que sus muchas antecesoras.

El primer aspecto que distingue a los muchachos del "Centro", es la conciencia que tienen de ser una generación en el más estricto sentido de la palabra; de ser una generación en un sentido en que Costa Rica no la conocía desde la del 89, de la cual esta muchachada universitaria del 40 se siente heredera directa. Olvidados de ateneos y escarceos, se lanzan a una tarea concreta: la de estudiar la situación del país desde todos los ángulos posibles, con el fin de diagnosticarle los males, y proponer soluciones y remedios. Pero estas soluciones no serán producto de las lecturas sino de la observación; el estudio sobre los hechos ha de complementar el estudio sobre los libros. Y a diferencia de muchos grupos coetáneos suyos a todo lo redondo del globo, la muchachada del "Centro" decide, desde su iniciación, evitar la trampa en que muchas juventudes han caído, y manifestarse certera, militantemente anticomunista. "La solución comunista no es la cierta" afirman. Los comunistas —que todavía en los

días de las primeras armas de los "centristas" cuentan con cierta simpatía dentro de los círculos intelectuales—, son, para ellos, el "matapalo" que podría destrozar sus mejores esfuerzos; y desde el principio deciden denunciarlos; su tarea y su propósito son demasiado serios para que puedan debilitarse algún día con la acusación de que han coqueteado con los camaradas.

Si bien el "Centro" —como innumerables otras organizaciones nacidas del seno de los estudiantes—, está inspirado originalmente en el vago "algo hay que hacer" que atañe a todas las juventudes, es lo cierto que desde sus comienzos —merced al oportuno consejo recibido—, el "algo" se va concretando. A más de las necesidades de realización personal que indudablemente impulsan a sus miembros, hay un camino trazado; pero el país no parece haber tomado muy en serio aquella declaración que un buen día le hicieron dos docenas de veinteañeros, de que van a la formación de un Partido político cuyo programa tendrá por médula espinal las conclusiones a que lleguen en los estudios que están haciendo.

La labor conjunta, regular, constante, da a los jóvenes del "Centro" un especial sentido de homogeneidad, de camaradería, de común coincidencia, que en las jornadas de Mayo de 1943 se pone por primera vez de manifiesto ante el público. Es muy posible (11) que en determinado momento, determinados círculos hayan sinceramente creído que se trataba de un grupo de petulantes, superseguros de sí mismos, y ya pontificales a sus cortos años. Pero nada puede quitar a quienes apenas han alcanzado la mayoría de edad, el derecho de sentirse dueños del mundo y herederos directos y auténticos de la más brillante generación que hubiera visto Costa Rica.

El planteamiento que por fin llega a hacerse el "Centro" es poco más o menos el siguiente: Costa Rica atraviesa por una crisis moral y humana; la desaparición de la generación liberal ha entronizado la mediocridad, la frivolidad política y la improvisación; la generación liberal es culpable de ello en el tanto en que no se preocupó de dejar constituidos organismos (esto es: partidos) que fueran trasunto de su filosofía y preocupaciones, sino que, por el contrario, las dejó a la buena de Dios. Urgen, en consecuencia, varias cosas: un grupo equivalente al del 89 que —salvadas las diferencias de tiempo— acabe con la mediocridad; un grupo estudioso y capaz de propugnar soluciones orgánicas y adecuadas, que acabe con la

frivolidad; un planeamiento seguro y firme de la labor de Gobierno basado en un conocimiento exacto de los problemas y de las necesidades para acabar con la improvisación. Y la formación de un Partido de moderna ideología, adecuada a las circunstancias geográficas e históricas que arrebató a los comunistas el monopolio que parecen ejercer sobre las ideas, y que sea capaz de evitar que sobrevenga después una orfandad, un vacío ideológico como el que han dejado, a su desaparición, los viejos liberales.

La labor pública del "Centro" se ha llevado a cabo, hasta Mayo de 1943, al través de una revista mensual llamada "Surco", que tiene una circulación baja pero muy bien apuntada, y de publicaciones cada vez más frecuentes en "Diario de Costa Rica", cuyo director y propietario, Otilio Ulate, ha abierto a los muchachos sus columnas sin restricciones, y les; despliega sus artículos en forma que al comienzo parece desproporcionada, ya que se trata de un grupo muy juvenil y muy desconocido. Pero el "Diario" da a conocer a los "centristas", y conforme se va acentuando la inconformidad frente al régimen,¹ más fama y prestigio va cobrando el "Centro".

Ya en 1942, es el "Centro" el que en forma más ordenada y sistemática se ocupa de comentar desfavorablemente la conducta del Gobierno. Pero su labor la desarrolla todavía entre cuatro paredes; el callejero bautismo de fuego no le llega todavía. ¿Y cómo iba a haberle llegado si entre sus más notorios dirigentes hay quien todavía no ha votado? Pero le llega en los días de agitación y excitación que se conocen con el nombre de "15 de Mayo". Allí, por primera vez, se lanzan. Y se convierten en algo así como los capitanes sin nombramiento de los movimientos estudiantiles. Ciertamente es que todavía en la Universidad misma encuentran —seguirán encontrando siempre— resistencia, pero no se forma grupo que les discuta ese presunto liderato entre tácito y explícito, a no ser dentro de las filas no muy nutridas de los partidarios del orden de cosas existente, y eso en forma efímera y ocasional.

Ya en Mayo de 1943, lo importante no es tanto la influencia del "Centro", que es pequeña, como el hecho, por muchos palpado, de que es la primera vez que una organización semi-académica de jóvenes, de esas que continuamente nacen, pululan y mueren, se proyecta con definición sobre la vida del país, y demuestra tener la vitalidad que sus componentes le anuncian y recetan. De allí en adelante, los hombres maduros, los viejos políticos, el país mismo, comprende que tiene que contar con el novel

grupo, con los imberbes universitarios, con los bisoños aprendices de estadista, que llevan tres años de estar alborotando juvenilmente el cotarro, y que parecen tener (y va resultando que tienen) un programa—no un programa político sino un programa vital—por enfrente, el cual parecen dispuestos a cumplir, y que ha trascendido ya la simple declaración, el mero manifiesto, para convertirse en un modo de vivir, en una vivencia, en parte del espíritu mismo de esa muchachada.

La influencia del "Centro" sobre las nuevas promociones se hace más intensa a partir del 15 de Mayo. El número de sus miembros aumentará considerablemente en lo que resta de ese año y de allí en adelante; y sus puertas tendrán que abrirse para recibir un contingente apreciable de muchachos de los liceos, de adolescentes con ganas de mezclarse en el movimiento, que irán poco a poco siendo la savia que alimentará las nuevas actuaciones.

VI

UNA CAMPAÑA PRESIDENCIAL

Lo más difícil de comprender en aquellos momentos, son las implicaciones trans-electorales de lo que está sucediendo. Por una parte, los sucesos de Mayo han creado un estado de conciencia de oposición al Gobierno, al régimen, al sistema, que llegará con el tiempo a tener tintes casi iconoclastas, y que hace que la próxima elección, con ser la meta inmediata y primera, deje de ser la única. Por la otra, las fuerzas del Gobierno van, por la fuerza misma de las circunstancias, asumiendo a su vez carácter distinto del que inicialmente quiso darles el doctor Calderón.

El Gobierno y los suyos se empeñan en que lo que está sucediendo gire en torno a la Legislación Social que, está en vías de promulgación; esto, hecho con la mira electoral de justificar el apoyo que reciben de los comunistas, contribuye —porque se sale de las manos de sus creadores— a plantear la lucha en otro terreno. La participación comunista se hace más fácil cuando Rusia decide disolver la Tercera Internacional, en un gesto de buena voluntad hacia sus aliados. Los líderes comunistas costarricenses aprovechan de inmediato la coyuntura, y se reúnen un domingo, declaran disuelto el Partido Comunista, y fundan pocos minutos después un nuevo Partido, al que bautizan "Vanguardia Popular", y que tiene exactamente el mismo comité director (con el mismo nombre: Buró Político) e igual distribución de posiciones y responsabilidades que el partido disuelto; su programa —que en líneas generales es también el mismo programa público del Partido Comunista— comprende una serie de generalidades sobre mejoramiento social, afirmación democrática y lucha contra Hitler, tan vagas, que la Iglesia

Católica no logra encontrar en ellas nada censurable. Al Partido Republicano Nacional, por su parte, le será más fácil pactar con Vanguardia Popular que con el Partido Comunista. (Aunque bien podría haber obviado la dificultad, pactando con el Bloque de Obreros y Campesinos, que es el seudónimo con que los Comunistas han actuado hasta ese entonces en lo electoral).

El pacto entre los dos partidos tarda aún unos meses en producirse formalmente, pero de hecho, los comunistas se lanzan a hacer la política de Teodoro Picado, que es la política del doctor Calderón. Y pretextando que las Garantías y Leyes Sociales se encuentran ante el inmenso peligro de que León Cortés acabe con ellas si gana la elección, dan a la campaña presidencial un nuevo giro, una nueva tónica: la violencia.

Por lo pronto, los oradores anuncian desde las tribunas que "la lucha se resolverá en las calles", y así lo dice el candidato Picado en un barrio capitalino; agregan que están dispuestos a "vaciar los arsenales", y como botón de muestra, irrumpen los comunistas por las calles, armados de cachiporras, abriendo la cabeza a cuanto presunto o conocido cortesista encuentran. La policía, a lo más que llega, es a detener posteriormente no al heridor sino al herido. Las cachiporras las fabrican los amigos del doctor Calderón en los talleres del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, de propiedad nacional.

La violencia se enseñorea del panorama: en las villas rurales, los campesinos —que forman la columna vertebral del movimiento de Cortés— se encuentran con que las autoridades les decomisan sus machetes, y les imponen multas tras falsos procesos por escándalo; bajo la amenaza de una destrucción semejante a la que ha sufrido la "Titania" de Rafael Sotela, las estaciones radiodifusoras firman contratos de exclusividad para hacer la propaganda de Picado; "Diario de Costa Rica", perfilado como el periódico de más fuerte posición opositora, se ve a menudo

sitiado por las "brigadas de choque" (esto es: los comunistas organizados con sus cachiporras), y su personal es objeto de ataques contundentes con frecuencia; la prensa oficialista, por su parte, dedica todo su tiempo a culpar al cortesismo de "provocación" a los delincuentes, y a insinuar, en quienes se oponen a la política del doctor Calderón, toda clase de vicios, delitos y taras: desde la embriaguez y la estafa, hasta la desviación sexual. Y las acusaciones por injuria o calumnia contra las gentes que tal escriben, ya se sabe que no prosperan.

Mientras tanto, en el Congreso sigue en discusión el Código de Trabajo; una nueva fauna de funcionarios melencidos y semi-intelectuales prolifera a la sombra del "nuevo rumbo" que el doctor Calderón ha dado a sus ideas, y entrega un porcentaje de sus sueldos al flamante y nuevo Partido Vanguardia Popular. Las reuniones que celebra León Cortés, son interrumpidas y disgregadas por las cada vez más copiosas y agresivas brigadas de choque, y los heridos menudean cada vez más, algunos graves. Un domingo, cuando León Cortés celebra reunión en un patio de café cercano a Heredia, los comunistas se apostan en las calles que dan acceso al sitio de la reunión, y, mientras la policía sonríe aprobatoria, atacan a mansalva a quienquiera (hombre, mujer o niño) que intente acercarse.

Mientras esto sucede, el doctor Calderón sigue lanzando por el país, y hacia el exterior, la cortina de humo de su "obra social". Para la prensa extranjera, lo único que está ocurriendo en Costa Rica, es la promulgación del Código de Trabajo, que entra en vigencia el 15 de Setiembre de 1943, 122 aniversario de la Independencia Patria, en ocasión que el líder comunista Mora califica de "Segunda Independencia Nacional". Como el Arzobispo ha impartido su aprobación al nuevo cuerpo de leyes, el Presidente le invita a la celebración pública de su vigencia, y pasa a recogerle al Palacio Arzobispal, en el jeep en que él va desfilando; lo que el Arzobispo no sospecha, es que en la esquina

siguiente les esperan para subir al jeep, el candidato presidencial Picado, y el líder comunista Mora, que obligan así al Arzobispo—que debe cortesía al Presidente de la República—a exhibirse públicamente con ellos, en lo que ya se ha convertido en una manifestación de propaganda electoral, a la que el Presidente Calderón asiste—porque a sus propósitos conviene que le vean asistir;—y que aparentemente habrá tenido—porque el Presidente Calderón así lo ha proyectado—la Bendición Arzobispal.

Es tal ya la indignación pública ante lo que sucede; es tan copioso, tan numeroso, de tan grande mayoría el movimiento de oposición encabezado por León Cortés, que la torpe maniobra Presidencial no redunda en prestigio para su Gobierno y su candidato, sino que, todo lo contrario, se convierte en un golpe serio al prestigio de la Iglesia. En vez de ganar Picado partidarios, los pierde el Arzobispo Sanabria, de cuya sinceridad comienzan a dudar muchos fieles. El es el primero en comprender que se le ha hecho víctima de una treta, pero guarda sobre ello el silencio que le exigen su posición y su alta investidura. A pesar de que se le combate duramente, comprende que se terminará por hacerle justicia; y tiene razón, pero para que se le haga ha de pasar algún tiempo. Cuesta mucho¹ a la gente, que se ve herida, perseguida, acosada, darse cuenta de que el Arzobispo comprende tan bien como el que más lo que está sucediendo, y que, convencido de la bondad doctrinaria de la legislación que se está promulgando, quiere poner su influencia detrás de ella, para evitar que caiga en manos de los comunistas, como parece ser la irresponsable intención del jefe del Gobierno.

Por lo pronto, en cuanto el Código de Trabajo es promulgado, el Arzobispo pone a un sacerdote joven e inteligente, protegido suyo y de formación norteamericana, llamado Benjamín Núñez, a organizar una central de sindicatos católicos, que haga la competencia a los sindicatos comunistas que —con el apoyo gubernamental— celebran reuniones solemnes con asistencia del

Presidente Calderón y del líder comunista Lombardo Toledano, especialmente importado de México al efecto. Y hace bien la Iglesia, porque la verdad es que ella es la única que se lanza a esa labor, y si no lo hiciera, los comunistas quedarían amos y señores únicos del incipiente movimiento obrero, con las tremendas consecuencias que serían de esperarse.

Mientras tanto, sipe el Gobierno y sigue el líder Mora haciendo pintoresca demagogia: el doctor Calderón gasta los dineros públicos en organizarse por todo el país "manifestaciones populares de gratitud por el Código de Trabajo", en las cuales, por supuesto, es orador de fondo el candidato Picado; y cuando suspende por un momento el estribillo de que León Cortés va a derogar la legislación social, es para ofrecerle al pueblo "pescado a peseta", mediante un fantasioso plan que que ninguna persona seria toma en serio, y que concluye en el desastre.

Y cuando ya va terminando 1943, no pasa casi un día sin que haya un herido a cachiporra o a lezna, un detenido por gritar "Viva León Cortés", o una muestra nueva de la arbitrariedad del Gobierno. Los carros de pasajeros del Ferrocarril al Pacífico, son empapelados con carteles de propaganda a la candidatura de Picado, y cuando alguien decide un día retirar uno de esos carteles, es inmediatamente detenido y multado por atentado contra la propiedad pública o alguna otra barbaridad parecida.

A todo esto, el cortesismo no sabe qué hacer. Es todo tan insólito, tan inesperado, que no sabe cómo reaccionar. ¿Responder a la violencia con la violencia? ¿Y cómo, si en la actitud pasiva en que se encuentran se ven acusados diariamente de los peores atentados, si la maquinaria de propaganda que los comunistas le han montado al Gobierno tiene a más de la mitad de América convencida de que el Partido de León Cortés es un engendro fascista, financiado por Hitler para acabar con la unidad y la defensa continentales? ¿Qué probabilidades de apoyo, de respaldo,

de simpatía tienen los que siguen a León Cortés? Cualquier intento de rebelión sería rápidamente aplastado, porque hay armas nuevecitas, de "préstamos y arriendos" que el doctor Calderón ha recibido para defender la democracia, y además, si faltaran, el Gobierno recibiría refuerzos por la frontera Norte, pues el que manda, ordena y dispone en Nicaragua, Anastasio Somoza, es buen amigo y compinche del Presidente de Costa Rica, que le visitó en Managua y se fotografió con él en traje de baño, y cierra los ojos cada vez que un embarque de ganado del señor Somoza quiere pasar la frontera con Costa Rica, y pasarla sin aduanas.

Y para que se vea que el señor Somoza está dispuesto a "jugársela" junto al doctor Calderón, al terminar ya la campaña presidencial, le envía, se supone que prestados, a un grupo de sus temibles "Guardias Nacionales", que se dan gusto una noche en Cartago colaborando activamente con las autoridades locales en la flagelación de los ciudadanos cortesistas, e hiriendo de cuidado al ex-Secretario de Fomento del doctor Calderón, Alfredo Volio, que es partidario de Cortés. En pago de sus servicios, el doctor Calderón permitirá a los militares nicaragüenses votar. En favor de Picado, por supuesto.

Calderón, Picado y los comunistas, se desgañifan día tras día, semana tras semana, mes tras mes, en su defensa a gritos de la Legislación Social. Mientras tanto, el Partido de Cortés insiste en su defensa de las viejas Garantías Individuales, y —en señal de buena fe— sus diputados han concurrido con sus votos a la promulgación del Código de Trabajo.

Así, los hombres de Gobierno logran que el país, como entidad, reciba fríamente la nueva legislación laboral: los ciudadanos están demasiado ocupados en la defensa de lo que tienen, conocen y ven en peligro,

para dedicar su atención a cosas nuevas que, para colmo de males,

están siendo endosadas por los líderes comunistas. Esta frialdad, que es natural, que es explicable, que es lógica, le sirve a los protagonistas de la cosa gubernamental para arreciar su campaña "contra la reacción", y decir que la reacción es el cortesismo. Lo que para el ciudadano medio es una lucha política, con derechos políticos e individuales en peligro, es presentado por los del Gobierno como una lucha social. "La Legislación Social del doctor Calderón Guardia está en peligro", claman Mora y Picado. Pero el país no les cree. Los ciudadanos se limitan a contestar: "Son nuestra seguridad, nuestra propia integridad física, las que peligran"; y ahí están los heridos en los hospitales para confirmarlo.

Lo que sorprende es que la torpeza estulta de los gobernantes y consejeros de 1943, no haya tenido por consecuencia que el pueblo reaccionara contra aquel banderín que se le esgrimía como pretexto para toda clase de atrocidades, lanzándose ciegamente contra la célebre y dilapidada Legislación Social. Pero es lo cierto que la Legislación no logra convertirse, durante todos los largos años de lucha, en campo de batalla, por la sencilla razón de que sólo uno de los contrincantes se presenta a ese campo; los defensores de la fortaleza se encuentran con que el enemigo está sitiado continuamente por otro reducto.

León Cortés se niega también a participar en el asunto: se limita a señalar cuántas de las disposiciones, y leyes que han sido refundidas en el nuevo Código fueron promulgadas durante su Administración. Y construye su plataforma sobre otros elementos: Probidad (de la que ya dio muestras),-eficiencia (de la que también), retorno a los viejos cauces tranquilos, pacíficos y democráticos de Costa Rica. Y en aquel momento crucial, esas cosas conocidas y probadas resultan mejor bandera de batalla electoral que los nuevos paraísos terrenales que los protagonistas del llamado "Bloque de la Victoria" ofrecen a sus seguidores mientras abren las cabezas de los que no lo son.

Poco a poco, León Cortés, que encontrara al comienzo dificultades para financiar su campaña, va encontrando el apoyo de los plutócratas. Pero como la situación es tan insólita, tan novedosa, todavía hay muchas . gentes que no logran advertir lo que realmente está sucediendo, y Picado también encuentra apoyo en los grupos que mandan en cuestión de dinero. Todavía faltan unos años para que las fuerzas se dividan tajantemente, para que las aguas busquen su auténtico nivel; Picado tiene consigo a intelectuales de prestigio, a profesionales sin tacha, a empresarios estimables. Y esas gentes tienen fe en el ex-niño prodigio cuya candidatura respaldan. Tienen fe en que, electo, romperá definitivamente con los comunistas; tienen fe en que, electo, no será un pelele en las manos del doctor Calderón y de su hermano Paco, factótum de la política gubernamental.

Esto contribuye a nublar un poco más el criterio de los observadores extranjeros. (12)

La campaña pre-eleccinaria culmina el 6 de Febrero de 1944, una semana antes de la elección, cuando el Partido de León Cortés decide celebrar un desfile público por las calles de San José, como manifestación que clausurará las actividades pre-electorales.

Sabe el Partido que encontrará toda clase de dificultades para realizar ese acto; los transportes están controlados por el Gobierno, mediante el recurso bélico del racionamiento de llantas, y el empresario de transportes que ponga sus vehículos al servicio del cortesismo, sabe que será objeto de represalias en ese sentido. Además, para nadie es un secreto que los comunistas se aprestan a provocar disturbios. Las autoridades de los 58 cantones de la República están ya instruidas para impedir que los cortesistas de sus localidades viajen hacia San José.

Pero así y todo, el desfile se realiza. Las gentes llegan a San José

en la forma que pueden; desde Puntarenas, a 116 kilómetros de distancia, se han venido a pie los cortesistas con rumbo a la capital; en Grecia, las autoridades han disparado contra las llantas de los vehículos que transportan gente. Un grupo de cortesistas de Desamparados, ha sido recibido a tiros desde la oficina central del Partido Comunista en San José. Sin embargo, en el llano de La Sabana, al extremo oeste de la capital, se congregan los seguidores de Cortés en una cantidad increíble, y en horas de la mañana comienzan a desfilan, por el ancho Paseo Colón, con rumbo a la Plaza González Víquez, en el extremo Sureste de San José. Son cuatro kilómetros de multitud pacífica, que vitorea al austero expresidente, y que en esa forma muestra su repudio a las prácticas corruptas del Presidente Calderón, y a su maridaje con el Partido Comunista.

La reunión termina a las 3 de la tarde. Al disolverse, los manifestantes comienzan a buscar el camino, o de sus casas, o de los vehículos que les llevarán a ellas. Desgraciadamente, en el trayecto entre el lugar de la reunión y el centro de la capital, está la Inspección General de Hacienda, el Resguardo Fiscal, donde hay una concentración de militares bien armados que disparan sobre los cortesistas, mientras de una esquina cercana sale, armada con las usuales cachiporras, una "brigada" comunista que la emprende contra el grupo, formado principalmente por campesinos. Pocos minutos después, los campesinos que esperan sus vehículos en la Plaza de la Artillería, son objeto de otro tiroteo iniciado en el cuartel que está junto a la Plaza; los comunistas con sus armas contundentes, y los policías con las suyas, la emprenden entonces, casi simultáneamente, contra todo grupo que aparezca en las calles o esquinas de la ciudad; los campesinos, que en número enorme han concurrido al desfile cortesista, son los más atemorizados, y presencia entonces San José el más patético, el más horrible de los espectáculos, que es el de centenares, millares de campesinos, de pie en el suelo, sombrero de paja y blanca camisa, corriendo desesperados por las calles, golpeando a las

puertas en demanda de refugio, perseguidos por turbas de hampones malolientes, (los mismos que saquearon la ciudad el 4 de Julio de 1942) a las que protege y fomenta la impasible policía.

Mientras las residencias de San José se abren para dar albergue y hospedaje a los campesinos aterrorizados, la turba se lanza contra las oficinas del Partido de Cortés, y destroza cuanto está a su alcance; sólo hay una cosa que no es destrozada, pero que desaparece: el archivo de adherentes y contribuyentes al Partido. Y como es natural, esto provoca pocos días después una nueva "purga" de funcionarios públicos, y que nuevos comerciantes o empresarios encuentren dificultad para tramitar sus gestiones en el mundo gubernamental.

Cuando el local que ocupa el Partido de Cortés está desmantelado, cuando ya no queda un campesino en las calles, cuando las Brigadas Comunistas están ahitas de sangre, y la policía aburrída del espectáculo, hace su entrada "triumfal" el doctor Calderón Guardia: la hace, como se ve, "a la hora de costumbre"; se asoma, con tono compungido y ademán desaprobatorio, por la ruina en que han quedado convertidas las oficinas del Partido que le hace oposición, y hace entonces un llamamiento a la paz, a la tranquilidad, y a la cordura.

Mientras tanto, las radioemisoras al servicio de los Partidos del Gobierno, están propalando fantásticos relatos sobre la "barbarie cortesista", pidiendo venganza, e invitando a los funerales de un tal Manuel Antonio Solís, asesinado, según ellos, por las "hordas de Cortés", y al que, insisten los oradores, hay que vengar.

Manuel Antonio Solís está vivo, ligeramente herido durante una gresca, en el Hospital San Juan de Dios. Pero no es posible dar a conocer esa verdad. Las estaciones que claman venganza "por su muerte se niegan a difundirla. Y la pequeña, la heroica "Titania" que, reconstruida después de su destrucción, ha vuelto al aire, no

puede hacerlo. ¿La razón? Que el doctor Calderón Guardia se ha enterado de que una turba pretende destruirla una vez más, y, como él es tan bondadoso, ha enviado un piquete de militares para que la proteja de ese presunto ataque. La única dificultad es que el piquete de militares ha condicionado la protección, a que la emisora no trabaje más ese día. Agregan los protectores que lo sienten mucho, pero que no le será posible al dueño de "Titania" rechazar la oferta. La protección que otorga el Dr. Calderón Guardia es tan efectiva y tan bondadosa, que es absolutamente obligatorio el aceptarla. De modo que la familia de Manuel Antonio Solís, tiene que esperar al día siguiente para comunicar por los periódicos que los muertos que el cortesismo mata, gozan de buena salud.

Los sucesos del 6 son tan espantosos, que el propietario de "Diario de Costa Rica" y "La Hora", Otilio Ulate, toma una decisión desesperada: cerrarlos en señal de protesta. Y en la edición del "Diario" del 8 de Febrero de 1944, escribe las razones así:

"A partir de mañana, los periódicos que publica esta empresa editorial, "Diario de Costa Rica" y "La Hora", suspenden indefinidamente su publicación.

No volverán a aparecer mientras no sean restauradas las libertades públicas.

Ante la conciencia del país, es ya evidente que se ha entrado en un régimen de dictadura, en el cual el ejercicio de la autoridad lo comparte el Partido Comunista; y nuestra convicción es que un periódico independiente no debe publicarse bajo tales condiciones.

Los gerentes de los Bancos con los cuales se conectan nuestros negocios, fueron notificados ayer de que la Empresa está en capacidad de resistir el sacrificio económico que esta

determinación aparece. El personal de oficinas y talleres ha sido notificado de que las planillas de sueldos y jornales se seguirán pagando, también indefinidamente.

Tenemos en depósito el papel suficiente para la publicación de nuestros periódicos por un tiempo razonable y embarques en camino que completarán nuestro stock, por otra parte, la última edición de este Diario ha alcanzado un tiraje de diecisiete mil ejemplares. De manera que ninguna razón de orden material relacionada con la marcha de la empresa, influye en la disposición de que damos cuenta a nuestros lectores y anunciantes.

La Administración seguirá abierta para atender los asuntos pendientes y el Director del Diario permanecerá en San José y asistirá, como de ordinario, a su oficina.

Desde el 1ero de Julio de 1919, en que se fundó "Diario de Costa Rica", ésta es la primer vez que se interrumpe su publicación, habiendo sido el periódico de mayor antigüedad en la República.

Hemos tomado esta determinación conscientes de la gravedad que entraña, pero firmes en la línea de conducta que nos impone lo que entendemos por nuestro deber en la hora presente".

El gesto es elevado, es romántico, es espectacular, como a Ulate le gusta, pero es también peligroso; porque es un gesto caballeresco, que sólo podría encontrar eco en conciencias similares. Es indudable que el propósito del periodista al tomar determinación tan grave, es el de provocar en la conciencia del gobernante una preocupación ante el impacto "gandhiesco" que la decisión ha de causar. Pero él Gobierno, sus amigos y sus partidarios, no comprenden la altura de lo que ha sucedido, y lo reciben con

burlas y carcajadas soeces, mientras el diario gobiernista "La Tribuna" —acérrimo enemigo de Ulate y del "Diario" casi más que de León Cortés y su partido— más bien celebra entre bromas la desaparición del competidor. Pero si el Gobierno, insensible ya a los movimientos y manifestaciones de la opinión, ignora el acto quijotesco del periodista, su efecto sobre los ciudadanos es enorme. Se produce un enorme movimiento de solidaridad para con los periódicos de Ulate, y la Administración del periódico, que seguiría "abierta para atender los asuntos pendientes", resulta pequeña para recibir a la cantidad de gentes que vienen a pagar por adelantado, algunas por varios años, las suscripciones que no van a recibir.

La suerte está echada. Las frases pronunciadas por Calderón, por Manuel Mora, por Teodoro Picado, sea en las manifestaciones políticas, sea en la inauguración de la Confederación Comunista de Trabajadores, en el sentido de que bajo ningún concepto permitirían a León Cortés ganar la elección, están a punto de convertirse en realidad. Incluso se ha llegado pocas semanas antes al atentado personal, y durante una jira del candidato Cortés por la lejana provincia de Guanacaste, grupos de partidarios del Gobierno, azuzados y ayudados por las autoridades, han desatado una balacera contra la Casa Cural de Nicoya, en la cual se había hospedado el candidato de la oposición. (Luego, como es natural, plantean acusación por homicidio contra el Cura, porque uno de los asaltantes quedó muerto en la refriega resultante).

Cuando otro periódico independiente, "La Prensa Libre", que aparece en la tarde, trata de seguir los pasos marcados por Ulate, el Gobierno lo ocupa, y operado por obreros de la Imprenta Nacional, lo hace aparecer, con declaraciones del Presidente Calderón, en que, una vez más, promete elecciones libres, se queja de que se le persigue, y dice oprobios contra sus opositores.

En los últimos días de la campaña, la radio comunista pregona los

nombres de los principales jefes cortesistas, de los muchachos dirigentes del "Centro para el Estudio de Problemas Nacionales", de los principales empleados de Ulate, de todos aquellos que, en fin, se hayan preocupado de embestir contra el Gobierno, y pide al pueblo (esto es: a las brigadas de choque), que proceda a buscarlos y "castigarlos".

Aparentemente, ya no hay nada qué hacer. Sin embargo, llega el domingo 13 de Febrero, día de elecciones. El pueblo va a las urnas, y vota.

VII

EL 13 DE FEBRERO

En Jocotal de Aserrí, poco antes de que terminara la votación, se presentaron ocho policías en el recinto electoral, desfundaron las armas, y se llevaron la urna donde estaban los votos; luego se anunció que la elección en ese lugar la había ganado Picado por 138 votos contra 58 de Cortés. En Lourdes de Montes de Oca, en la mesa donde tocaba votar al Candidato Picado, se presentaron, después de la hora fijada por la Ley para cerrar, 47 individuos con uniformes de policía, que, usando cédulas electorales pertenecientes a personas fallecidas y a individuos que descontaban penas en el presidio de San Lucas, votaron.

En Cartago, el 12, víspera de elecciones, la policía requisó todos los vehículos de propiedad de elementos cortesistas, y encarceló a los dueños de autobuses y otros vehículos de servicio público que el cortesismo había contratado para movilizar a sus partidarios; cuando los cortesistas llegaban a retirar sus "cédulas electorales" se encontraban con que ya alguien se las había llevado; los policías de la ciudad se presentaron en las mesas receptoras llevando cada uno 30 de esas cédulas robadas, y cada uno votó 30 veces.

En Tarbaca, cuando se abrió la votación, había ya 100 papeletas depositadas en la urna; el fiscal del cortesismo lo sospechó, y pidió que la abrieran para inspeccionarla; fue detenido y pasó el día en la cárcel.

En Golfito, cuando se presentó el primer votante, ya los Registros de votación decían que habían votado 117 personas, y se obligó, pistola en mano, a los fiscales cortesistas, a abrir los suyos con el número 118; más tarde, cuando se abrió la urna, el Presidente de la mesa desfundó su revólver, apartó los votos para Cortés, los destruyó, y sacó de una gaveta votos previamente preparados para Picado, con los cuales sustituyó los que había destruido.

En Vuelta de Jorco, al cerrarse la votación se presentaron doce policías

armados, y cuando apareció que el resultado era de 161 votos para Cortés y 31 para Picado, el Presidente de la mesa—al igual que el de la de Golfito—destruyó 83 de los votos cortesistas, y los sustituyó con 83 votos para Picado que sacó también de su escritorio.

Cuando terminó la votación en el Cantón de Aserrí, había 920 votos para Cortés y 290 para Picado; cuando la Casa Presidencial anunció el resultado de la elección en ese lugar, dijo que eran 819 para Picado y 526 para Cortés; éstos fueron los que aceptó y escrutó el Gran Consejo Electoral.

En Santa Ana sólo aparecieron votos para Picado; 800 ciudadanos se dirigieron luego al Gran Consejo Electoral (que no los oyó) para manifestarle—por si le interesaba—que ellos habían votado por León Cortés.

En Quepos, el cortesista que fiscalizaba la elección había practicado, sin que nadie lo notara, una pequeña incisión de la urna receptora, a fin de identificarla; a las 5 de la tarde se presentó la policía, detuvo a todos los cortesistas que se hallaban presentes, y cuando los puso en libertad, pocos minutos después, se pudo notar que la urna había sido cambiada, La votación la ganaba Picado; igual desalojaron las autoridades provinciales en las mesas de San Rafael de Heredia.

En Carrillos de Poás, las gentes que llegaban a votar no podían hacerlo, porque se encontraban con que sus cédulas electorales habían sido enviadas a lugares remotos del país; el Presidente de la Junta Receptora de Votos se dirigió al de la República 'manifestándole que, además de eso, autoridades de otras regiones le estaban pidiendo que les enviara a sus localidades, donde según ellas "residían", las cédulas de vecinos de Carrillos ya fallecidos. La respuesta del Presidente Calderón Guardia fue que el envío debía hacerlo, so pena de cárcel.

En Sabanilla de Alajuela, la elección la había ganado Cortés. El traslado de la documentación electoral hacia la capital de la Provincia corría a cargo de un grupo de campesinos; venían éstos tranquilamente por la calle, y de pronto, en un cruce de caminos, "en el que hay frente a la finca de la sucesión de Lico Castro" —contaba uno— fueron sorprendidos por los hombres armados del Gobierno, quienes les intimaron para que les entregasen la documentación. Como los campesinos no la entregaron, un

policía disparó desde un jeep, y mató a Timoleón Morera, que era quien portaba los papeles; Jenaro Carvajal, que le acompañaba, se abalanzó para recoger los documentos, y fue atacado con una cachiporra que le dejó tendido; pero hubo otro del grupo que, en la refriega subsiguiente, alzó los papeles, y por entre cercos y potreros, saltando acequias y pasando por debajo de los alambres de púa, pudo llegar a las oficinas del cortesismo en Alajuela, y depositar en ellas el resultado de la votación.

A Llano Grande de Cartago llegó a las once de la mañana un camión cargado de gentes desconocidas, que con cédulas robadas venían a votar, bajo el comando de un militar llamado Vaglio. El Agente de Policía del lugar, Abilio Aguilar, le dijo a Vaglio que aquello era ilegal; y los presuntos votantes se alejaron; a eso de la una o dos de la tarde, llegó a Llano Grande otra visita, que esta vez incluía a un grupo de policías, que portaban cédulas pertenecientes a ciudadanos de todas partes de la República; la escasa gente del pequeño pueblecito, rodeó a Abilio Apilar, quien les dijo a los visitantes que el pueblo no estaba dispuesto a permitirles que votaran allí, donde no les correspondía. Se fueron, pero a las tres llegó la tercer comitiva; en automóviles venía gente del Resguardo Fiscal, al mando de otro militar de Cartago llamado Meza; al bajarse de los vehículos, dispararon unos cuantos tiros al aire; pero los hombres de Llano Grande, de pie frente a la escuela donde se votaba, no se inmutaron; avanzaron los del Resguardo en tono amenazante; los hombres no se movieron. El Cura quiso interceder; los militares le insultaron. Uno de los oficiales del Resguardo increpó duramente al Agente de Policía, recordándole las obligaciones que como autoridad tenía para con el doctor Calderón Guardia; le amenazó con fusilarlo, y lo desafió a que avanzara para matarlo. El Agente de Policía avanzó un poco e intentó desenfundar su revólver, pero no tuvo tiempo; cayó herido en una mano.

Entonces el pueblo la emprendió a puños, a palos y a piedras contra los visitantes; éstos comenzaron a disparar fuego a discreción; los del pueblo retrocedieron. "Mercedes Calderón (13) cayó tumbado boca arriba, atravesado el pecho con una bala de máuser y murió desangrándose en el polvo; Alberto Guzmán, en posición horrible, mostraba la cabeza destrozada por un balazo certero y más allá Ipacio Guzmán agonizaba con un chorro de sangre saliéndole del estómago. Juan Bautista Sanabria y Eli Monge, quedaron tumbados también, y por las cercas, a rastras, tratando de escapar de las balas asesinas, iban chorreando su sangre de hermanos,

Rafael Quirós, Antonio Barquero, Rafael Chacón, Rafael Monge y otros. La tarde del domingo quedó en paz. La escuela sola. Los grupos, disueltos. Las urnas, sin guardianes. Por el camino, atravesados aquí y allá, los bultos, en posiciones trágicas, de la cacería humana. Las "elecciones", por lo menos en Llano Grande, habían terminado".

Y cuando muere el día, Teodoro Picado es el Presidente Electo, aunque no haya logrado ganar la elección en Sabanilla ni en Llano Grande.

El patrón, a todo lo largo del país, ha sido el mismo: Juntas Electorales integradas por el doctor Calderón de modo que en las dos provincias de más electores no tenga representación el cortesismo; las cédulas electorales que desaparecen, y que luego son esgrimidas por los comunistas o por los soldados o por los policías, en favor de Teodoro Picado; vehículos de toda clase cargados de gentes del Gobierno que van recorriendo los pueblos, carretera adelante, y votando en todas las mesas; encarcelamiento de los miembros cortesistas de las mesas —cuando los hay—, de los Fiscales, y de los electores; y cuando así y todo, resulta Cortés con más votos, o se destruyen las papeletas para ser sustituidas por otras, o simplemente se envían las cosas como están, y se hace publicar un resultado invertido, en la seguridad de que en San José, la sabiduría y la habilidad política del doctor Calderón y sus consejeros, harán que el número de votos a escutar responda a lo informado.

El doctor Calderón ha dicho tiempo antes que impedirá a como haya lugar una presidencia de León Cortés; así cumple el doctor Calderón. Y por si lo ocurrido el 13 les parece poco a los cortesistas, en los días posteriores se hacen nuevos arreglos, porque resulta que el doctor Calderón ha calculado mal, y ha salido electo, en la Provincia de San José, el primero de los diputados de la lista de Cortés, que se llama José Figueres; eso no lo puede permitir el doctor Calderón, y simplemente no lo permite.

Es como dicen los amigos del doctor: sólo a León Cortés se le ocurre poner a Figueres como candidato a diputado; esa es una provocación al doctor; una falta de respeto a su investidura.

Pretender elegir diputado a quien el doctor expulsó del país... Habráse visto audacia...

VIII

DESPUES DEL 13

Una vez conocido el resultado de lo ocurrido el 13 de Febrero, el pueblo no sabe qué hacer. Por primera vez, ha sentido sobre sí la fuerza de las armas como soporte de la desvergüenza; los relatos de lo ocurrido en cada localidad del país se suceden, y cada uno es más indignante que los otros; los habitantes de la capital, que no vieron barbaridades del calibre de las cometidas en otras partes, comienzan también a saber lo que a ellos les ocurrió. Mediante un decreto inocentemente dictado meses atrás, se ha facilitado la inclusión en las listas de electores, de una gran cantidad de centroamericanos que han escogido la ciudadanía costarricense; el aligeramiento de los trámites, ha facultado al Partido del Gobierno para inflar esas listas con nombres supuestos, y los usuarios de esos nombres, generalmente autoridades, o comunistas, o en ciertos casos conocidos señorones, han votado por Picado tras haberlo hecho con sus verdaderos nombres.

Pero lo determinante ha sido la fuerza bruta de las armas; antes, se reflexiona, eso no ocurría; pero ahora, con motivo de la guerra, que tantas calamidades le va trayendo al ejercicio democrático habitual de los costarricenses, el Gobierno de los Estados Unidos le ha proporcionado moderno armamento al inescrupuloso doctor Calderón, para que, de acuerdo con la formalidad al uso. "defienda la democracia"; y el resultado ha sido él mismo aquí y en otras partes; que la defensa de la democracia se reduce a la defensa de los apetitos de la camarilla de turno; contra esos préstamos y arrendamientos de armas nada se puede hacer; además, la prensa de los Estados Unidos se ha tragado la historia de que León Cortés es un peligroso nazi, y pronto saldrá Teodoro Picado hacia Washington especialmente invitado en su calidad de "Presidente Electo". ¿Qué pueden hacer, ante tan claras señales, los costarricenses?

Cunde la desesperanza por unos días; además, el gesto de Ulate ha caído en el vacío porque el Gobierno y los suyos se ríen de él y la oposición está sin prensa; pero Ulate ha dicho que no volverá a dirigir periódico mientras

existe el estado de "dictadura" de que ha hablado en hermosa carta reproche al viejo expresidente Jiménez que, por rencillas personales con Cortés, ha dado un tácito espaldarazo al escándalo electoral del 13.

Pero hace falta prensa, hace falta que el pueblo grite, que se explique qué es lo que está ocurriendo; es menester que exista un órgano público de comunicación entre los ciudadanos honrados; y ese órgano es — tradicionalmente— el periódico de Ulate. Los muchachos del "Centro" comprenden la situación, y visitan al periodista. El no volverá a dirigir periódico mientras la situación se prolongue. Pero, ¿estaría anuente a que su diario apareciese bajo otra dirección? ¿La del "Centro", por ejemplo?

Ulate accede, y el viernes 18 de Febrero, vuelve a circular el "Diario" bajo la responsabilidad de los "muchachos de la Glostora", (como les llaman los comunistas despectivamente), que han nombrado un comité de tres para que se haga cargo del periódico.

Comienzan entonces los tirajes asombrosos, y la más recia, la más sostenida y agresiva campaña de oposición. Uno por uno, los bochornosos sucesos del 13 son denunciados en todos sus detalles; la multitud devora diariamente los ejemplares del periódico; los comunistas berrean de la rabia, rodean por las noches el edificio donde se edita, atacan a los transeúntes, pero la campaña no amaina. Hay que levantar el espíritu de los costarricenses, un poco decaído por lo que pasó el 13, y a esa labor se lanzan los muchachos del "Centro" con un denodado empeño, con una valiente determinación, en medio de provocaciones y agresiones, de invitaciones al duelo, de injurias, de todo el repertorio de amedrentamiento que el Gobierno ha ido desarrollando en esos meses; la familia de uno de ellos, amenazada de muerte por sicarios del doctor Calderón, tiene que salir del país; la madre de otro es detenida bajo ridículas acusaciones; el doctor Calderón está dispuesto a detener, por medio del terror, aquella hoja de periódico que cada día circula más, que cada día tiene más anunciantes y más anuncios, que cada día le denuncia en tono más fuerte, que cada día le desnuda con más ímpetu, y que no cesa, que no hay modo de que ceda, que es imperturbable, y a cuya muchachada directora no hay manera de atemorizar.

Poco a poco, el espíritu se levanta. A partir del 18 de Febrero, la oposición está desatada, y le ha perdido completamente el respeto a quien tiene el

respeto perdido para todas las cosas nobles; hay que hablar claro, es la consigna; que el mundo se dé cuenta de que los costarricenses no somos eunucos, parece ser el propósito.

Pero ni el doctor Calderón, ni los comunistas, están todavía saciados. Ya tienen electo a su pelele, pero necesitan dar aún otro espectáculo, y lo montan cuando ya termina Marzo.

Para pagar los servicios de una de las más acaloradas propagandistas de la radio comunista, el Presidente decide nombrarla Profesora en el Colegio Superior de Señoritas; pero inmediatamente, se produce una reacción contraria de parte de las alumnas de la institución, que desconfían de la ideología y actuaciones de la favorecida; la protesta de las alumnas se traduce en un desfile público en que las acompañan sus compañeros del Liceo de Costa Rica, y la Directora del Colegio se ve obligada a gestionar ante el Gobierno que se reconsidere lo actuado; el Presidente encuentra que lo que hay en el fondo de la protesta es "pura política" (y no anda descaminado, porque la gran mayoría de las alumnas del Colegio proviene inevitablemente de las familias opositoras), pero promete a la Directora revocar el nombramiento y buscar otro acomodo a la discutida propagandista de los partidos que acaban de hacer el fraude.

Pero al día siguiente, la profesora de marras se presenta a tomar posesión de su cargo, y viene lujosamente acompañada de unas cuantas decenas de miembros de las ya tristemente célebres brigadas de choque comunistas, que invaden con ella el Colegio.

Ese día en que las brigadas aparecen por los claustros severos y pacíficos de su prestigioso Colegio, las muchachas se preparan a repetir, con los liceístas su desfile de la víspera, como en un afán de producir un "15 de Mayo de la adolescencia"; pero no cuentan con los comunistas, que están preparados y que, con sus consabidas cachiporras, se lanzan sobre las quinceañeras colegialas y sobre los muchachos del Liceo. La mañana es de terror: colegialas y liceístas corren a refugiarse donde primero pueden, e incluso por las naves de las iglesias de San José son perseguidos por los comunistas y sus cachiporras; se cuentan por decenas los muchachos que terminan esa mañana con la cabeza abierta, y ninguno tiene más de dieciocho años; como es costumbre, hay también muchos espectadores que salen golpeados; altos funcionarios públicos se colocan en esquinas

estratégicas, y son los que indican a los hampones de la cachiporra cuáles deben ser los espectadores golpeados; y una vez más, San José queda, por toda una mañana, sitiada por los comunistas, en medio de las sonrisas de la policía, que acude a detener, como siempre, a los golpeados, a los heridos y a los espectadores.

La Directora del Colegio presenta su renuncia, y el Gobierno la acepta complacidamente. Pero la profesora que hacía la propaganda de los comunistas, no llega a ejercer su cátedra.

En vano el Presidente "electo" Picado declara diariamente en la prensa que le es adicta, sus buenas intenciones, sus deseos de gobernar democráticamente y afianzar las instituciones. Ya el lugar común pierde vigencia; la palabrería cae en el vacío. El pueblo no cree; es más: no se interesa siquiera por leer las abigarradas producciones literarias que publica el señor Picado antes de hacerse cargo de la Presidencia de Costa Rica. El doctor Calderón le ha humillado hasta imponerle como Vicepresidente a su hermano Francisco Calderón, a pesar de que la Constitución prohíbe tal cosa; pero los hermanos Calderón Guardia nunca se han parado en pelos, y menos van a pararse ahora, después de las cosas que han hecho.

El día en que Picado asume el Poder, un pequeño grupo de descamisados le aclama frente al edificio del Congreso donde tendrá lugar la ceremonia. Pero el pueblo, la multitud, la masa, está ausente y silenciosa. Es un día triste para los costarricenses de vergüenza y honor; el doctor Calderón ha dado al traste incluso con la alegría; nadie quiere tener nada que ver con los festejos oficiales.

A lo más que llegan los costarricenses el 8 de Mayo de 1944, es a celebrar la caída del dictador Martínez de El Salvador, que ha sido rotundamente tumbado por una huelga de brazos caídos, después de doce años de tiranía.

IX

PICADO EN EL PODER

Con la llegada de Teodoro Picado a la Casa Presidencial, la iniciativa cambia de manos. Hasta ese momento, han sido las fuerzas del régimen las que la han tenido todo el tiempo. De allí en adelante, transformada la oposición de partido en movimiento, es ella la que determina el rumbo de las cosas. En primer lugar, Picado carece totalmente de la voluntad de gobernar; es hombre de memorizaciones pero sin ninguna capacidad creadora, carente por completo de visión social o histórica, que al verse sentado en el sillón presidencial tiene que haberse preguntado para qué llegó allí, pues no trae ningún programa, ningún plan, ningún propósito, a no ser la acomodaticia lista de promesas que le sirvió de plataforma. Desde el mismo día en que se instala en el Gobierno, el pueblo se lo nota; sabe que nada podrá esperar de él, porque no tiene ni la concepción, ni la voluntad, ni la energía, ni la visión del estadista; es, simplemente, un individuo que llena la función que Calderón quería: la de títere. Nadie le cree, nadie le respeta, nadie le consulta, nadie espera nada de él. Pero sostiene las cosas hasta que el doctor Calderón regrese. Y para los que lo apoyan, que son los amigos de éste, eso es suficiente.

Por otra parte, la oposición ha venido cobrando ánimos; pide, grita y exige; se ha llegado a un momento en que no existen pelos en las lenguas para pregonar, de palabra o por escrito, las corruptelas del régimen que ha buscado a Picado para que las encubra y prosiga; salen a relucir, con nombres, apellidos y sumas, los regalos que el doctor Calderón hizo a sus más fervientes allegados, en forma de giros contra el tesoro por concepto de "servicios extraordinarios" que nadie llega a explicar en qué consisten; se descubren todos los opacos negocios, todas las oscuras contrataciones. Algunas de esas cosas circulan en anónimas hojas mimeografiadas, pero la mayoría alcanzan el pie de imprenta de "Diario de Costa Rica", donde la muchachada del "Centro" se hace cargo de las injurias y provocaciones a duelo de los parientes y testaferros presidenciales, que tratan de detener las acusadoras publicaciones mediante bravuconadas y gritos de que se les calumnia, pero no recurren a los Tribunales a acusar la calumnia, no sea

que ante los Tribunales vayan a aparecer todavía más cosas.

Esto, por supuesto, envalentona cada vez más a la oposición, que se hace más agresiva cada día, y cada día más brava. Picado, mascarón de proa del régimen, no tiene otro recurso que ponerse a la defensiva, para contrariedad de los comunistas, que le recetan seguir con la agresividad verbal y física de un año antes.

Así, las primeras medidas de Picado están marcadas por un deseo de calmar a sus opositores, que se niegan incluso a llamarle "Presidente". El propósito parece ser el de apaciguar el endiablado espíritu de los burlados de febrero, que no se amohinan ni se dan por vencidos; y Picado se da cuenta —de algo tenía que darse cuenta— de que el único modo de que Calderón regrese al poder en paz, es apaciguándole a la desorbitada oposición, pero sin hacerle concesiones de fondo. Su gabinete lo integra con nombres "que no asustan". Nada que cause controversia, pero tampoco nada que logre inspirar simpatía o esperanza. Y de paso, por seguir las huellas del antecesor, el hermano de Picado, Rene, es nombrado Secretario de Seguridad Pública.

A los pocos días de instalado, el nuevo Gobierno permite el regreso a Costa Rica de José Figueres, que lleva ya casi dos años de exilio. Una multitud cuantiosa se congrega a recibirle. Figueres pronuncia unas palabras y desaparece casi totalmente, sin interesarse porque se le cree nombre o caudal político en los usuales escenarios. Su ocupación es ahora la de conspirador.

Al regresar no más, lo ha dicho; el país está ocupado; hay que conducirse como ciudadanos de un país ocupado; y los medios de lucha deben partir de esa realidad.

Figueres insiste en que la camarilla reinante no será expulsada del poder por medio del sufragio, porque ya ha demostrado que ni lo obedece, ni lo respeta, ni le importa; en que, aún cuando la camarilla se descuide y le aparezca de pronto un resultado electoral adverso, no se va a amilantar por semejante cosa, ni menos va a rendirse o a entregar el Poder. Por lo tanto, hay que buscar otro camino, y responder con la violencia a la violencia, con la fuerza a la fuerza. Por eso Figueres se conforma con ser, en el panorama puramente político que van planteando las fuerzas opositoras

conforme avanza 1944, una figura de segundo orden que desconfía de los métodos puramente políticos.

Si bien es cierto que, en última instancia, todas las fuerzas políticas de oposición votaron por León Cortés, no lo es menos que no todas han reconocido aún en él al indiscutido líder opositor; esto es obvio, principalmente, en los sectores dirigentes. El fenómeno es que la masa popular es opositora y cortesista; y que hay grupos con capacidad de dirección, que no creen que Cortés sea el jefe ideal para un movimiento como el que espontáneamente ha ido naciendo; pero la mayoría de los ciudadanos, los empleados, los obreros, los campesinos, no saben de esas sutiles divisiones. Sin embargo, si ha de organizarse un compacto movimiento de resistencia o de simple oposición política, hay que contar no sólo con el cuadro director del cortesismo, sino también con la fuerza de Otilio Ulate y sus amigos, que sin hacer casa aparte ven en el periodista un auténtico líder de más capacidades que Cortés; y con los muchachos del "Centro", que si bien no tienen líder o jefe, ejercen una gran autoridad moral y son los que están manteniendo el clima de agitación siquiera verbalista contra el corrupto régimen, y se enfrentan a los comunistas con una posición positiva, que es algo a lo que los comunistas no están acostumbrados; y está también otro grupo de juventud, el llamado "Acción Demócrata", incrustado dentro del cortesismo, pero con ideas propias muy semejantes a las del "Centro", y que logró imponer dentro del cortesismo, antes de la elección, una de sus modernas ideas: la de que los candidatos a diputados fuesen escogidos en convenciones populares.

Mientras el gobierno de Picado procede a instalarse y a seguir adelante con la corrupción, las fuerzas opositoras tratan de entenderse. Por lo pronto, el "Centro" y "Acción Demócrata" están en conversaciones para que de su fusión salga el Partido Político de carácter ideológico y permanente que hace tiempo vienen pregonando; el entendimiento no es difícil, a pesar de que tanto en uno como en otro grupo hay elementos que a él se oponen: el ala más radical del "Centro" —que todavía se empeña en desconfiar de Cortés por considerarle un representante más, aunque disidente, del sistema político en vigencia— ve en los de "Acción Demócrata" a un grupo de oportunistas que se limitan a pulular en torno a Cortés, y hace contrastar eso con la pureza, línea ideológica y total falta de contaminación que se nota en la doncellez política de su grupo; por su parte, los elementos más aferrados de "Acción Demócrata", insisten es que los del

"Centro" no son más que un puñado de impolutos teorizantes sin capacidad alguna para la acción política, que se limitan a escribir, y no han recibido, como ellos, el bautismo del fuego de una campaña trágica y difícil. Pero a pesar de esos elementos extremistas, las conversaciones prosperan, y el entendimiento no tarda; de él saldrá, en marzo de 1945, el Partido Social Demócrata, cuyo Comité Ejecutivo inicial estará formado por representaciones igualitarias de las dos agrupaciones, incluyendo a José Figueres que, como representante de "Acción Demócrata", aparece por primera vez en un hecho puramente político. Con la fundación del Partido, el "Centro" devuelve a Ulate su periódico, que no ha de ser órgano de la nueva entidad, y el "Diario" sigue, no dirigido por Ulate que cumple su promesa de un año atrás, sino por gente suya, de su empresa.

El Gobierno de Picado, mientras tanto, gobierna para sí mismo; las cosas que hace son cosas de entre casa; no logra ni por un segundo proyectarse sobre el país, captar la imaginación de los gobernados, hacerse sentir en la vida costarricense, que sigue discurriendo por sus propios cauces sin que ellos coincidan, siquiera sea en forma tangencial, con la sombra de la ineficiente y corrupta administración. Los ciudadanos se abstienen tácitamente de todo contacto innecesario con el Gobierno; se limitan a pagarle los impuestos, porque tienen que hacerlo; y a pagar las "mordidas" que como sistema cobran los funcionarios, porque también tienen que hacerlo pero nada más. El público ha notado desde el primer momento el fenómeno de que en Picado no existe ni el deseo de gobernar, ni la voluntad de mando, ni el ansia de organización o de avance, ni la conciencia del para qué se ejerce el Poder; cada actitud o gesto de la administración, revela al momento que sólo está allí en espera del retorno inevitable del doctor Calderón Guardia, que desde los Estados Unidos observa y mantiene las riendas en su mano; los comunistas, que lograron elegir más diputados de la cuenta, apoyan todo lo que el Gobierno hace, y viven en una constante agitación, denunciando diariamente a los opositoristas, y colmándoles de los insultos al uso. Pero hay cosas que no pueden siquiera defender, como el escándalo que en materia de importación de llantas es revelado de pronto por una investigación congresil, y en la que aparece comprometido incluso un pariente del doctor Calderón con alto cargo en el Gobierno, cargo que, es obvio, conserva a pesar del escándalo.

Sin embargo, los mismos comunistas —que sí quieren gobernar, que tienen

la voluntad de hacerlo— comprenden que si algo ha de hacerse desde el Gobierno, hay que buscar la forma de moderar la campaña imperturbable de agitación opositora que tiene su nido principal en "Diario de Costa Rica"; y entonces propician, y logran que Picado patrocine, dos medidas que la oposición pide a gritos, y que son auténtica confesión de que los hombres de gobierno tienen un pasado innoble que, como las cortesanas venidas a más, necesitan enterrar piadosamente antes de seguir por nuevos cauces la misma vida de antes. Son ellas la emisión de una complicada legislación de administración financiera que hará por lo menos más difíciles los opacos negocios a que la camarilla es tan inclinada, y la promulgación de un nuevo Código Electoral que saca gran parte del mecanismo electoral de las no muy prestigiadas manos presidenciales, y la pone en las de un Tribunal Superior, de funcionamiento autónomo, y a cuya integración han de concurrir los tres poderes.

Pero esta nueva organización electoral no regirá para la elección de diputados que ha de realizarse a mitad del período. Y esa elección es la que mayormente parece preocupar a los altos dirigentes de la oposición, incluso a los del flamante "Social Demócrata", que van aprendiendo a pensar en términos políticos a pesar de los consejos de Figueres.

¿Se dejará el Gobierno ganar esa elección? Eso, ni pensarlo; pero bien podría ocurrir que la oposición aumente el número de sus diputados, si concurre a la elección como un cuerpo compacto y sin disidencias. Pero! es difícil compactar al cortesismo, al ulatismo y a los social demócratas; hay muchos puntos de vista encontrados, muchas asperezas que limar, incluso pequeños —o grandes— resentimientos de orden personal. Cortés enfoca las cosas desde su trono de viejo político, con cálculo, con habilidad; Ulate busca los grandes gestos, que levanten a los ciudadanos, que los entusiasmen, que los pongan en actitud heroica; los Social Demócratas plantean sobre la mesa, de primeros, sus principios. Así a Cortés, lo que le interesa primordialmente, es cómo van a ser integradas las papeletas diputadiles, quién va a representar a qué cantón y a qué provincia; a Ulate, que se haga una declaración terminante de que, si hay fraude, los diputados opositores boicotarán el Congreso de 1946; (y para evitar que se diga de ambiciones personales, solicita para él un puesto muy inferior en la lista; un puesto, como él dice, "de riesgo"); los social demócratas, en lo que se mantienen es en que no debe reelegirse a nadie, porque la reelección es una corruptela con la que hay que acabar.

Sin embargo, los tres disímiles temperamentos, los tres modos de pensar, las tres actitudes, logran compaginarse. La pelea hay que darla, aunque sea sin esperanza. Sobre todo porque ya se ha visto cómo un miembro de Gabinete con enorme ingerencia electoral, el Secretario de Gobernación, que hablaba mucho y prometía mucho elecciones libres, acaba de ser exportado con rumbo a la ONU que, recién nacida, se reúne en Londres.

Llega la elección, y el día transcurre relativamente tranquilo; hay, por supuesto, aisladas escaramuzas, atropellos aquí y allá, intervención violenta de las autoridades en un lugar o en otro, pero nada en la proporción de 1944. Y para el Gobierno, el resultado de esta elección de 1946 constituye un revés serio: de los 23 diputados a elegir, la oposición obtiene 10; los comunistas —que han presentado papeletas por su cuenta en vez de meterse en las de sus aliados— eligen 2, y el Partido Republicano Nacional (Calderonista), 11. Por supuesto, la mayoría gobiernista ocurre en las provincias más lejanas, en las de más difícil acceso, en las de menores zonas urbanas; los opositoristas obtienen limpio triunfo en las cuatro provincias centrales, en las de mayor concentración de habitantes, en las que tienen las ciudades de más importancia: en San José, Alajuela, Cartago y Heredia. El resultado numérico de la votación no puede ser más revelador; es cierto que la maquinaria electoral del Gobierno le ha permitido todavía presentar una votación de 50,342 votos contra 41,937 para la oposición, pero esto es un revés considerable para un grupo político que apenas dos años antes se ha permitido anunciar que ha elegido un Presidente de la República con más de 90.000 votos a su favor.

Si los gobiernistas han de insistir —como insisten diariamente— en que las elecciones que ellos hacen son genuinas, la pérdida de casi la mitad de sus votos en dos años, debería causarles preocupación y rectificación. Pero el resultado de las elecciones de 1946 sólo los induce a un pensamiento: el de que la maquinaria electoral necesita ser aceiteada; el de que el fraude pacífico no les produce los resultados deseables; el de que si se quieren obtener victorias como la de 1944, es necesario recurrir a la violencia organizada, y al fraude en gran escala y sin tapujos. Los gobiernistas toman nota de todo esto, porque en 1948 habrá elección presidencial, y el doctor Calderón no quiere perderla.

Por un tecnicismo, hay que repetir la elección en un pequeño y risueño pueblecito al Norte de Cartago, en las faldas del Volcán Irazú; en Cot, a corta distancia del heroico Llano Grande de 1944. Y la víspera de esa elección parcial, el 2 de marzo, León Cortés se dirige hacia Cot, donde habla a sus habitantes, y en su discurso les dice: "Yo estoy y estaré siempre al lado del pueblo, de los ciudadanos como vosotros, que representáis todo lo sano y lo fuerte de la ciudadanía costarricense..."

Esta frase es su testamento y su epitafio. Al día siguiente, los campesinos de Cot van a ratificar en las urnas su filiación opositora, pero mientras eso ocurre, un derrame cerebral acaba con la vida del caudillo.

X

LEON CORTES

Trajo León Cortés a la política costarricense, una figura alta y enteca, un ceño adusto, un carácter fuerte y una enorme capacidad de trabajo. Cuando por primera vez ingresó al ámbito nacional de la política, su personalidad y sus intenciones fueron recibidas por los plutócratas de la época, con sonrisas despectivas y codazos burlones. ¿Quién era aquel desgarrado notario alajuelense que pretendía que las cosas marcharían rectamente, que quería que los empleados públicos trabajaran y llegaran puntualmente a sus labores? ¿Pues no eran acaso los puestos públicos un refugio para los niños inútiles que a veces les salían a las buenas familias, y a los cuales, como nada sabían hacer, nada cabía exigirles? ¿Y qué era aquello de considerar al Gobierno como una gran empresa? ¿Pues no era el Gobierno apenas una Institución amable y benevolente que obsequiaba en el Teatro Nacional con bailes a los cuales eran invitados los que "eran alguien", y que de cuando en cuando otorgaba algunos contratos de alimentación de reos o de licores, que resultaban muy jugosos?

Y ahora venía un ex-maestro de escuela y tardío abogado a intentar cosas nuevas, a definir la eficiencia como obligación estatal, y a querer arrebatar cierta función directriz de carácter social a quienes desde tiempo atrás venían ejerciéndola.

No se dieron cuenta inicialmente los plutócratas y quienes en torno a ellos pululaban, de que León Cortés no era sino una culminación parcial del edificio democrático que los viejos patricios habían comenzado a levantar cuando empezaba el siglo. No se dieron cuenta de que la Democracia —tal como los viejos patricios la concibieron sagaz y adecuadamente— un proceso constante, de constante perfeccionamiento, una de cuyas principales características es la de que una democracia, en cuanto quiera seguirlo siendo, tiene que asistir a la constante ampliación de las fuentes de poder y de dominio, y que aquellas porciones de dominio y de poder que vayan quedando en manos de grupos o círculos estrechos, han de salir paulatinamente de esas manos hacia otras más numerosas; de que el

proceso histórico de las naciones democráticas, tiende siempre a ancharles la base, a eliminarles las oligarquías; de que la historia republicana de Costa Rica había sido, en cierta forma, la historia de la eliminación o descabezamiento de las distintas y sucesivas oligarquías formadas o en formación,

Desde el momento en que León Cortés apareció en el ámbito nacional de la política, se sintió que había entrado en él una figura grande; una figura que iba a alcanzar, dentro de su campo de acción, las más altas situaciones. Y pocos años después ya había una corriente que le señalaba o le adivinaba como a un futuro Presidente de la República.

Fue un acto de perspicacia el que tuvo el viejo González Víquez al llevarle en 1929 a su Gabinete como Secretario de Educación y luego de Fomento; pero fue el astuto Ricardo Jiménez el que adivinó en él al seguro sucesor suyo y de don Cleto.

Cuando León Cortés inició su gigantesca labor en su segundo paso por la Secretaría de Fomento a partir de 1932, la reacción de los espíritus oligárquicos fue casi violenta. El enteco "concho alajuelense" estaba resultando un funcionario ejecutivo de un calibre sin precedentes. Pero el pueblo, que a veces intuye donde no intuyen los figurones, sintió que se había encontrado con un hombre.

Tuvo un carácter tan popular, vino desde tan abajo el movimiento que propició la candidatura presidencial de León Cortés en 1935, que muchos círculos urbanos, acostumbrados a otra cosa, no comprendieron la trascendencia democrática e histórica de lo que estaba sucediendo. Y en la discreción de las cerradas oficinas, y de los muelles sillones de los salones de club, se iniciaron de inmediato las conversaciones agitadas e inquietas tendientes a buscar una fórmula qué enfrentar a la candidatura del seco y agrio León Cortés que osaba pretender la Presidencia sin consultar antes.

Sus afanes de trabajo y de eficiencia, eran, para los timoratos plutócratas, signos tan sólo de autoritarismo y de proclividad hacia la dictadura. Pero el pueblo había dicho "León Cortés", y fue León Cortés. Así, el país patriarcal y semi-bucólico sintió, a partir del 8 de Mayo de 1936, el hálito vital de un nuevo estilo, de una nueva corriente, de un nuevo sentido de las cosas que, inspirado y basado en los marcos y formas establecidos por los

viejos liberales, traía a la vez nuevas concepciones de trabajo y de empuje progresista, y, ante todo, una nueva afirmación, un nuevo sentido popular, una concepción más clara de la auténtica participación del pueblo en los rumbos del Gobierno, tal vez no concretamente formulada, ni basada en el asentamiento de las lecturas y los estudios, o en la observación atenta de las nuevas doctrinas y movimientos sociales y políticos, pero sí honradamente intuita, con admirable sentido práctico, con la premura de las cosas que traen detrás a las doctrinas, que se sienten en vez de meditarse, que se realizan en vez de calcularse, que echan a andar sin haber pasado antes por el papel azul de los proyectos complicados.

Con la elección de León Cortés, la masa ciudadana, que había conquistado el derecho de escoger a sus gobernantes, afirmó también el de designar a sus candidatos, y el de imprimir rumbos a la Administración; quizás no los más necesarios rumbos, o los más adecuados, pero sí aquellos | salidos de su propia voluntad, de su propia idea acerca de las necesidades, principalmente las comunales.

Vista así, la administración de León Cortés se revela como imbuida de un propósito central de progreso y de eficacia: la labor de Obras Públicas que no tenía antecedentes comparables; la valentía con que acometió la reforma bancaria que dio base científica a la banca nacional; la vitalización de la obra de Salubridad, y sobre todo y ante todo, el ritmo acentuado, acelerado, pleno de entusiasmo con que se acometía el trabajo, la sensación que se logró dar al pueblo de que el Gobierno estaba preocupado de hacer algo por él; el permanente contacto del gobernante con sus gobernados, la relación íntima y reservadamente campechana que Cortés estableció con los más humildes; y presidiéndolo todo, la figura adusta, la figura austera y civil del Jefe del Gobierno, con su sencillez de costumbres, con su ya proverbial mal carácter, puntilloso y activo, paternal en ocasiones, lleno de calidad terrestre y de un enorme sentido del deber.

Pero no fue sino en la persecución que afinó León Cortés su sentido popular, que logró realizarlo plenamente, como en un autoanálisis. No fue sino por el duro calvario de la campaña de 1943, que León Cortés asumió plenamente su intuita condición de caudillo popular, que se reveló, incluso ante sí mismo, el puro carácter de su condición de líder. El pueblo respetó con cariño a su Presidente de 1936, pero fue al perseguido de 1943, al burlado de 1944, al que idolizó, en lo político y en lo humano; fue cuando

lo vio en la llanura sujeto al escarnio y a la persecución, que el campesino salió a expresar lo que León Cortés había llegado a ser para él. Y ante su cadáver, el 3 de Marzo de 1946, vino a decirlo por última vez.

El funeral de León Cortés se convirtió así en la más solemne, en la más majestuosa manifestación de adhesión política que Costa Rica hubiera visto; en el largo día en que le dieron tierra a su cadáver, San José se vio inundada por una espontánea y tumultuaria masa que venía a proclamar su dolor, a gritar su adhesión severa invariable por el caudillo, y su protesta por el estado de postración en que se hallaba la Patria. Kilómetros de gentes que habían velado el cadáver en interminable desfile de lágrimas y gemidos, acompañaron el ataúd, que iba sobre los hombros de los ciudadanos que se disputaban por cortos trechos el honor. Y ese día, en la Casa Presidencial, Teodoro Picado se limita a tomar precauciones. A emplazar ametralladoras, a redoblar la guardia. Porque aquella multitud puede enardecerse; porque aquella multitud puede pretender que León Cortés ha sido muerto por la injusticia y la befa, y puede resolver que ahora, cuando su cadáver está aún caliente en la tierra que acaba de recibirlo, puede ser la hora de la venganza.

Sin embargo, los temores de Picado son infundados. El magnífico cortejo, el cortejo incalculable se disuelve. Nada sucede. Los ciudadanos han decidido, cada uno en su fuero interno, que es aquél un día de dolor y no de reivindicación. La revancha ha de esperar. Faltan todavía dos años.

XI

EL PRIMER INTENTO ARMADO

La desaparición de León Cortés deja una situación en las filas opositoras que, sin ser caótica, va más allá del mero desorden. El movimiento opositor, como tal, no decae. Pero no reconoce un líder. Y ello, por la multiplicidad de partidos y de grupos. Mientras León Cortés vivió, aún aquellos que —como los Social Demócratas y en menor escala los seguidores de Otilio Ulate— se empeñaban en no ver en Cortés al mejor de los jefes posibles, respetaron su condición de tal y no pretendieron que su calidad de jefe de la oposición le fuese discutida. Pero una vez desaparecido Cortés, la cosa cambia; el implícito "pacto entre caballeros" que ha unido a los distintos grupos desaparece, y ahora es cuestión de asumir preeminencia en la nueva situación. La cosa no llega al extremo de la rebatiña (en todo caso ¡hay tan poco qué arrebatarse!), pero dentro de la mayor compostura, los distintos grupos comienzan a tirar cada uno para su lado.

Un grupo de directores del Demócrata, sostiene que el nuevo jefe ha de salir de una convención del Partido con prescindencia de los otros sectores, a los cuales reputan minoritarios e insignificantes. Los que siguen a Ulate sostienen —y llevan razón— que no hay, entre los directores del movimiento opositor, ninguno que tenga una figura política más importante, ni sea más conocido, ni tenga mayor cantidad de partidarios propios. Los Social Demócratas creen tener la balanza del poder y, si bien se inclinan por Ulate, no acaban de rumiar la posibilidad de que el nuevo jefe salga, si no de sus auténticas, tradicionales filas, por lo menos de entre aquellas "personas mayores" que últimamente han estado ingresando y engrosando su movimiento.

Los Demócratas celebran su convención; ya, pocos días después de la muerte de Cortés, un periodista de la confianza de éste ha revelado, al publicar una declaración póstuma del líder, que el hombre de las posibilidades es el capitalista Fernando Castro Cervantes, hombre un poco misterioso para la mayoría de los ciudadanos, que sólo le conocen de referencias y por historias que sobre él circulan, no siempre favorables. La leyenda —porque ya lo es— reputa de incalculable su fortuna; se le sabe bueno, excelente amigo de la United Fruit Company, y es a la sombra de ésta que su riqueza se ha hecho mayor. fue financiador fuerte y desprendido de la candidatura de Cortés, y se dice que de posibles movimientos armados; por otra parte, parece haber mantenido su amistad personal con los señores Calderón, y para los espíritus transaccionistas —que no dejan de pulular pese a la fría realidad— esto no deja de ser una ventaja. Por otra parte, el señor Castro no tiene ningún caudal político, ninguna tradición de servicio público, no ha ocupado ningún cargo electivo o de nonbramiento. Pero tiene un círculo en su torno.

Y efectivamente, en la convención del Demócrata, el señor Castro, sin que nadie se sorprenda, es nombrado Presidente del Comité Ejecutivo del Partido; algunos miembros de éste, descontentos, se separan para formar casa aparte en un pequeño "Partido Cortesista Independiente", y ni el grupo de Ulate ni el Social Demócrata ocultan su disgusto. No admiten los ulatistas lo que ellos llaman "combinaciones que nacen del conciliábulo sin el respaldo de la ancha masa", ni se resignan los "Glostoras" a la posibilidad de un jefe que, para ellos, no es más que una concesión al capitalismo más recalcitrante, a los más altos círculos financieros, a la presunta *haute bourgeoisie* que pupula de club en club y espera el triunfo Republicano en las próximas elecciones de los Estados Unidos.

Pero el resultado de la Convención Demócrata —por más que no satisfaga a los otros grupos— no causa escisión ni división. Se

sabe que cuando llegue la hora de entrar a terreno electoral, y será pronto, todos tendrán que compactarse en torno a un solo hombre, sea cual sea, y que, de aquí a entonces, se habrá encontrado la fórmula para lograr la postulación de ese solo hombre.

El primer amago de pelea sería ocurrir cuando por fin queda promulgado el nuevo Código Electoral.

Ese momento parece el indicado para exigir garantías al régimen, sobre todo en lo que respecta al nombramiento de los miembros del nuevo Tribunal semi-autónomo, uno nombrado por cada Poder de los tres que forman el Estado.

Un buen día, Otilio Ulate se entrevista con Picado y le expone sus peticiones. No sólo garantía de probidad y neutralidad política en las personas a quienes se haya de nombrar, sino también la remoción de una serie de altos funcionarios que no inspiran confianza de ninguna clase.

Casi simultáneamente, Castro Cervantes entra en parecidas conversaciones; pero no con Picado, sino con la familia Calderón. Es decir, con el hermano Francisco, ya que el médico y expresidente vive en Nueva York y no ha juzgado conveniente presentarse todavía en Costa Rica.

Estas dos actitudes dan lugar a mutuas recriminaciones; Ulate manifiesta que él ha conversado con quien, al menos titularmente, ejerce la Presidencia de la República; Castro se declara más realista y dice que él se fue a hablar con quienes en verdad ejercen el Poder. Y mientras los Demócratas acusan a Ulate de haber entrado en conversaciones con un Gobierno ilegítimo al que el pueblo nunca ha reconocido, Ulate puede decir a los Demócratas que ellos se están entendiendo con los responsables de todas esas cosas que ellos dicen, incluyendo al jefe comunista Mora.

Pero las cosas no llegan a más. Y lo único importante que ocurre en aquel promediar de 1946, es que se produce el primer movimiento subversivo.

No es que el movimiento tenga gran importancia; fracasa y aborta, porque estaba infantilmente proyectado, y tenía que fracasar y abortar. Pero es la primera señal que el régimen recibe, de que ya los ciudadanos están dispuestos —como no lo habían estado nunca— a recurrir a la violencia para quitarse de encima ese sistema político de corrupción y balas que les exprime y les roba, y que, cuando se enfadan porque les ha exprimido y robado, les da con una cachiporra por la cabeza y se los lleva a manar sangre a una celda en medio de los insultos de los plumarios.

Ese presunto golpe revolucionario, conocido con el nombre de "Alma Ticazo" porque fue liquidado en las cercanías de una radiodifusora llamada "Alma Tica", tiene una importancia: la de haber servido de advertencia, y la de haber delineado, ante los ojos responsables de los dirigentes de oposición, las figuras de los que estaban dispuestos a arriesgar sus vidas en una aventura de esa clase. Con su participación en el fallido movimiento, hay un grupo de jóvenes que le pierde el miedo a las armas y a los tiros; que le toma el gusto a la heroicidad, y que se convence de que tiene aptitud para la hazaña y la pelea física.

Es cierto que desde hace tiempo se sabe que José Figueres prepara algo; pero eso está dentro de un secreto tan impenetrable, que ya para , muchos la célebre "revolución de Figueres" viene resultando una especie de mito que no es posible ver y en el que, por lo tanto, no es posible tampoco creer. A los juveniles aficionados del "Alma Ticazo", esa revolución de Figueres suénales a cosa demasiado científica, demasiado secreta, demasiado escondida, demasiado a largo plazo, y a ellos, que acaban de tener por primera vez, y para probarla apenas, un arma en la mano, aquello deja de atraerles; es mejor tal vez improvisar cocteles Molotov en las cocinas de las

casas; y con las escasas armas de cacería que hay disponibles, y algunas de mejor clase que se compran a los traficantes de armas del régimen —que los hay y en buena cantidad— deciden lanzarse a la aventura peligrosísima e ingenua. Es cierto que en muchas ocasiones, las municiones que reciben no corresponden ni en tipo ni en calibre a las armas que se les han confiado; y es cierto que el plan es tan optimista que no deja margen siquiera para el parcial fracaso de alguna de las operaciones que lo componen, todas tan elementales y primitivas como la toma sucesiva o simultánea de baluartes militares y políticos.

El autor ha tenido acceso a un relato escrito por uno de los protagonistas de esta asonada, y las propias palabras de éste darán idea de lo que aquello fue, y de cómo no pudo ser diferente:

"Yo participaba en un grupo que tenía proyectado dar algunos golpes de índole terrorista, cuando nos enteramos de que se estaba preparando algo más grande: un movimiento para derrocar al Gobierno, y se nos pidió coordinar nuestros golpes con ese plan. Para eso fuimos a hablar con uno de los dirigentes, quien nos dio ideas muy generales sobre los planes revolucionarios, diciendo que era una cosa muy grande, dirigida a tomar la Unidad Móvil (14) y sitiar el Gobierno en la ciudad hasta derrocarlo. Nos pidió que pospusiéramos nuestros golpes y acatáramos órdenes; aceptamos y lo único que pedimos fue tiempo para planear las cosas.

"Asistimos a varias conversaciones; logramos penetrar que entre los directores estaban Fernando Castro Cervantes, Fernando Valverde y Arturo Quirós, y por ser personas serias, adquirimos la idea de que se trataba de algo en grande. Parecía que iba de veras. Me entusiasmé y le hablé a Pepe Figueres. Este trató de disuadirme, haciéndome ver que las posibilidades de éxito de un plan como el que tenían los propulsores del movimiento, eran muy remotas. Yo me quedé dentro del plan considerando que había, en

todo caso, que hacer algo.

"Pocos días antes del golpe nos enteramos de lo que me tocaba: teníamos que atacar el local de la CTCR (15) y la Inspección General de Hacienda. Para ello me encargaron formar dos grupos.

"Hablé a una serie de amigos y todos aceptaron. El grupo quedó formado por Edgar Cardona, José Antonio Calvo, Víctor Alberto Quirós, Fidel Tristán, Roberto y Gerardo Fernández Duran, Manuel Antonio Quirós, Manuel Enrique Herrero, y Edgar Gólcher entre otros. Todos de confianza.

"En los días de preparación fuimos algunos a probar unas bombas incendiarias a una finca. El resultado de las pruebas fue bastante malo, ya que las bombas —cocteles Molotov— no sirvieron; sin embargo, estábamos tan entusiasmados que las encontramos muy buenas. De esas experiencias sacamos el considerar que las botellas de whisky que usábamos eran bastante duras y difíciles de romper al primer golpe. Como no nos gustaba la idea de que la mecha fuera dentro de la botella, optamos por un nuevo plan tirar las botellas llenas de gasolina con aceite Diesel, para que reventara e inmediatamente después lanzar una tea, formada por un palo de escoba con una estopa. La idea debe haber sido de Juan Santamaría.

"El día anterior al señalado para el golpe, nos fuimos a una casa en San Isidro de Coronado a llenar las botellas con la fórmula Molotov, y preparar las teas; dormimos allí, y en la mañana trajimos el material,; pudimos ver el armamento que había escondido; no recuerdo exactamente lo que había, pero vi unas pocas ametralladoras Neuhausen, unos cuantos revólveres y unas carabinas de diversos calibres.

"En la tarde convoqué a todos para esa noche; y como a las siete comenzamos a llegar a la casa de los Fernández, a vista y

paciencia de los policías que cuidaban la casa del Secretario de Seguridad Rene Picado.

"Una vez que el grupo se reunió, nos fuimos dos a alquilar un automóvil que manejaríamos; luego salimos a recoger las teas, y bombas de mano y botellas, y nos fuimos al sitio convenido a esperar a que nos dieran los revólveres y el parque. Había una serie de tipos raros, desconocidos y con aspecto de extranjeros, posiblemente nicaragüenses, ya que empleaban en su conservación términos que como tales los identificaban. No había nada de secreto; a cada rato llegaba gente a despedirse y a desear buena suerte a los que iban a participar en el golpe, o simplemente a ver cómo andaban las cosas.

"Bastante tarde llegaron las armas y el parque, en una valija y un saco; en la valija había tiros de todo calibre, en gran desorden. Hubo que escoger con gran-cuidado los que correspondían a cada arma. Nos dieron los revólveres, que resultaron ser malísimos, ya que casi todos tenían floja o la mazorca o la cacha. Nos dieron dos "paradas" para cada revólver. A esas horas revocaron las órdenes que nos habían dado, diciendo que lo que debíamos hacer era atacar la Inspección de Hacienda y —en vez de la CTCR— el Club Comunista; una vez que nos dieron todo, nos devolvimos por caminos vecinales poco transitados.

"Cuando volvimos dónde el grupo estaba reunido, repartimos las cosas y los muchachos encontraron que los revólveres no estaban tan malos; que lo que había que hacer era conocerles el defecto, "cogerles el caído" para que dispararan bien; y acordamos que el grupo que iba a atacar la CTCR, se hiciera cargo del Club Comunista.

"Nos dividimos en dos grupos, y a mí me tocó ir en el de la Inspección. Ya se comentaba el incidente que temprano de la noche había tenido el doctor Carlos Sáenz Herrera frente a ese

lugar, donde había estacionado su automóvil para visitar a un enfermo, causando un gran despliegue de nombres armados cuando se bajó del vehículo.

"Nos metimos todos en dos carros: el que habíamos alquilado, y otro enorme, y tomamos la carretera de San Pedro hasta el lugar llamado Los Yoses, que todavía no era barrio residencial; allí nos esperaba una camioneta de reparto de las conocidas con el nombre de "pick-ups". Nos distribuimos: en el "pick-up" subimos los de la Inspección de Hacienda; los del Club Comunista se fueron en un automóvil, y en el otro se fueron tres, .pues esas eran sus instrucciones, con rumbo al este hasta Ochomogo, donde debían atajar los refuerzos que el Gobierno pudiera traer de Cartago. Estos últimos llevaban, por todo armamento, un puñal.

"Los que íbamos con rumbo a la Inspección de Hacienda, nos fuimos, como decía, en el "pick-up". Pero antes, decidimos dar una vuelta por nuestro objetivo, a fin de estudiarlo. Al pasar, dudé del éxito, pues vi que el edificio era más fuerte de lo que se creía, y había bastante movimiento de tropas en su torno; cuando tiráramos la primer bomba, nos liquidarían de seguro; sin embargo, confiábamos en el "apagón" que debía producirse poco antes de atacar.

"Nos fuimos al alto del Barrio González Lahmann, cerca de la capilla que hay en ese lugar, a esperar la señal de ataque que se había convenido sería un cohete de pistola de señales, que habría de ser disparado cuando se iniciara el ataque a la Unidad Móvil, y el inmediato apagón de todas las luces de San José. Esperamos la señal, sin que apareciera. Cuando ya amanecía, comprendimos que todo había fracasado. Deseosos de averiguar qué podía haber sucedido, volvimos al sitio original de partida, y lo encontramos desierto. De vuelta a San José, pasamos por la estación "Alma Tica" que era uno de los puntos de concentración, y vimos que el lugar estaba lleno de policías y nos encontramos a los del otro

carro. Buscando la forma de no ser capturados, pasamos a una casa amiga a dejar las armas, y cogimos con rumbo a San Pedro; poco más arriba de Los Yoses nos detuvo un grupo de tropa armada que nos dio orden de bajar y procedió a registrar el vehículo. Desgraciadamente alguien había escondido una carabina debajo del asiento, y la descubrieron. Uno de los Fernández hizo además de apoderarse de la ametralladora del Jefe de la Guarnición, pero fracasó. Inmediatamente nos ordenaron montar de nuevo al vehículo, y nos llevaron a la Penitenciaría, donde fuimos interrogados largamente, y nos tuvieron detenidos todo el día".

Eso fue todo; una noche de angustia y de esperanza; de juvenil entusiasmo, de ingenuo optimismo. A hora temprana había fracasado todo; el grueso del movimiento había sido capturado; el Gobierno lo conocía desde antes.

Fracasado el "Alma Ticazo", la oposición decide no tomarlo en serio, olvidarse de él, como de una adolescente muchachada. Pero ha quedado un cadáver en el camino, el cadáver lamentable de un honrado voluntario que decidió participar en la aventura.

Y también, latente, la llama no apagada; el entusiasmo sin encauzarse todavía, el deseo de hacer algo; la convicción, en fin, de que quizás algunas cosas podrían hacerse; de que no todo está perdido; de que cuando se llama a la acción, los jóvenes acuden, y algunos que no lo son tanto, también.

El fracaso puede haber sido un poco ridículo para algunos; pero es inútil, trae enseñanzas, despierta esperanzas, agita conciencias. El fervor renace, como cuando se descubre un nuevo método de lucha. A pesar de todo, el fracaso sirve para fortalecer, y eso es lo que interesa.

XII

LA CONVENCION Y LOS PRIMEROS PASOS DEL CALVARIO

La llegada del año 1947 hace más inmediata, más clara, la responsabilidad de los dirigentes opositoristas. Sin haber pelea, hay pugna. Y 1947 ha de ser año de campaña electoral, porque 1948 es año de elecciones. ¿Quién va a jefear el Partido que se enfrentará a la inevitable candidatura del doctor Calderón?

Los nuevos Comités Demócratas insisten en que el Jefe o Candidato de la Oposición ha de salir de sus propias tiendas; pero hay un grupo cada vez mayor que señala a Otilio Ulate como el más indicado para serlo. Y los "cabezas calientes" de 20 a 30 años —que ya se tocan y se sienten en la política— parecen creer que no hay que buscar un candidato sino un jefe revolucionario, y para eso ningún mejor que José Figueres.

El nombre del Jefe tiene que salir, necesariamente, de una convención. Pero no de una convención del Partido Demócrata, ni de una convención del Partido Unión Nacional (que así se llama el que fundan los amigos de Ulate), ni de una convención del Partido Social Demócrata, o del disidente Partido Cortesista. Tiene que ser de una convención general que los represente a todos y a la oposición. Lo difícil es encontrar una fórmula que permita integrar esa convención sin que pueda haber quejas. Lo lógico, dentro del juego político, sería una convención a la que cada uno de los grupos enviara sus delegados. Pero ya se sabría entonces que los delegados del Demócrata votarían por Fernando Castro, que es, por lo menos, el candidato del nuevo Comité Ejecutivo del Partido; que los delegados del Unión Nacional votarían por Otilio Ulate; que los delegados del Cortesista votarían posiblemente por José Figueres. Y la balanza del poder quedaría en manos de los Social Demócratas, que parecen estar indecisos entre Figueres y Ulate.

Los miembros del Comité Demócrata no permitirían —es obvio— que los Social Demócratas tengan la decisión en la mano. Y las conversaciones de

unificación (unificación de grupos, no de masa, que no es necesaria) se detienen en un impasse. Hasta que un día, de la vieja, ferozmente opositora ciudad de Cartago, sale una voz de cordura: la de Alfredo Volio, antiguo amigo y colaborador de Calderón, que se retiró del calderonismo en 1942, cuando comenzaban no más los desmanes, y que fue una de las víctimas de las agresiones comunistas en 1944; es hombre de poca ambición y de considerable prestigio, que tiene la ventaja de contar con la atención y el respeto de todos los grupos opositores; a ellos se dirige, y les propone la fórmula; una fórmula sencilla a la cual no cabe hacerle objeciones. A la convención deben ir los delegados de cada uno de los cuatro grupos (en número equivalente); pero la balanza debe estar en otras manos: la convención debe aumentarse con un contingente de electores que asistan sin representación de Partido; una especie de delegación ex officio, que integrarían los expresidentes, los exsecretarios de Estado, exdiputados y exmagistrados de la Corte Suprema de Justicia que figuren en la oposición; los actuales diputados, municipales y síndicos opositores; los abogados, médicos, ingenieros, dentistas, farmacéuticos, sacerdotes y catedráticos universitarios; los miembros de las directivas de las asociaciones gremiales (patronales y obreras), de las Cámaras de Agricultura, Comercio e Industrias, de las Juntas Rurales de Crédito, de Protección Social y de Educación y de los organismos estudiantiles; los miembros de las Directivas de los principales Clubes Deportivos y Sociales de las siete cabeceras de Provincia; y los personeros de cualquier otra entidad que los Comités de Unificación de Partidos juzguen prudente.

A un grupo así, sin representación de partido, bien puede confiársele que sea el decisivo; por donde se incline una representación como esa, bien puede asegurarse que se inclina la mayoría de la oposición.

El proyecto Volio es aceptado, sin dilación alguna, y, como fecha para la Convención, se escoge, simbólicamente, el 13 de Febrero de 1947, tercer aniversario del fraude de que fuera víctima León Cortés.

No se hace propaganda pública por ninguno de los candidatos. Porque, además de los tres que aparecen como principales, hay muchos otros. Los eternos señores que viven a la espera de una transacción; los políticos munificentes que tienen partidarios en su círculo de amigos; los que juegan discretamente su nombre en vísperas de cada período electoral; los que

aspiran desde la sombra de un escritorio o de un sillón; los que desean administrar el país porque administraron bien una fortuna, o una finca, o una profesión. Siempre hay candidatos de esos, de círculo, que logran una veintena de admiradores al calor de una presidencia de club o de cámara. A veces realmente tienen méritos; a veces hay entre ellos buenos servidores, que han sido ministros o diputados; a veces hay claros talentos, pero siempre mueren con su aspiración frustrada; porque su ombligo y su afición tienden a lo oligárquico; porque no son políticos de aire libre; porque todavía creen en las combinaciones, y están a su acecho; tienen escritores amigos que, cuando vienen las situaciones arduas, los momentos de las decisiones cuasi-heroicas, rememoran las viejas gestas de los hombres de barba y leva, y se acuerdan del gesto del Presidente Soto en 1889, y rememoran una transacción, la única, que ocurrió en 1902. Son los que fomentan y dan pábulo —aunque con poca fortuna— desde 1945, o desde 1944, o desde 1943, a una idea-que le da violentamente la espalda a la realidad: la idea oligarquizante de que los líderes políticos deben firmar un convenio renunciando a toda aspiración ulterior; los que tímidamente sostienen que mientras hombres como León Cortés, como Otilio Ulate, como José Figueres, como Carlos Luis Valverde (16), como todos los que han estado dirigiendo, manteniendo, impulsando la oposición, estén al frente de ella, no habrá solución posible; los que esperan que de una reunión llena de interiores tumultos, salga un nombre hasta entonces no jugado; los que procuran los llamados al desprendimiento de los jefes: que los que se han destacado, que los que han peleado, que los hombres del sacrificio, los que han estado cerca del pueblo en alta voz, tengan un gesto altruista y se desprendan de toda aspiración; que se aparten los líderes, que vengan las figuras no-políticas.

Pero esa tendencia no prospera. Ahora, menos que nunca; es la hora de las decisiones fuertes; la lucha, y los directores de la oposición lo saben, es poco menos que a muerte, y quien sabe si no a muerte. "Castro nos llevará a una transacción, Figueres a una revolución, Ulate a ninguna parte", dicen algunos; y detrás de la frase aparece el hombre número cuatro, que tiene distintos nombres y distintas posiciones pero un solo afán.

En la primera votación que realizan los dos mil hombres reunidos en el Estadio Nacional el 13 de Febrero de 1947, las sempiternas esperanzas mueren otra vez; el grueso de la votación se inclina por los tres hombres de partido. Ulate, Castro y Figueres eliminan por un gran margen a todos los

demás posibles candidatos. Pareciera evidente en esa primera votación que, de los electores ex-oficio, los capitalistas en grande, las mentalidades conservadoras, se inclinan por Castro; los intelectuales maduros y los empresarios jóvenes están con Ulate; y los estudiantes, intelectuales jóvenes y "cabezas calientes" han votado por Figueres. Pero la ventaja numérica la lleva Ulate. La segunda votación, circunscrita a los tres, no cambia la situación: los votos de los candidatos menores se han repartido. Pero Figueres queda eliminado, porque es el que, de los tres, ha obtenido menos votos. La situación queda entonces planteada entre Castro y Ulate; Ulate lleva una ventaja, pero ligera. Y ya se puede adivinar que será él quien triunfe, porque la tendencia que ha tratado de impulsar a Figueres no está dispuesta a dar sus votos al candidato del Comité Demócrata, que no es bien conocido por el pueblo, y al que juzga en exceso conservador, o representante de los que recalcitrantemente lo son.

Efectivamente, en la tercera votación Ulate obtiene el triunfo. Figueres se acerca al micrófono y le da su adhesión entusiasta. Hay una algarabía de entusiasmo súbito, y cuando Ulate pronuncia sus palabras de aceptación, hay un estremecimiento emocional en todos, y aún aquellos que no fueron a la Convención a votar por él, se convencen, con sólo esa oración pronunciada en tono de humildad y sacrificio, de que la escogencia ha sido acertada. Es en la puerta misma del Estadio Nacional, donde se escucha entonces, como reto, lo que a partir de ese día va a ser el grito de guerra, el grito de rebeldía, el tambor, el clarín de la pelea: "Viva Ulate".

Todavía, sin embargo, hay quienes dudan de que Ulate pueda compactar en torno suyo a la vieja masa cortesista; el Gobierno, y aún algunos opositores, se han dedicado a explotar el tema de que Ulate "no fue hombre de León Cortés"; pero si bien es cierto que siempre hubo diferencias de criterio entre los dos hombres, y que Ulate no perteneció al círculo director de su antecesor y coterráneo, ambos han representado, cada uno en su momento, la misma tendencia, el mismo afán, igual anhelo, idéntica emoción.

Y en las semanas que siguen, el país presencia atónito el espectáculo de cómo aquel hombre, que hasta hacía poco tenía fama de ser un poco irresponsable y un poco bohemio, se lanza a una vorágine de trabajo y organización, queda absorbido plenamente por su papel de conductor de multitudes, y se revela como el más hábil, el más vibrante, el más

auténtico que se hubiera conocido. Sus discursos, dichos con reposada voz, con lento pronunciar, en un tono sostenido que ni se eleva ni se indigna, son al mismo tiempo de una gran belleza literaria, y de un profundo sentido; y llegan, como no habían llegado antes otros, al alma de los costarricenses, que se entusiasman y se enfebrecen; pausadamente, Otilio Ulate va explicando al pueblo, no sus ideas —pues el programa de gobierno es ante todo moral— sino sus emociones; va desnudando su alma y su conducta; no apostrofa sino que examina, con dureza pero con gran elegancia formal; ataca a fondo, pero su lenguaje no es fuerte ni desmesurado; demuestra que no hace falta dar alaridos para agitar; y agita suave, pero concienzudamente : habla como si leyera, pero agita; habla con calma, pero agita; habla pausadamente, pero agita; el tono de su voz pareciera reflejar la pugna interior entre el entusiasmo del pueblo que se le devuelve a él como desde un espejo, y la necesidad de refrenar, de conducir con prudencia, puesto que cualquier exceso puede llevar a sus partidarios incluso a la muerte. Entusiasmo y freno; entusiasmo y freno; levantar el espíritu un poco decaído desde 1944, pero encauzarlo luego para que no se exceda; exaltar los ánimos, pero dirigirlos prudentemente hacia las vías convenientes; cada frase suya es una condenatoria candente, y una promesa implícita; pero al mismo tiempo que es un llamado al entusiasmo y la pasión, es un llamado también a la cordura del pueblo. Su labor no es la del demagogo desorbitado, sino la del escultor que moldea y pule cuidadosamente. Y el pueblo va respondiendo al peculiar estilo de oratoria, de agitación y de política, congregándose, compactándose cada vez más en torno del nuevo jefe, que no grita "Viva León Cortés", pero que mantiene el espíritu del viejo patricio presente y vivo ante los ciudadanos.

A ratos, Ulate parece prudente en exceso; sus virtudes y defectos van saliendo a la luz en el curso de la campaña, como los de un hombre a quien nadie conociera; las facetas de su personalidad resultan sorprendidas aún para sus íntimos. ¿Pues no va resultando que aquel intelectual despreocupado, es en realidad un hombre consciente hasta el exceso de su propia responsabilidad? ¿Pues no aparece que aquel periodista, impetuoso hasta llegar al duelo, es más bien un político de lentas decisiones, que todo lo medita y lo madura, e incluso impaciente a los que le rodean con esa prudencia que parece excesiva? ¿Pues no se va descubriendo que aquel brillante polemista de vida sin horario, es capaz de trabajar sin cansarse hasta veinticuatro horas en el día? Y aquella frivolidad que hasta sus amigos le atribuían, ¿no resulta que era apenas un velo que cubría un modo

de ser concienzudo y empeñoso? ¿No será, cabe preguntarse, que el periodista lleno de bromas y un tanto irresponsable, no es más que el disfraz que inconscientemente había adoptado un político en serio, un líder auténtico que esperaba su hora?

Y la hora le ha llegado. Nadie esperaba de Ulate lo que Ulate da. Se le eligió porque era virtuoso, porque era brillante, porque tenía un enorme, innegable talento, porque tenía una vida política blanca y sin mengua, porque cuando escribía o hablaba— y no era muy a menudo— convencía racionalmente, y porque la posición ideológica que denotaban treinta años de periodismo, era la conveniente, era la democrática, era la correcta. Pero no porque se creyera que fuera a ser un gran líder, o un hombre con inmensa capacidad de trabajo. Y va apareciendo que las condiciones que no se le conocían, son superiores a las que se le conocían, y más valiosas en el momento de su actuación. Y eso contribuye a hacer crecer el entusiasmo.

Además, los cuatro años transcurridos han afinado en el pueblo no sólo la sensibilidad política, sino el sentido del sacrificio. Y entonces las gentes no van hacia Ulate como fueron hacia Cortés en 1943, con el espíritu tradicional en quien se une a un candidato a la presidencia; ser ulatista en 1947; pertenecer al Partido Unión Nacional (el nombre del grupo primitivo de Ulate con los colores del Partido de Cortés), no es estar adherido a un partido político, sino formar parte de una cruzada; ser ulatista se convierte en una actitud heroica. Y la propaganda de Ulate fomenta esta actitud, y da a la campaña de 1947 una tónica de heroicidad, esfuerzo y sacrificio. Los que se enrolan en aquello, es como si se enrolaran en una guerra. Aquello va hacia la victoria, y todos lo gritan con optimismo. No se sabe cuáles van a ser los medios para obtenerla, pero hay una convicción de que se obtendrá. Así, quien adorna la fachada de su casa con un cartel de los que reza "Viva Otilio Ulate", lo hace en la actitud de quien empuña el rifle; hay que lanzarse a aquel caudaloso río, hay que ser parte de aquella corriente; no es cuestión de elegir un Presidente; es cuestión de participar en una aventura patriótica y heroica; es cuestión de vivir peligrosamente, en estado de alarma y de alerta; y parece que los costarricenses, principalmente la muchachada, habituados a largos años de paz y de concordia, encontraran en aquel momento de Ulate, la compensación a la tranquilidad, el momento del heroísmo, de la aventura y del viaje hacia lo desconocido, la oportunidad de conocerse y de medirse; y aquello es

contagioso; participan de ello los universitarios y los colegiales de secundaria, y las adolescentes, y las muchachas quinceañeras; y cada estudiante, cada recién graduado, cada empleado bancario, cada profesional joven, asume o se prepara a asumir en aquel 1947, su papel de personaje de Kipling, a aprovechar la única oportunidad que Costa Rica, la bella, dulce, pacífica Costa Rica, va a depararle de ser un poco aventurero y un poco héroe, y un poco novelesco, y un poco patriota; y como mucho han hablado los jóvenes, y mucho han oído los jóvenes, sobre "nuevas generaciones", y "nuevas ideas", "movimientos políticos ideológicos", y "planes juveniles de gobierno", aquella aventura se convierte también en una aventura del espíritu. El cuerpo y la sangre han de jugarse, como los jugaron los hombres de 1856, pero en pos de ideas muy concretas; hay un fanatismo entonces; el arma —que bien puede ser un cuchillo o simplemente una mecha— va al lado del libro. Y todo aquello da la seguridad del triunfo, el optimismo y el afán de realizar algo; la figura del jefe exalta y vivifica el sentimiento, hasta que un día hay un director calderonista que exclama con desconsuelo, que ser ulatista "es una cosa que está de moda". Comprende que aquello es una avalancha sin presas, segura de la victoria. ¿Y cómo va a obtenerse esa victoria? La respuesta divide al Partido, pero la división no es peligrosa. Ulate ha nombrado su Jefe de Acción a José Figueres, que ha dicho muchas veces que sólo las armas conducirán al triunfo, y que prefiere abstenerse de toda labor de carácter electoral. Hay otro sector —y la muchachada ve su personero en el Secretario General del Partido, Mario Echandi— que dedica toda su energía, y pretende que se dedique toda la del partido, al aspecto puramente electoral: a ganar las elecciones. "Pero no se puede detener a las ametralladoras con golpes de Código Electoral", arguyen los otros. Entretanto, Ulate parece colocarse entre las dos tendencias: necesita ganar las elecciones, porque sostiene que ninguna acción armada puede prosperar o contar con respaldo moral, si no se hace con una victoria electoral en la mano; pero va de pueblo en pueblo prometiendo a los ciudadanos que hará que sus votos se cuenten y se respeten; que la voluntad popular no será esta vez burlada.

El afán electoral es excesivamente optimista. Las negociaciones de 1946 han traído por consecuencia un Tribunal de Elecciones respetable y respetuoso, integrado por tres antiguos Magistrados de la Corte Suprema de Justicia, que son auténtica garantía para todos; y a cargo del Registro Electoral —que elabora los padrones de electores— hay un antiguo juez

que no está permitiendo que el fraude se elabore allí, como en gran parte se elaboró el de 1944. Pareciera entonces que esas conquistas que crean confianza, la crean excesiva. Y el mismo Figueres se queja, aunque en privado, de que no obtiene del Partido el respaldo económico suficiente para sus planes. Claro, él se niega a comunicarlos en detalle, lo que es lógico, y esto hace más tímidos a los encargados de la Tesorería; además, no hace muchos meses que le ha sido capturado a Figueres en México, un enorme cargamento de armas. ¿Y quién les dice a los que administran las finanzas del ulatismo, que el dinero que ellos manejan no va tener un desenlace semejante?

Además hay timoratos que dicen: "El pueblo no peleará"; "Sólo unos cuantos exaltados hablan de revolución"; "Figueres está loco".

Pero así y todo, desde el primer día, los opositores toman la iniciativa. El calderonismo, por tantear el terreno que pisa, ha intentado, al comenzar no más la campaña, hacer una de las suyas, y arma una gresca en el Congreso para rebajar el presupuesto de los recién creados organismos electorales. Tres días dura la batalla parlamentaria; los magistrados del Tribunal de Elecciones presentan su renuncia, y una tarde de marzo las Brigadas de Choque del comunismo hacen su primera aparición del año, contra las multitudes de oposición que se han congregado en torno al edificio del Congreso.

Pero ocurre algo insólito, y es que una muchachada estudiantil, a pesar del apoyo que a las cachiporras de los comunistas brinda la policía, les hace frente con puños, patadas y palos, y las pone en retirada; los comunistas retroceden perseguidos por los estudiantes, y no detienen a éstos ni las imprudentes balas que comienzan a disparar las autoridades. La derrota callejera de los comunistas es contundente; ya no les convendrá decir, como en 1943, que "las elecciones se ganarán en las calles", porque ese 14 de Marzo de 1947, la oposición se ha apoderado de las calles. La fuga es pavorosa, y el presupuesto de los organismos electorales no será cercenado. Pero queda un muchacho opositor herido de bala.

El triunfo aumenta el entusiasmo y el optimismo; la oposición pregona a los cuatro vientos que ha ganado —y bien ganada— la primera batalla:

"Se han terminado —dice un manifiesto ulatista al día siguiente—

los días de pandillaje comunista. Aquellos días que sonrojan a nuestra historia, en que la montonera roja, acatando las órdenes de don Francisco Calderón, y del entonces civil y hoy General en virtud de la más rápida y brillante carrera militar de que haya en la historia noticia, don René Picado, atropellaba, golpeaba y hería a las juventudes que al grito de "Viva León Cortés", desahogaban su patriotismo por las calles de San José y en los Parques Públicos, como protesta contra la merienda de negros en que habían convertido los señores Calderón la majestad de la República..." (17)

Con eso, el fantasma de las brigadas de choque pierde su prestigio sombrío, y no queda al grupo del doctor Calderón otro recurso que decidir una nueva forma de atemorizamiento.

Y a partir de ese día, las famosas cachiporras, los legendarios "black jacks", a los que, como dice la muchachada, ya "se les perdió el miedo", ceden su sitio a los disparos. 1947 no será un año de golpeados sino un año de muertos. Y en Alajuela cae el primero pocas semanas después.

Los métodos de lucha de los partidos oficiales pierden así su efectividad. En 1943, la campaña la hicieron a base de llamar "nazi" a León Cortés, para impresionar a la opinión internacional. Pero el mundo ha dado algunas vueltas. Ya hay una guerra fría. Ahora el enemigo oficial de las democracias occidentales es el comunismo, y es muy difícil para el doctor Calderón Guardia enrostrar a sus opositores nexos con el Soviet. Sin embargo, lo intenta: recuerda que, con anterioridad a 1943, los comunistas publicaban algunos artículos en los diarios de Ulate, y decide torpemente hacer piedra de escándalo de aquello. Pero los tiempos han cambiado. Ahora, el cargo del día, la acusación de turno, a quien puede hacerse es a él. Y se la hace personalmente, el propio Ulate, en un discurso que pronuncia ante un grupo de vecinos de San Isidro de Coronado, en estos términos:

"El candidato del partido oficial se encuentra hoy sometido a una dura prueba... por su oportunismo político y por su falta de convicciones en materia de política internacional. El, desde el Gobierno, lo mismo le hacía genuflexiones a los Estados Unidos, llevadas esas genuflexiones hasta al vasallaje, que le hacía carantoñas al Soviet con intervenciones y actitudes notoriamente

realizadas en favor del sovietismo ruso.

"Durante la anterior campaña presidencial, fue el jefe del Gobierno, y ahora aspirante, el que desató sobre la cabeza de don León Cortés, su amigo y protector, la tempestad de calumnias que trataron de presentarlo inclinado a la ideología nazista. Don León Cortés, en el gobierno, respecto de la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini, no era otra cosa que mantener con ellas las usuales relaciones diplomáticas que mantuvieron todos los gobiernos del mundo, los de Estados Unidos e Inglaterra ahí comprendidos; no hubo ningún acto de su gobierno, ninguna actitud de expresidente o de candidato que pudiera sindicarlo, siquiera levemente, de nazista. Sin embargo, el gobernante de 1940 a 1944 realizó los más audaces esfuerzos por llevar al convencimiento del Departamento de Estado de los Estados Unidos que el señor Cortés era nazista; y llevó esta audacia hasta dejarlo entender en sus declaraciones públicas.

"Dios tarda pero no olvida. El doctor Calderón le hizo ese cargo al señor Cortés sin escrúpulos y sin justicia, y ahora nosotros le hacemos a él el cargo, que comprobamos suficientemente, no sólo de que fue un comunizante en el Gobierno sino que, como tenía el poder en sus manos, fue en favor del comunismo un agente más importante que cualquier comunista militante. En un periódico de hoy, el jefe del oficialismo me atribuye la responsabilidad de este cargo de comunizante que le viene haciendo la prensa de la oposición; y yo, que no ando como él escondiendo las responsabilidades ni tratando de atribúrselas a otros, le digo desde esta tribuna y ante el pueblo de Coronado, que asumo, con plena conciencia, la responsabilidad del cargo que le ha sido formulado a él, de haber sido, como gobernante, el más decisivo factor en favor de la penetración comunista.

"Antes de él, había venido siendo el Partido Comunista un pequeño grupo combativo que ejercía desde la oposición vigilancia sobre los actos del Gobierno: hasta ganó en ese campo, la simpatía de algunos ciudadanos que creyeron en la sinceridad de los comunistas en favor de la pureza de la administración y de la libertad del sufragio.

"En el poder el doctor Calderón Guardia, el partido comunista pasó a ser, del pequeño grupo opositor que era, un partido de gobierno, con participación en el ejercicio de este gobierno y al cual el doctor Calderón Guardia entregó no pocos instrumentos del poder.

"Esta es la gran responsabilidad histórica que en esta hora del mundo en que está planteado el conflicto entre el comunismo y la democracia, debe asumir aquel expresidente. Lo de que los comunistas se le opusieron cuando él iba a llegar al poder, nada dice en favor de la teoría que ahora trata de sustentar de que él es anticomunista. Si los comunistas trataron de impedir que él llegara al poder y después, no obstante eso, él los hizo participar del poder que ejercía y les dio autoridad y prebendas, lo único que esto prueba es que los unos, como el otro, son gente veleidosa y oportunista en la política.

"Es más grave todavía que, habiendo sido enemigos los comunistas, según él dice, los hubiera llamado después a compartir con él los halagos y ventajas del gobierno.

"Para los comunistas, y en servicio de su partido, creó el doctor Calderón Guardia las llamadas juntas de abastos e inspecciones de precios, cuyo verdadero objeto fue el de crear puestos y darles sueldos a los comunistas y poner en sus manos un instrumento eficaz de persecución contra los comerciantes que mantenían criterio opositor.

"El Seguro Social, que debió haber sido una institución sin sectarismo político para que estuviera rodeada del respeto de todos los costarricenses, paró en ser, apenas fundada, una agencia de propaganda comunista que ha estado constantemente al servicio de los intereses de ese partido.

"(Se ha recordado) ... que una casa del estado le fue regalada por el mismo gobernante-a una asociación de trabajadores de estructura e ideología comunistas (18), y que no ha habido casa regalada por el mismo gobernante para las asociaciones de los trabajadores que no son comunistas. El apasionamiento de aquel gobernante en favor del

comunismo internacional llegó al extremo increíble y enteramente desusado, de hacer venir al país a un agente soviético bien calificado, el señor Lombardo Toledano, recibéndolo con honores de jefe de estado en el propio aeropuerto, a donde el Presidente de la República no puede ni debe concurrir a recibir sino a aquellos otros jefes de estado o funcionarios de equivalente categoría que lleguen en función oficial al país. Con Lombardo Toledano anda en las fotografías, y a su lado se presentó ... y pronunció un discurso de franco corte comunizante. Se negaron a permitir que bajara de un avión en Colombia, y fue el gobierno de Costa Rica en aquella época el único que le ha dado la condición de huésped de honor del Estado.

"A la Iglesia Católica trata de acogerse ahora, llamándola enternecidamente "mi Iglesia", —él debería saber que como ciudadano no tiene una Iglesia sino una religión si es que la tiene—, y cree que la Iglesia lo puede defender contra el cargo de comunizante, simplemente porque publica los documentos de fórmula que suelen cruzarse entre la potestad eclesiástica y el Poder Civil en las oportunidades que son de rigor; o la aprobación que la Iglesia le dio a una determinada legislación, como suele aprobar determinados actos de todos los gobiernos con los cuales mantiene relaciones, sin que esto implique solidaridad de la Iglesia con esos gobiernos.

"Por oportunista y por indiscreto llegó, en favor del partido comunista, hasta incurrir en una grave falta de consideración con el jefe de la Iglesia Costarricense. A pretexto de la emisión de las leyes sociales, emitidas no en interés de la justicia para los trabajadores sino a fin de entregárselas como una bandera a los comunistas en la campaña de 1943-44, el jefe del ejecutivo y el jefe del partido comunista organizaron una charanga, pasaron por el palacio arzobispal, y el jefe del ejecutivo hizo invitar al Jefe de la Iglesia a que subiera a un jeep para exhibirlo por las calles en compañía del Jefe comunista. Yo me doy cuenta de la situación en que se halló colocado el Jefe de la Iglesia. La Iglesia Católica que, como se sabe, mantiene la diplomacia más inteligente del mundo, es invariable en su política de cordialidad y de respeto para la potestad civil. Lo que es imperdonable es que un Presidente de la República se valiera de

esto para cometer con el Jefe de la Iglesia el inaudito irrespeto que implicaba el hecho de hacerlo ir dentro de un vehículo abierto, en compañía del Jefe de los comunistas, en los momentos en que Roma pasaba a ser la capital del mundo anti-comunista, y el Pontífice romano el primero de los predicadores contra el comunismo internacional.

"Por lo que se refiere a la política doméstica, la responsabilidad del doctor Calderón Guardia en la penetración comunista es la más grande de las responsabilidades que pueda tener un expresidente y un ciudadano.

"Como la ascensión al poder de don Teodoro Picado estaba exclusivamente pendiente del Gobierno, el señor Calderón obligó a la firma del pacto entre el señor Picado y don Manuel Mora, que convirtió al partido comunista en un partido metido dentro del gobierno y con funciones importantes para muchos de sus miembros.

"Con razón, con mucha razón, no hace muchos meses don Manuel Mora proclamó por radio la candidatura del doctor Calderón para una segunda presidencia de la República, no obstante que ahora están viendo el modo de darle vueltas al asunto, porque la cosa se les está poniendo muy fea en lo internacional.

"El doctor Calderón es, por tanto, y según una declaración oficial y expresa del jefe comunista, el candidato del partido comunista durante la presente campaña. Esto, además, quedó evidente en las dos últimas elecciones para diputados. En las de 1944, el partido Republicano Nacional de que es ahora jefe y candidato el doctor Calderón, presentó listas conjuntas con el partido comunista y sacaron juntos y revueltos a sus diputados mediante el gran fraude del 13 de febrero de ese año. Si el doctor Calderón se dice ahora anticomunista y trata de alentar la ficción de que los comunistas estuvieron contra él, ¿cómo le va poder explicar al país que su partido, el que ahora lo tiene como candidato y con el mismo nombre ahora que entonces, hiciera una fusión política que permitiera elegir a los mismos diputados, lo que supone la misma ideología, la misma orientación e iguales aspiraciones? El Congreso electo en 1944 era un congreso puramente calderonista; y así se ha

visto en la la disciplina militar con que los diputados votan cuando les ordenan.

"Exactamente lo mismo ocurrió en las últimas elecciones, las de 1946, cuando ya era agudo el conflicto entre las democracias y el Soviet. Las listas de diputados por el oficialismo las formularon, a su voluntad, don Francisco Calderón Guardia y don Manuel Mora. En las provincias en que lo juzgaron oportuno para su cálculo político, presentaron listas de candidatos a diputados separadas. En las provincias donde lo tuvieron por necesario, se quitaron la careta y presentaron listas conjuntas. En San José, le arrebataron a la oposición los dos diputados suplentes, poniendo los mismos nombres para candidatos a suplentes, tanto en la papeleta del Republicano Nacional como en la papeleta comunista; y gracias a esta maniobra los señores Calderón lograron darles a los comunistas un suplente por San José. En Limón, en donde ya se sabe de qué modo se hacen las elecciones, los señores Calderón sacrificaron a un amigo suyo, para darle el puesto a un comunista; y en esa provincia, los comunistas y los calderonistas votaron en una sola papeleta bajo el nombre de Partido Republicano Nacional.

"Con estos antecedentes, ¿cómo se atreve el doctor Calderón Guardia candidato del Partido Republicano Nacional, a negar su inteligencia con los comunistas y a presentarse como un candidato anticomunista? (19)

Sólo queda a la propaganda del doctor Calderón, a partir de ese discurso del adversario, dedicarse a golpear más bajo. Ya los propagandistas están acostumbrados a ello, y no tienen mucho escrúpulo que vencer antes de lanzarse por el atajo de colmar a Ulate de insultos, de llamarle alcohólico, borracho y degenerado, de pregonar que el padre de Ulate (por usar la frase acuñada luego por él en un hermoso documento), "murió con la razón oscurecida". Nada los detiene. No hay epíteto demasiado vil, ni argumento demasiado innoble, ni acusación demasiado rastrera. .Y la andanada de vejámenes se lanza contra el jefe de la oposición, y contra los que le siguen; no sólo contra los dirigentes de su partido, sino que cualquier persona, no importa su condición o edad, que haya demostrado simpatías por el singular periodista que encabeza las huestes que se oponen al doctor Calderón, se hace acreedora a denuestos contra su vida privada o pública,

su honra, o su hombría.

La propaganda ulatista, por su parte, se mantiene en tono heroico; trata de entonar; esto es, de dar tensión y vigor, de preparar los espíritus para lo que venga. Y al doctor Calderón le reserva un tono de fingida piedad cuando no de sorna, que sabe a veces levantarse hasta el apostrofe ricamente retórico.

Cuando media el año, ya todos saben que la oposición ha tomado la iniciativa, y esto es lo más importante. Incluso hay un grupo subrepticio que esboza un plan para recurrir tímidamente a las vías de hecho. Y como advertencia, decide colocar bombas nocturnas en edificios públicos de villas. Unas cuantas jefaturas políticas son el objetivo de la amonestación, que tiende a hacer saber a los adversarios (ya no se les llama "adversarios" sino "enemigos") que si siguen por el camino que han tomado, la oposición tiene también capacidad de represalia. Pero una vez más, la prevención es mixtificada: los comunistas, los calderonistas, echan un piadoso manto de olvido sobre su propia conducta, y se limitan a tomar nota de que "la oposición está compuesta por delincuentes", y hacen ridículos escándalos de prensa sobre los niños que pudieron haber muerto en cada uno de los chapuceros atentados, tratando de hacer creer que en las jefaturas políticas y las agencias de policía, duermen usualmente niños y mujeres, que siempre se salvan milagrosamente.

En esto de poner bombas ruidosas y nunca letales en oficinas y caminos intransitados, encuentra la rebeldía popular un nuevo desagüe, y pronto los mismos exaltados muchachos que organizaron el que ellos orgullosamente llaman "grupo terrorista", no saben qué hacer ante la cantidad de competidores que de todas partes les brotan, y a las escasas tres semanas del primer estallido, ellos mismos no saben quien pone las numerosas bombas que por todas partes estallan y que a nadie golpean. Incluso hay fundadas sospechas de que son los enemigos los que colocan algunas para seguir en la política —que ellos juzgan muy sagaz— de horrorizarse ante el peligro de que aumente la mortalidad infantil cuando una bomba estalla en un deteriorado local vacío.

Pero esa no es la actividad principal de los calderonistas. Esta corre a cargo de las autoridades, que agudizan la política de intimidación. Noche a noche, día a día, en un lugar y en otro, los opositores son encarcelados

con el pretexto de inverosímiles acusaciones, o sin ellas; a veces, en las cárceles, se les golpea; a veces, se les tortura también. La fuerza armada se hace sentir por todas partes; una noche decide que por determinada calle no se puede pasar; otra se limita a hacer un despliegue brutal como si se hubiera decretado el estado de sitio; más tarde, decide pasar una noche entera haciendo disparos no se sabe contra quién; luego, hay un sitio en alguna carretera donde todos los vehículos han de ser detalladamente registrados; o hay una noche en que se obliga a cerrar todos los establecimientos. Sutilmente, se intenta crear un estado de terror, y en esta campaña ha de verse el cerebro comunista, porque el de los otros no llega a tanto.

Una noche dominical, en Cartago, cuando salen los cines y las gentes se dirigen a la Avenida Central, donde es dominical tradición un paseo, la policía brota de todas partes, y se lanza contra la pequeña y endomingada multitud. Mas los cartagineses son bravos, y vienen siéndolo más en estos días y hacen frente al ataque desarmando a varios de los esbirros. Pero parece que los jefes han previsto esta posibilidad, y antes del ataque, han emplazado convenientemente algunas ametralladoras, que, cuando la policía comienza a llevar la peor parte en la gresca que gratuitamente ha provocado, comienzan a lanzar fuego (20).

No se detiene ahí la cosa. Hasta el momento, los atacados son los que están en la calle. Pero hay gentes en los clubes, y tal vez en un cine que proyectaba una película muy larga. Entonces se lanzan gases lacrimógenos sobre esos locales, para que la gente se vea obligada a desalojarlos, y desemboque en mitad de los cintarazos y el fuego de ametralladora. Los gases lacrimógenos caen incluso en la sala de cirugía del hospital de la ciudad, y sobre los que allí cerca esperan noticias de los primeros heridos de la noche. Y son flagelados los principales dirigentes del ulatismo de la ciudad y hasta el Juez Civil de la Provincia y un Magistrado Suplente de la Corte Suprema de Justicia.

"Al día siguiente, en Cartago no sólo se hizo el recuento de heridos y pérdidas; se tomó nota de las personas que habían actuado en contra de la ciudadanía, para un ajuste de cuentas que se adivinaba cercano. Y se hizo también un balance de la situación. Pudo confirmarse entonces que el plan de ataque había sido elaborado de antemano en San José y que habían participado, además de los

policías de Cartago, destacados elementos de la capital, entre ellos el propio Edecán del Presidente de la República, quien llegó a Cartago en el momento del ataque en un carro blindado, e impartió órdenes para perseguir a los opositores." (21)

Y ese día siguiente, como un milagro, aparece cerrado el comercio de Cartago. Se Cierra también el Banco Crédito Agrícola, y las oficinas de los profesionales. Cartago es una ciudad muerta. ¿De dónde ha partido la consigna? La consigna es anónima. Como en la vieja obra de Lope, quien ha ordenado el cierre ha sido Cartago. Cartago ha decretado un paro. Cartago ha decretado una huelga.

La idea de la huelga pululaba desde antes. Huelgas generales habían derrocado en 1944 a dos tiranos de la América Central. Se confiaba por muchos en los efectos de un movimiento así. Pero, ¿cómo organizarlo? ¿Cómo decretarlo? ¿En qué forma? ¿Por qué medios? La respuesta la da Cartago. Es la ciudad, la ciudad misma, la que ha dicho lo que hay que hacer.

Las autoridades cartaginesas se desconciertan. No creyeron que su hazaña fuera a tener tan magnífico resultado. Y con ellas, las autoridades nacionales, y los partidos de Gobierno. ¿Cómo tratar aquello? ¿Estará el remedio en disparar más? Es difícil. Ya se ha visto lo que la violencia trae Cartago está en silencio. Cartago es un cementerio, pero sólo en apariencia. Por dentro, en lo profundo, donde los alcances de los hombres de Gobierno ni llegan ni intuyen, Cartago efervesce optimista. Entonces, provisionalmente, el Gobierno sitia a Cartago, pero en silencio también.

Dirigentes opositores salen de Cartago con rumbo a San José. Lo que piden es que el partido de oposición, oficialmente, ayude y endose lo que está sucediendo. Que el movimiento se extienda. Los dos Volios, Alfredo y Fernando, que llegan a San José, traen un mensaje exaltado y optimista. Cartago ha encontrado el arma. Cartago ha decretado una huelga, como único modo de obtener seguridad personal para sus habitantes, Pero esa huelga es la más límpida, la más hermosa, la mejor bruñida, la más gloriosa arma que el pueblo costarricense ha encontrado hasta el momento para luchar contra sus malefactores. Ya se ha producido, el mismo lunes, una manifestación en San José para proclamar la solidaridad con los cartagineses. El Gobierno ha intentado prohibirla, recordando que el

Código Electoral proscribía los desfiles políticos antes de los dos meses previos a la elección. Pero la previsión presidencial es desechada por la multitud que no cree que sea "desfile político" la solidaridad con una ciudad maltratada y vejada hasta el extremo. El jefe de la oposición está ausente de la capital ese 21 de Julio de 1947, pero llega a tiempo y convoca por telegrama a sus Comités Directivos para el día siguiente.

En esa memorable reunión del Partido, son los dirigentes cartagineses los que llevan la voz cantante. Piden —a secas— que se decrete la huelga en escala nacional. Lo que algunos llaman "el ala exaltada del Partido", les apoya. Están entre ellos José Figueres (por supuesto), Carlos Luis Valverde, Otto Cortés, Luis Dobles Segreda, que afirman que la huelga es el camino y que la ciudadanía está preparada para llevarla a buen término. Pero existen también —encabezadas por Mario Echandi— las voces moderadoras, las que sólo tienen fe en lo puramente electoral, las que insisten en que el Partido sólo debe dedicarse a aquellas actividades que los viejos políticos liberales realizaban en sus respectivas campañas de los dorados tiempos de libertad, y se burlan de esas presuntas heroicidades. El Jefe de la Oposición, cauteloso y prudente, no presiona en favor de ninguna de las dos tesis; pero es más hombre de hacer que hombre de no hacer. La sesión se prolonga largas horas. Frente al local del partido se va congregando una multitud cada vez mayor —es el mismo desfile de la víspera reforzado a cada minuto,— que pide a gritos la solución que de boca en boca corre, y que es ya la solución popular:

¡Huelga! ¡Huelga! ¡Huelga!

Y aquella deliberación parece que no va a terminar nunca. La atmósfera está cada vez más recargada por el abundante humo de los abundantes cigarrillos, y por el peso de aquellas conciencias que saben que están al borde de tomar una decisión histórica, posiblemente la más importante que hayan tomado o contribuido a tomar en sus vidas.

La multitud se impacienta más y más. No sabe todavía que la idea de la huelga está tomando cada vez más fuerza dentro de los comités del Partido; que aunque es cierto que los opositores debaten cada vez con mayor calor, pero con mayor pusilanimidad al mismo tiempo, los defensores de la idea se sienten cada vez más voceros de la voluntad popular, amorfa y espontánea, que grita abajo, en la calle. Todo sería

cuestión de tomar una votación, y la huelga quedaría decretada. Pero los llamados a la cordura siguen haciéndose en el seno de los comités. Unos llamados, es cierto, que ya están derrotados de antemano, porque las voces acongojadas y apasionadas de los representantes de Cartago encuentran cada vez que se levantan, más simpatía y mayor acogida.

La multitud presiona demasiado, incluso físicamente, y como el agua que comienza a romper un dique, comienza a penetrar en el local del partido.

Ya algunos de los gritos de "¡Huelga!", se pronuncian en el pasillo contiguo al viejo salón donde se sesiona. No es posible ya detener más la votación. Los Comités Directores del Partido Unión Nacional—el que lleva por enseña la bandera blanquiazul de León Cortés con una mancha de sangre en el centro— decretan la Huelga General. La multitud aclama al Jefe de la Oposición, y a aquellos de sus secuaces que van saliendo del local del partido; y parece que supiera cuáles de ellos han estado en favor de su tesis. La Huelga está decretada a partir del día siguiente. Las sirenas de los periódicos de oposición lo anuncian a los cuatro vientos.

Hay unos minutos de algarabía en toda la ciudad, que las autoridades intentan reprimir con un saldo de dos muertos, y esa noche los ciudadanos se acuestan llenos de presentimientos y celos, incluso también dudas, preocupados con la anticipación de lo que va a comenzar mañana, mientras los directores de la oposición tratan de conciliar el sueño repasando la magnitud de la responsabilidad que acaban de asumir.

XIII

LA HUELGA DE BRAZOS CAIDOS

La huelga no es una agitación que se vaya extendiendo paulatinamente, que vaya gradualmente tomando cuerpo y fuerza. No. La huelga amanece implantada al día siguiente. En el barrio retirado, el pequeño pulpero no abre su negocio de panes y arroz vendidos "con libreta", y en el centro de la capital, el gran almacén permanece con su candado en la puerta.

La capital está paralizada. Los que esa mañana salen por curiosidad a recorrer las calles para ver qué resultado ha tenido el pronunciamiento de la noche anterior, se encuentran con que todo está cerrado. Las tiendas y los almacenes; las cantinas y las oficinas profesionales; los talleres y las librerías. Y, lo que más preocupación causa a las gentes del Gobierno, los Bancos. Todos los Bancos, incluso los del Estado; porque los empleados bancarios no se han presentado a trabajar.

En las demás ciudades y villas del país, el movimiento cunde también, y su intensidad está en relación directa con su cercanía a la capital, Pero es la huelga de San José la que inquieta y exaspera a las gentes del régimen. La paralización total de ese primer día de una huelga que ellos reputaron de alocada y condenada al fracaso.

Fernández Duran ha relatado ese primer día de huelga con vividos colores así:

"Sólo unas pequeñas pulperías permanecen abiertas,... los empleados de los Bancos han constituido un Comité de Huelga con representación del noventa por ciento del total, obligando al cierre de las instituciones por falta de personal para atender al público;... se han comprometido bajo juramento a aceptar solidariamente las consecuencias de su actitud, declarando que se juega el destino de la Patria y que ningún hombre honrado y digno puede ceder un ápice;... las empresas de aviación están cerradas.

"...Se agregarán a la paralización de actividades el cuerpo médico, las barberías, los teatros, las carnicerías, las telefonistas, el personal del Ferrocarril del Norte, los empleados del tranvía, los dry-cleanings, los depósitos de madera, las farmacias, los empleados judiciales, los agentes viajeros y los trabajadores de las Compañías Eléctricas.

"La policía, acantonada en las calles cercanas a la Avenida Central, ha reprimido salvajemente la manifestación estudiantil anunciada en los diarios disparando los máuseres al cuerpo, a matar.

"Las autoridades se han acostumbrado pronto a asesinar, y SU saña va en aumento. Al mediodía los gendarmes caen sobre las estaciones radioemisoras al servicio de la oposición, decomisándoles piezas esenciales y dejándolas inútiles. Entretanto, las emisoras al servicio del Gobierno Se dedican a propalar falsas noticias, resguardados sus estudios por piquetes de policía fuertemente armada. Y aunque inmediatamente después del atropello los opositores presentan recursos de habeas corpus, Se estima que éstos no serán conocidos por la Corte Suprema de Justicia antes del lunes. El Gobierno ha violado la libertad de pensamiento y de expresión, sin estar suspendidas las garantías constitucionales.

"Mientras las estaciones radiodifusoras son clausuradas, el Gobierno desata tremendas balaceras en el propio corazón de la capital. Frente al Diario de Costa Rica son atacados vilmente los ciudadanos que esperaban noticias y observaban los acontecimientos, y algunas balas horadan las paredes del periódico. Al mismo tiempo, policía y jeeps disparaban sin piedad sobre las personas que transitan en la cercanía de los Juzgados, hiriendo a varios ciudadanos y asesinando, al escribiente de la Alcaldía Primera Civil. El número de víctimas va aumentando. Diez muertos y dieciocho heridos reportan los informes del Hospital San Juan de Dios. Y el alto porcentaje de muertos se atribuye a la horrible circunstancia de que las fuerzas gobiernistas están usando proyectiles de fragmentación. Un hilo de sangre va uniendo a los costarricenses, y el pueblo, en el dolor y el sacrificio, va afirmando su voluntad de triunfo".

La mañana del 23 de Julio es una mañana de sangre. Desde carros blindados, las autoridades disparan contra la ciudadanía, y el Secretario de Seguridad Pública, Rene Picado, se jacta de lo que está sucediendo. Caen asesinados un empleado judicial, un honorable comerciante que permanecía en la puerta de su negocio, varios más. Gentes que nada hacían, que estaban pacíficamente en la calle, son detenidas. Pero el ansia de sangre es enorme. El Gobierno quiere conjurar el implacable movimiento huelguístico por medio del terror, pero es un terror burdo, estúpido, primitivo, que sólo sabe asesinar a quienes no hacen más que pedir libertad.

Las gentes de la oposición comienzan a congregarse en dos residencias contiguas, en el sector del Paseo Colón. Pertenecen a los dirigentes del Partido, Gonzalo Jiménez y Carlos Luis Valverde. En casa de este último permanece el Jefe de la Oposición. Y hasta aquí llegan las noticias de la masacre en que el Gobierno está empeñado.

¿Y qué pretende la huelga? En un principio, se levanta el optimismo que cree ver en ella un movimiento capaz de liquidar al régimen y de deponer al tambaleante gobierno de Picado. Pero un arma así sólo puede tener efectividad ante gentes responsables o inteligentes. Y los gobernantes de Costa Rica no lo son. Son zafios, son torpes, y sólo de violencias entienden. La huelga hay que dirigirla —y así lo establece Ulate a los pocos días de declarada— hacia la obtención de auténticas garantías electorales.

Como la masacre del 23 no logra detener la huelga, el Gobierno decide suspender esa actividad, tan grata a su soldadesca. Se dedica entonces a encarcelar a los dirigentes de oposición que se le ponen a mano.

Mientras tanto, la ciudadanía se comienza a ocupar de otras cosas necesarias: de establecer radiodifusoras clandestinas, ya que las que han prestado servicios a la oposición se encuentran clausuradas; de la repartición de toda clase de alimentos entre las gentes pobres. Y se instalan improvisados comités y comedores, para los cuales algunos importantes almacenes abren nocturnamente y en secreto sus puertas. Algunos camiones de transporte de leche logran burlar la vigilancia de las tropas que hay apostadas para detenerlos y derramar su cargamento, y esa leche es puesta generosamente por los productores al servicio de esos comités y

comedores. La oposición se preocupa de que no falte alimentación a los ciudadanos, y la rapidez con que este servicio se organiza, y la efectividad con que trabaja, es sorprendente.

El Gobierno, que cada día está más presa del pánico, no sabe a qué otra cosa recurrir para imponerse y sembrar el terror. Pero los comunistas están llenos de recursos, y saben aprovecharse de las oportunidades. Y ofrecen al Gobierno los servicios de alguna de su gente, la que es más desconocida para los habitantes de la capital, ya que no sería prudente usar a comunistas muy conocidos y fichados. En efecto, pronto llegan a San José, trenes cargados de gentes de la costa, gentes de tierra caliente escogidas en cada localidad por los jefes comunistas del lugar, a patrullar las calles de la enmudecida capital. Y los josefinos ven el ridículo espectáculo de su capital silenciosa y casi muerta, recorrida por gentes de otro clima, no acostumbradas al relativo frío de la ciudad, que patrullan tiritando, rifle al hombro, cubiertas por una cobija. La imaginación popular recuerda entonces a los cantantes callejeros que en México se cubren con un sarape, y bautiza "mariachis" a estos "linieros" que no, saben qué es la cosa, pero que están dispuestos a disparar con o sin motivo, contra quien se les ponga por enfrente. "Mariachis" se llamará en lo sucesivo, a todos los simpatizantes del régimen, y el nombre, de sinonimia musical, se convierte en despectivo.

Para los comunistas, la aparición de estos "mariachis" es muy cómoda y sabrosa porque a partir de este momento tendrán a su partido debidamente armado, ya que los rifles con que los hombres de tierra caliente amenazan y cumplen sus amenazas, no volverán a los arsenales oficiales.

El Gobierno hace toda clase de intentos por conjurar la Huelga; al tercer día, amenaza con poner bajo el fuero militar a todos los empleados bancarios, a fin de obligarles a trabajar, pero luego echa pie atrás, atemorizado por las consecuencias que podría tener un acto que sería a la larga contraproducente. Entonces decide hacer una redada, y captura a algunos de los dirigentes bancarios. El resto de los empleados se esfuma de San José inmediatamente, y nadie vuelve a saber su paradero.

¿Qué hacer? El Gobierno sabe que si deshace la Huelga Bancaria, habrá dado un golpe de muerte a la Huelga General. El Secretario de Hacienda decide pedir la quiebra de todos los Bancos, ya que su cierre implica

suspensión de pagos. Pero los personeros bancarios alegan fuerza mayor (no tienen personal suficiente para abrir y no han podido conseguirlo) y la peregrina gestión ministerial no prospera.

En el Banco Nacional hay algunos empleados afectos al régimen, que tras duras penas, logran abrir una de las puertas del Banco. Pero la oposición está alerta, y lanza una avalancha de retiros de fondos que alarma a los gobiernistas y confirma el cierre.

La última carta que en ese terreno se juega el Gobierno, es la rapidísima creación de un Instituto de Movilización del Crédito —ridículamente integrado— que tiene por intención el conjurar el paro, por lo menos en cuanto a Gobierno se refiere, porque le permite hacerse de fondos. Pero abrir los Bancos, eso sí que no lo consigue. Los Bancos siguen cerrados. Y el comercio, y con él todas las actividades.

Con los Bancos nada se puede hacer. ¿Y con el comercio? El globo de ensayo contra el comercio se realiza en Cartago el sábado 26 de julio, sexto día de huelga y cuarto en todo el país: el saqueo.

Una turba previamente aleccionada saquea el almacén de los señores Masís, prominentes opositores. Previamente, la prensa oficial se ha preocupado hipócritamente por la posibilidad de que el pueblo, desesperado por el hambre, se lance contra los comercios.

Y dos días después, el lunes 28, el régimen decide que el espectáculo — que venía en receso desde el 4 de Julio de 1942— sea montado en San José.

En la obra de Fernández Duran se relata lo ocurrido el lunes 28 en estos términos:

"Lunes 28 de julio. Sexto día de la huelga. Desde la buena mañana, abiertamente, se amenaza al comercio con obligarlo a abrir "a bala si es necesario". Los comerciantes de la capital no ignoran el peligro que los amenaza, porque saben que desde el sábado anterior comunistas llevados de San José a Cartago se han dado al saqueo de los almacenes de esa ciudad, apoyados por la policía la cual, lejos de reprimir el robo en masa, persigue con ráfagas de ametralladoras a los opositores que tratan de

evitar la rapiña.

"El saqueo en San José se inicia desde dos horas antes de la anunciada para la manifestación que el comunismo ha organizado contra el comercio. A la una de la tarde, y al grito de "Viva Calderón Guardia", y "Viva Vanguardia Popular", las brigadas de choque y los "mariachis" se lanzan contra varios establecimientos en huelga, quebrando con varillas de hierro las ventanas y derribando las puertas con arietes previamente alistados. Los gobiernistas han señalado con anticipación los negocios que serán lapidados, y en el bolsillo de un asaltante que resulta herido se encuentra una lista de las casas comerciales que debían ser saqueadas.

"El robo colectivo continúa por largas horas durante las cuales altos militares recorren la ciudad, amenazando desde sus jeeps a los comerciantes. La policía tolera con su deliberada ausencia todos los atropellos de los comunistas, y cuando al fin se lanza a la calle, desatando balaceras con resultado de varios opositores heridos trata con guante de seda y protege, a los saqueadores que se alejan con su botín.

"La Oposición había organizado desde el primer día de huelga la repartición de alimentos en todos los lugares de la República. Esa repartición no tenía color político y de él se beneficiaron todos los costarricenses. La Cruz Roja, por su parte, también había acondicionado innumerables puestos de distribución de artículos de uso indispensable. Sin embargo, el desfile, que no se realizó por convertirse en saqueo organizado, tenía como pretexto el hambre del pueblo a pesar de la cual los comunistas dieron preferencia en el momento del robo a los licores, las máquinas de oficina y los artículos de lujo.

"Después que el comercio ha sido arrasado en Cartago y San José, desfila la roja camioneta al servicio del comunismo, haciendo oír por su magnavoz una severa condenatoria al asalto y al robo, a pesar de que dirigentes de ese partido habían sido vistos en el momento del saqueo, azuzando las turbas. El calderonismo, también se lava las manos y sus periódicos aseguran que las depredaciones han sido llevadas a cabo por varios miles de ulatistas".

Cuando la prensa oficial acusa, con pasmosa tranquilidad, al ulatismo de ser autor de los saqueos, publica Ulate un mensaje, en el que hace notar

que la prensa adicta al doctor Calderón, en ediciones preparadas antes del saqueo y que circularon poco después de efectuado éste, ha publicado la lista de los establecimientos atacados, incluyendo a algunos que finalmente no lo fueron, porque sus propietarios hicieron frente con decisión a las turbas. "Sabían que iba a ocurrir —dice Ulate— porque conocían los planes; pero como impidió la realización de éstos el propietario del negocio, los periódicos del doctor Calderón dieron una noticia falsa"; y concluye: "Decir en favor de los ladrones, que se trata de grupos de gente pobre que atacó almacenes que están llenos de mercaderías, como si por llenos de mercaderías se tenían merecido el ataque, es una de las cosas más villanas que pueden leerse en cualquier publicación de cualquier parte del mundo. Amenazar, como lo hace la prensa del doctor Calderón, a otros almacenistas, diciendo que corren el mismo peligro, es igualmente miserable". (22)

Mientras todo eso ocurre, los banqueros principales se reúnen con el Tribunal Electoral a fin de buscar una solución. El Gobierno les rechaza el plan, y entonces se dirigen al Arzobispo. Arzobispo, banqueros y magistrados, se imponen entonces la ímproba labor de mediación.

Ulate, desde la casa de Carlos Luis Valverde, dirige las negociaciones y la huelga misma. Y estos días de emoción, de agonía, van produciendo en el partido de la oposición un fenómeno que le da todavía más empuje y más valor; es la revelación del doctor Valverde como uno de los más sólidos, de los más fuertes líderes. Los días de la huelga producen el eclipse de los usuales dirigentes electorales del Partido, y poco a poco los opositores se van dando cuenta de que Valverde se va convirtiendo en el hombre de confianza de Ulate, lo cual es satisfactorio porque Valverde es un hombre en quien todos instintivamente depositan la suya. Los grupos más exaltados y radicales, que temen que los elementos más pacificadores del Partido sean los que mayor influencia ejerzan sobre el jefe, se muestran confortados porque Valverde está lejos de ser un pacificador. Y los grupos más ponderados, los que temen que la exaltación radical de la otra ala, que ha tomado la huelga como quien toma un tónico, lleguen a ser decisivos, se sienten mejor porque Valverde, al mismo tiempo, está lejos de ser un exaltado.

Carlos Luis Valverde emerge durante la huelga como la segunda figura del ulatismo. Es la voz indignada que fustiga a los timoratos y a los que

buscan transacción; que levanta los espíritus decaídos y no permite que el suyo decaiga un momento; y es el hombre capaz de suavizar a los exaltados. Se trata de una inteligencia excepcional, de un espíritu indómito y puro, de un talento político innato, cuyas cualidades y defectos complementan plenamente las cualidades y defectos del Jefe de la Oposición. La presencia de Carlos Luis Valverde junto a Ulate, pareciera redondear más, completar la figura del jefe; y el jefe, que mide y conoce a los hombres rápidamente, sabe que Valverde, en estos momentos de emergencia, se ha revelado como un hombre de tremenda voluntad y decisión, que le será en lo sucesivo insustituible. Cada vez que dos tendencias chocan, Valverde interviene, no para conciliarlas, sino para imponérselas, a gritos si es necesario. Valverde increpa a los que flaquean. Valverde propone soluciones donde ya parecía que no iba a haberlas. Cuando la enorme responsabilidad —mayor a cada hora— amenaza agobiar a Ulate, es Valverde quien —como médico— ordena un descanso, y —como hombre de acción— toma las decisiones que haya que tomar, las cuales resulta luego siempre que eran las que Ulate habría tomado. Cuando Valverde asume dentro de la oposición —y esto ocurre durante la huelga— el papel de director que merecía, es como si todo el resplandeciente movimiento recibiera una inyección de confianza, de energía y de optimismo. Y pareciera que: aún en los mismos afectos de Ulate, Valverde llega a ocupar el sitio más cercano. Porque siendo hombre impetuoso, no deja de ser reflexivo cuando conviene; porque siendo hombre de personalidad arrolladora por lo fuerte, es tremendamente desinteresado; porque siendo un constante acicate hacia la decisión, sabe reforzar con la suya la mano de Ulate, cuando ésta quiere refrenar un impulso muy exaltado.

Así, es Valverde el que conduce un día hasta el despacho de Ulate a un grupo de damas. La huelga, lleva ya más de una semana. Todo signé cerrado, todo sigue paralizado. Las damas tienen algo que ofrecer, algo que proponer. Ulate lo acepta.

Y el 2 de agosto —el día que los costarricenses celebran a su patrona la Virgen de los Angeles— salen por las calles de San José, portando banderas blancas, ocho mil mujeres cantando el Himno Nacional. Van hacia la Casa Presidencial, a pedirle a Teodoro Picado que otorgue la garantía que se le ha pedido, de qué los costarricenses tendrán en febrero libertad para elegir.

Las encabezan las viudas e hijas de los viejos próceres: de los Presidentes Rafael Yglesias, Ascención Esquivel, Cleto González Víquez, León Cortés. Pero tras ellas vienen las mujeres de todas las clases sociales. Las damas de la alta sociedad, las obreras, las maestras, las muchachas casaderas, las profesionales, las empleadas, las sirvientas; es un desfile impresionante, en el que no se oye más ruido que el del Himno Nacional; han rechazado vehementemente la protección que algunos hombres han insistido en darles; están seguras —se ha dicho en la convocatoria— "de que no habrá costarricense capaz de estorbar un desfile respetuoso de madres y jóvenes y costarricenses que sólo piden libertades para nuestro pueblo".

Y llegan frente a la Casa Presidencial. Teodoro Picado sale a la puerta, escucha la petición de las damas, y cierra la puerta tras él después de decirles con sorna que le pidan a la Virgen de los Angeles que les haga el milagro.

Podían esperar las mujeres un mal recibimiento, pero no de ese calibre. Mas lejos de desconcertarse, deciden no abandonar el camino de paz que se han trazado, y acuerdan permanecer en el Parque Nacional, frente a la casa de los Presidentes, y a la sombra del Monumento que conmemora las glorias nacionales de la guerra de 1856. Permanecerán allí. ¿Hasta cuándo? Ni ellas mismas lo saben; hasta que su voz sea escuchada. No hay modo de apartarlas de allí. Tienen muchos niños en sus casas; hay en las de todas quehaceres de esos que es ineludible atender. Pero nada importa que por un día, o quizás por más, esos pequeños, dulces quehaceres sean abandonados. Ellas no se moverán de allí. Han tomado en sus manos puras el corazón de la patria, y no van a dejarlo abandonado. Y es como si el Parque floreciera en ese día angustioso y fértil.

Si les concedieran lo que piden, volvería la paz y volvería el trabajo. Pero no vuelven a ver la cara socarrona de Picado, que se limita a hacer rodear de policía el Parque, y a impedir el acceso a él de los padres, esposos, hijos o novios que quisieran llevar algún alimento, o simplemente confortar. Pero claro, hay gentes que sí pueden acercarse; la policía lo sabe bien. Son, por ejemplo, algunas damas, esposas de hombres prominentes del régimen, que profieren insultos desde la acera; o los comunistas, que amenazan ultrajantemente; o una que otra prostituta con una lección quien sabe donde recibida, pero aprendida a la perfección. Y además, los policías

mismos, los militares, los palaciegos, que no hacen más que reírse, y señalarlas, y burlarse de ellas, mostrándoles los sellos de propaganda calderonista que adornan las culatas de sus fusiles. Hay mucho que sufrir ese día. Pero también hay mucho que esperar. La propia hija de Teodoro Picado figura entre las manifestantes que piden a su padre libertad y han obtenido un portazo y un mal chiste. Las horas pasan. Anochece, y las mujeres no se retiran. Por el contrario, hacen preparativos para pasar la noche en medio del frío del parque, a la sombra de los mismos árboles que acariciaron idilios y sueños juveniles.

Los mediadores, entre tanto, no descansan. Pero Teodoro Picado ha dicho que no entra en conversaciones, mientras "esas mujeres" no se retiren de allí. A pesar de este ex abrupto, los miembros del Tribunal y el Arzobispo, se sienten optimistas sobre el eventual resultado de las conversaciones: desde que Cartago se declaró en huelga han pasado trece días, y el espíritu de la huelga permanece incommovible; el Gobierno ha fracasado en todos los intentos que ha hecho para conjurarla o derrotarla. Aquello es indomeñable y Picado, por lo menos, comprende que no podrá sostenerse más si las cosas siguen como van. El país está completamente paralizado: banca, comercio, transportes, comunicaciones, servicios de toda, clase. El país lleva trece días de estar quieto como aquellas mujeres que perturban la tranquilidad y la digestión presidenciales con sus oraciones, monótonas y constantes, que salen de la penumbra del Parque como una amenaza intangible, leve y segura. Teodoro Picado, para ceder, exige el pírrico triunfo de que la procesión de damas se retire antes y no después de la concesión. Con la aquiescencia previa de Ulate, el Arzobispo se dirige a las mujeres por medio del Presbítero Benjamín Núñez, para rogarles se vayan en paz y confianza a sus hogares. Igual gestión hace ante ellas el Tribunal Electoral. Y en la seguridad de que sus oraciones han sido por fin escuchadas, las mujeres del blanco desfile se deciden por fin a retirarse.

Y es entonces cuando se efectúa el milagro que Teodoro Picado prometiera: el Parque Nacional y sus alrededores quedan repentinamente a oscuras. "No se ve nada; no se escuchan más que algunas aisladas carcajadas alcohólicas, y un segundo después, el ruido atronador de las ametralladoras y fusiles que comienzan a disparar. Se han desatado contra las mujeres toda la villanía, toda la bajeza y la suciedad existentes en el oscuro fondo de los hombres del Gobierno". (23)

Los gritos de terror, de dolor, de pánico, son espantosos. Contra las cunetas, sobre el agua que corre por los caños, se apretujan temblando las damas, y a rastras logran avanzar difícilmente en un intento de salir de aquel infierno de balas. Las manos suaves de las mujeres se rastrillan contra la piedra menuda de los risueños senderos del Parque; el mensajero arzobispal, Presbítero Núñez, que no ha tenido tiempo de alejarse de aquel sitio, es el único que puede contribuir a ayudarlas, a efectuar una obra que es ya de salvamento. Son minutos de pesadilla oscura, en medio de las tinieblas, perdido el rumbo, deshechos los nervios.

Nunca se ha disparado antes en Costa Rica contra mujeres. Esta era la hez que faltaba, y aquí está. Con linternas eléctricas, la soldadesca se regocija en el espectáculo de ver a las dignas mujeres arrastrándose sobre manos y rodillas para salvarse de aquel tiroteo, como si ello fuera una humillación de las mujeres ante los esbirros, y no un autorretrato de la villanía sin límites que los costarricenses llevan ya siete años de soportar.

Y cuando ya todas han logrado alejarse, se hace la luz. Quedan allí, símbolos inconscientes de lo ocurrido, quizás una coqueta zapatilla perdida sobre la grava; quizás un juvenil brazalete de fantasía al borde de una alcantarilla; más seguramente un aroma de gracia y de ternura que se revuelve con las miasmas de la Casa Presidencial y logra purificarlas por breves segundos. Breves, por fortuna, porque un aroma así estorba a los autores del "milagro" y de las miasmas.

Y a la mañana siguiente, cuando todavía puede relatarse con temblores de pavor el milagro de Picado, florece y se conoce el milagro de las mujeres. La huelga ha terminado en triunfo. El régimen ha tenido que ceder. Las garantías electorales han sido concedidas. Se crea un Comité de Investigación dependiente del Tribunal Electoral, con facultad de conocer de cualquier denuncia por transgresión de las leyes electorales que hagan los partidos contra las autoridades, y sus decisiones ameritarán la suspensión del funcionario infiel; el Presidente, su Secretario de Seguridad Pública, los diputados gobiernistas y de oposición, los jefes de los dos Partidos en pugna, y los oficiales de la fuerza pública, firman una declaración aceptando "como definitiva e inapelable la resolución que sobre las elecciones... emita el Tribunal Nacional Electoral"; además, el residente y su Secretario de Seguridad Pública se comprometen a entregar, dentro del término de 24 horas después que la resolución del Tribunal se

produzca, el control de la fuerza pública al ciudadano electo; se establece que el Tribunal ejercerá vigilancia sobre los miembros de la policía en cuanto a las actuaciones relacionadas con el proceso electoral, por medio de un cuerpo de delegados suyos; el Presidente, partidos y diputados, se comprometen a dar todo su apoyo al Tribunal; se aprobará sin pérdida de tiempo el presupuesto de gastos que el Tribunal solicite; el Poder Ejecutivo garantiza a todos sus empleados la libertad para afiliarse al Partido que quieran; además, se establecen reparaciones para las victimaste los acontecimientos, y se establece que no habrá represalias o persecuciones de ninguna clase contra los que hayan o no hayan participado en la huelga. De paso, se concierta una tregua política total de una semana.

Armado con ese pliego de garantías, el partido de oposición se apresta entonces a seguir adelante en su lucha. Han aprendido los ciudadanos, en todo caso, una nueva lección, obvia e importante: que nada detiene al pueblo capaz de tomar decisiones.

El Gobierno se limita a decir que quienes cortaron la luz del Parque Nacional y alrededores, han sido "los terroristas del ulatismo".

XIV

EL FINAL DE LA CAMPAÑA

La oposición sale de la huelga convencida de su fuerza. Si algún elemento de juicio faltaba para apreciar la dimensión y poderío numérico del movimiento opositor, este majestuoso paro general lo proporciona. Y si bien cada día se sienten los opositores más conscientes de su invencibilidad, es lo cierto que, satisfechos todos por la huelga, no todos lo están por su conclusión. Hay, en algunos sectores una desconfianza a medio manifestarse. Creen que con unos días más de paralización, el régimen habría caído de una vez; pero olvidan que ya los directores de la huelga estaban sufriendo presión de parte de determinados huelguistas importantes, que estaban ya preocupados por las pérdidas económicas que el paro les significaba. Y que no todos los hombres actúan en todas las oportunidades ni todos los días por patriotismo químicamente puro. Hay también quienes desconfían del arreglo, y sostienen que tanto el doctor Calderón como su hermano; que tanto Teodoro Picado como el suyo, y los miembros de la fuerza pública, y ciertos diputados desde ahora identificables, no son gentes que tengan empacho alguno en pasar por encima de la firma que han estampado, y que no sería remoto que dispusieran, si Ulate gana las elecciones, desconocer el convenio que han firmado.

Pero estas consideraciones, que en todo caso no se las están haciendo todos, no son suficientes a detener o a contrarrestar la embriaguez del triunfo obtenido. El calderonismo comprende que, efectivamente; la oposición le ha dado una batida en toda la línea; hay una tremebunda desbandada de calderonistas que, indignados por los asesinatos fríos y crueles cometidos por el régimen durante los días de la huelga, abandonan aquellas tiendas y se pasan a las de la oposición públicamente, y explicando que ellos no pueden seguir al doctor Calderón hasta el asesinato en masa.

Y así como la huelga le ha dado al ulatismo un nuevo líder en la persona de Carlos Luis Valverde, así la huelga ha dado al Gobierno un nuevo

esbirro, en la persona de un aventurero cubano, de nombre Juan José Tavío, rechoncho como un cerdo, de adiposa barriga y adiposas posaderas, fumador sempiterno de puros hediondos como él, y de antecedentes tan oscuros que nadie logra esclarecerlos. Mediante una intrincada combinación de alianzas incluso matrimoniales, Tavío había logrado hacerse de un establecimiento comercial de alguna importancia, que ha sido el único de su calibre que ha permanecido desafiadamente abierto durante todos los días de la huelga. Deliberadamente, el gordo aventurero lo ha hecho así para congraciarse con aquel régimen al que él aspira a servir. De esa solidaridad con los desmanes, a una participación activa en los mismos, sólo hay un paso. Y apenas acaba de pasar la tregua de ocho días que se ha acordado como remate del arreglo, cuando aparece Tavío con sus gorduras cubiertas por un vistoso uniforme, trepado en un automóvil de último modelo que ha llenado de toda clase de trompetas.

Pero aquella figura ridícula y repugnante, que sólo a la risa mueve al comienzo, se convierte conforme pasan los días en la más trágica y pavorosa de todo el régimen. Tavío —en compañía de otro extranjero de apellido López— se convierte en el factótum de la policía, en el que dirige las agresiones, las detenciones y las torturas. Hombre sin escrúpulos y sin alma, carente por completo de arraigo en el país, es el mejor instrumento que el Gobierno y el doctor Calderón pueden hallar para realizar sus hazañas. Tavío hace trágicos los meses postreros de la campaña de 1947. Tavío es capaz de todo; Tavío no repugna ninguna clase de vileza. Tavío dispara, da culatazos, azota, tortura en medio de putrefactas carcajadas. Y conforme pasan los días, se va convirtiendo en el héroe de los secuaces de Picado y el doctor Calderón.

Pero no es tampoco el regordete mercenario que se han encontrado los gobernantes, cosa suficiente a detener a los opositores. En todo caso, se dicen, la hora de las verdades se acerca, y Tavío habrá de pagarlas pronto. Así lo dicen los que salen golpeados de las cárceles, los que han sufrido en las celdas los baldazos de agua que periódicamente manda a lanzarles; los que son objeto de sus insultos cuando están injustamente presos; los que se ven agredidos a culatazos por sus secuaces en las calles públicas.

No logrará la nueva política de destilado terror, disminuir el alto espíritu con que se está esperando la hora final. Y es que no sólo Tavío es ahora el

azote de las gentes decentes. Es que, recrudescidos por la huelga los odios del régimen, ahora la agresión y el crimen están a la orden del día. La situación internacional de 1947 no permite al doctor Calderón llevar a cabo sus hazañas por medio de las brigadas de choque comunistas, que en todo caso han sido puestas en fuga desde marzo. Por eso, ahora se recurre a los militares. Es la policía, principalmente, la que se encarga de realizarlas. O hampones convenientemente entrenados por Tavío, pero sin nexos con el Partido Comunista, aunque los tengan muy estrechos con el Republicano Nacional.

Una de esas pandillas de hampones, cubierta su retaguardia por la policía, es la que, por ejemplo, se instala en las vecindades del Registro Electoral —que, oh casualidad, son las mismas del edificio donde se editan los periódicos propiedad de Ulate— para hacer de las suyas. Y las suyas consisten en abrir la cabeza a los funcionarios del Registro que detienen sus intentos de fraude, cuando salen con rumbo a sus casas por la noche. La calle donde está situado el Registro Electoral se convierte en calle de terror, y los funcionarios tienen que recurrir a los Delegados del Tribunal (nombrados en virtud del arreglo), para poder salir de su trabajo. Claro, los delegados apenas inspiran a las gentes del régimen un respeto relativo, y en varias ocasiones son también ellos objeto de vejámenes.

Mientras tanto, pareciera que, los grupos que el Gobierno llama "terroristas", han desaparecido bajo tierra. Se corre el rumor de que ahora colaboran con los planes revolucionarios de Figueres. Pero una noche de noviembre, cuando las gentes de la capital están metidas en sus acostumbradas funciones dominicales de cine a las 7, estalla una bomba estruendosa.

Los talleres del diario gobiernista "La Tribuna" han sido considerablemente dañados, y un guarda del edificio ha sido muerto. Pocos minutos después, hacen su aparición las brigadas comunistas, que atacan a su vez los talleres de los periódicos de Ulate, causando en ellos serios daños, apedrean y deterioran las imprentas de otros diarios de oposición, e incluso alguna imprenta particular.

El Gobierno, pomposamente, anuncia que castigará a los criminales que pusieron la bomba. Y hay un Juez Penal que se encarga del proceso, y que comienza a moverse como una lanzadera, principalmente entre el edificio

de los Juzgados y la casa del doctor Calderón. Hace Tavío una redada de muchachos opositoristas, a los que mantiene detenidos unas horas. Luego, salen todos menos uno.

Al día siguiente, San José presencia atónita cómo, de todos los postes de la ciudad, cuelgan reproducciones de la primera página de "La Tribuna" (que ha sido rápidamente reparada), en las cuales se exhibe, con los epítetos, de asesino, criminal y otros sinónimos, la enorme fotografía del honorable joven de la oposición, que permanece en la cárcel. Se trata de Federico Apéstegui, joven distinguido que no alcanza los treinta años, empresario agrícola, recién casado, y persona seria y de magníficos antecedentes. Su padre y uno de sus hermanos son incluso afectos al doctor Calderón. La ciudadanía vibra de indignación. Inmediatamente uno de los abogados de mayor prestigio nacional se encarga de su defensa, y como primera providencia ofrece el testimonio de calderonistas honorables, de honorabilidad a prueba de sospechas, que afirman y declaran haber estado junto a Apéstegui y su joven esposa, en la función dominical de uno de los principales cines. Apéstegui mismo está en capacidad de describir el programa cinematográfico que presencié, y de presentar testigos fehacientes de todos sus movimientos de esa noche. Pero el Juez hace imposible la defensa. Hay un individuo desconocido que afirma haber sido quien depositó la bomba, y que asegura haberla recibido de manos de Apéstegui, en las cercanías del Hospital San Juan de Dios, para que él la llevara en su taxi a "La Tribuna". Pero nadie sabe de dónde han sacado Tavío y el Juez, ese individuo, y es sospechoso que nadie en la ciudad le conozca como chofer de taxi. Lo único que se sabe es que es un confeso espontáneo, y que nunca se le hallará en la Penitenciaría donde se ha encerrado a Federico Apéstegui.

No hay recuerdo de proceso que haya apasionado más a la opinión, que haya despertado mayor ira. Sobre todo, habida cuenta de que el caso mismo está sujeto a dudas. ¿Cómo lograron los comunistas organizar sus brigadas de "protesta" en tan escasos minutos y un domingo por la noche? ¿Cómo es posible que quien va a colocar una bomba en un periódico aborrecido, se valga para ello de un chofer desconocido al que apenas ha dado muy generales instrucciones? ¿Cómo es posible que la investigación se haya detenido en cuanto se ha encontrado una víctima propiciatoria de tan evidente inocencia? ¿Cómo es posible que un edificio tan cuidadosamente vigilado todo el tiempo por la policía, como es el del

periódico que hace la política del Gobierno, haya estado sin vigilancia policial esa noche?

Las preguntas, aparentemente, no tienen respuesta, pero Federico Apéstegui sigue preso. No se encuentra la manera de excarcelarlo, porque el proceso está siendo conducido de una manera capaz de exasperar al más paciente de los abogados defensores.

Ulate ala cabeza, todos los personeros de la oposición salen a solidarizarse con Apéstegui, y a proclamar su inocencia; en uno de sus pocos impulsos de cólera, Ulate proclama que cuando la oposición asuma el poder, esa que él llama "porquería de juez" dejará de serlo. Pero nada concreto se puede hacer frente a la mera fuerza bruta lanzada contra Federico Apéstegui. Y todavía tiene el doctor Calderón la tranquilidad de llamar su amigo al padre de la víctima, que le repudia en forma conmovedora.

Conforme avanzan los días, la arbitrariedad y la desvergüenza, se hacen más vistosas. Pues pocos días antes de la bomba en "La Tribuna", ¿no han perseguido los guardaespaldas del doctor Calderón a dos indefensos campesinos hasta el interior de un templo católico, para disparar sobre ellos allí mismo, frente a los altares?

La ciudadanía vive días de espantosa zozobra. Pareciera que ya nada ha de detener la vesania desorbitada de un régimen desesperado por perpetuarse. Conforme se acerca el febrero de la elección, las cosas se agudizan más. Y —qué diablo— los comunistas también se quitan la careta. Si desde cada cuartel se aturde a los ciudadanos con disparos continuos, ellos también quieren hacer lo mismo. E instalan su arsenal en una radiodifusora que han comprado para injuriar, y desde ella desatan ellos sus propios tiroteos contra los habitantes de San Pedro de Montes de Oca, donde la tienen instalada.

El día que no hay muertos, hay heridos graves. El movimiento de inscripción de votantes en el Registro Electoral, ha dado al calderonismo la medida del tamaño de la oposición. Y la pureza intachable de los funcionarios electorales, le hace cada día más difícil la comisión de un fraude como el de 1944. El día de las elecciones, que se acercan, no será posible hacer un despliegue de terror, porque ese día, y el calderonismo lo sabe, habrá en el país muchos observadores extranjeros, de preferencia

periodistas, que llegarán a sus patrias a contar la verdad de lo que vean.

De modo que, si se ha de alejar a los ciudadanos de las urnas por medio del terror, ese terror ha de ser intensivo y prolongado a todo lo largo de los últimos meses de campaña. El día de la elección -calculan ellos- ha de encontrar a los ciudadanos completamente atemorizados, hasta el punto de que no lleguen a votar. Ese es el plan, y lo van cumpliendo —en lo que a ellos respecta— punto a punto.

Pero la oposición no se los cumple. En vano han sido todas las cosas. El 8 de febrero de 1948, desde muy temprano, frente a los edificios escolares de todo el país donde fungen las mesas de votación, hay largas filas de ciudadanos que se aprestan a votar. Y ya es muy tarde para desatar los ; tiroteos; además, ese día, de acuerdo con los convenios de agosto, la fuerza pública está bajo las órdenes del Tribunal Electoral.

Pero tiene todavía el Gobierno una carta de triunfo en la mano, i es el llamado "voto a computar". Resulta que hay una disposición que permite que un ciudadano vote fuera del distrito de su residencia, indicando que su voto debe sumarse a los que se reciban en la urna que efectivamente le corresponde. En esta forma, individuos portadores de cédulas falsas, pueden depositar sus votos en lugares donde no se conozca al auténtico propietario de la cédula. El régimen ha hecho tradición de subir a sus hampones o a sus policías (que a la larga vienen siendo lo mismo) y a otros sujetos de igual calibre y calaña, en vehículos errantes que los van llevando de pueblo en pueblo, a que en cada pueblo voten. Es lo que sucedió en Llano Grande el 13 de febrero de 1944, y que desató una tragedia. El partido del doctor Calderón cuenta con llevar en esa forma a las urnas, por lo menos veinticinco mil votos para su candidato. Eso es lo que ha llevado tradicionalmente; lo que llevó en 1942, lo que llevó en 1944, lo que llevó en 1946. Con esos 25.000 votos, el doctor Calderón ganará las elecciones, según se calcula, sobre todo si los opositores no llegan a votar, según se desea.

La lucha contra el "voto a computar" la viene dando la oposición desde tiempo atrás, sin lograr eliminarlo. Pero puede reglamentarse, y el propio día de la elección el Tribunal Electoral lo reglamenta, y dispone que ese tipo de votos sólo podrán recibirse durante las dos últimas horas de votación.

Esto es decisivo en aquel día de tranquilidad casi bucólica, en ese que es el único día de paz que los costarricenses han disfrutado desde hace años; en ese día en que, para que los observadores extranjeros no los vean, no han salido los agresores, los atemorizadores, los encargados del encarcelamiento y de la tortura.

Y ocurre entonces el más sorprendente de los fenómenos. El más memorable. El más insólito. Conocida la disposición del Tribunal, y sin que nadie de consigna alguna, en cada ciudad del país, en cada villa, en cada aldea, frente a cada escuela, cuando faltan pocos minutos para que llegue la hora en que no habrá más remedio que recibir los votos falsos con que el doctor Calderón piensa lanzar una avalancha sobre Ulate, se vuelven a formar las largas filas de votantes; campesinos de camisa blanca y sombrero de palma en los campos; hombres de saco y corbata, o de jacket y camisa sport, en las ciudades. A estas horas, por lo general, el grueso de los ciudadanos ha votado, de modo que es inesperado eso de que a tan tardía hora haya filas tan compactas.

Y cada uno, de los que forman fila, va llegando ante la urna, y cumple con el requisito de decir su nombre y extender su cédula. Los miembros de la mesa receptora se miran sorprendidos: "Pero ya usted votó", le dicen. Y efectivamente, ya votó. No puede votar otra vez, claro está, y se retira. Y el que le sigue, resulta que ya votó. Y toda la fila que viene atrás, ya votó también. Y los frauderos del doctor Calderón se impacientan porque han llegado a hacer el fraude cuando ya la inesperada fila era muy larga. Uno tras otro, los que están antes que los frauderos se van retirando del recinto, sin votar porque ya votaron. La demora desbarata los cálculos del partido del gobierno; porque a ese paso, con dificultad podrán votar los pasajeros de los vehículos de policía y Obras Públicas, una vez cada uno.

Difícilmente podrán hacer una de las muchas visitas que, al estilo de la de Llano Grande en 1944, tienen proyectadas. Una vez más, el pueblo anónimo se les ha impuesto. No es una resistencia armada, ni siquiera una resistencia pasiva y diferenciable, lo que se les enfrenta. Es no más una fila pacífica de hombres que van entrando al recinto electoral a que les digan que no pueden votar porque ya votaron, y que conforme pasan los minutos, va disminuyendo el margen de tiempo con que calderonistas y comunistas contaban para meter sus votos falsos.

Y de pronto, cuando apenas han logrado los frauderos comenzar a depositar los primeros votos de la tarde, terminan las votaciones. Ya nada , les queda por hacer.

Sí, algo les queda todavía: matar. Y matan a dos muchachos, en plena capital, cuando acaba de anochecer, y porque sí.

Pero la jugada está concluida. Sólo falta conocer los resultados de la elección, que ya esta vez no los dará la Casa Presidencial, sino el Tribunal de Elecciones.

Los resultados comienzan a saberse pasadas apenas las 6 de la tarde. Es la hora en que el país todo pareciera sumirse en un silencio de angustias y presagios. Los corazones palpitan en silencio y con mayor tuerza, atentos a los radios que en cada casa, en cada local de partido, van a comenzar a dar, urna por urna, los resultados de la elección.

A las 7 de la noche, Ulate lleva una ligera ventaja. Pasadas las 8, esa ligera ventaja es del doctor Calderón, y los corazones se hacen un puño. A las 8 y media, sin embargo, Ulate vuelve a tomar la delantera, y la sigue tomando, y la toma cada vez más, y ya a las 11 de la noche, puede decirse que Ulate ganó.

Toda la noche siguen los radios proporcionando la buena nueva, la grata nueva de que de nada sirvió el terror, de que el fraude fue derrotado, Y esa noche del 8 de febrero, la mayoría de los costarricenses se acuestan sonriendo, tranquilos por la primera vez en mucho tiempo, con un sentimiento que es glorioso pero indefinible. ¡Han ganado!

Y es imposible no imaginar que entre los pensamientos de esa noche está, de los primeros, uno dedicado a la desaparecida, amarga, reivindicada, figura de León Cortés.

XV

DESPUES DE LA ELECCION

Sólo por pocas horas logran los ulatistas celebrar su victoria. En la clara y asoleada mañana del 9 de febrero "los informados" recorren las calles dando la buena nueva de que el doctor Calderón ha aceptado su derrota. Gentes que estuvieron en su casa la noche anterior lo afirman así.

Pero al mediar la mañana, se sabe que ya algunos distinguidos personajes han ejercido toda la presión posible sobre él para que rectifique; y él, pasado ya el primer momento de pesadumbre, decide entonces no reconocer —y prohibir a Teodoro Picado que reconozca— el triunfo electoral de su adversario.

Y como primera providencia, hace desfilar a los comunistas y a otros semejantes la misma tarde del 9, al grito de "queremos votar", y a la ficción de que no votaron. Ya el doctor Calderón ha encontrado el tema que necesitaba para agitar: Afirma que su partido no pudo votar, porque el ulatismo hizo fraudes en el Registro Electoral, y dejó a los calderonistas y comunistas fuera del padrón.

Y desde ese momento, comienza el desenfreno más espantoso de que Costa Rica haya tenido noticia. La misma noche del 9, se produce un incendio en el Colegio de Señoritas, donde está "custodiada" la documentación electoral, y no se sabe cuántas papeletas de votación se destruyen. Este es el primero de los atentados (24).

Las brigadas comunistas se lanzan entonces contra el Director del Registro Electoral, Benjamín Odio, amenazando primero con asesinarle a él, y más tarde con asesinar a sus hijos. Le rodean su casa, y atentan contra ella, hasta que el honorable funcionario tiene que huir de la capital, nocturnamente, para evitar un atentado contra su vida. Entonces "La Tribuna" pone un precio de diez mil colones a su cabeza.

Como el doctor Calderón ha pisoteado la firma que puso al pie de los documentos de agosto, algunos de los diputados de su partido anuncian que habrán de seguirle, que se negarán a reconocer a Otilio Ulate como Presidente de la República, aunque el Tribunal de Elecciones le declare tal, y que contribuirán con su voto, en la sesión que el Congreso debe celebrar el 1ero de marzo, a que se anule por ese cuerpo la elección del 8 de febrero.

"La Tribuna" no se cansa de gritar en todos los tonos que la Oposición le ha hecho fraude al Gobierno. Los desfiles de los comunistas son hasta tres cada día. De todos los cuarteles se desatan tarde a tarde y noche a noche tiroteos contra las ciudades. El Arzobispo Sanabria convoca a una "Junta de Notables" (a la manera del novecientos) que pide se respete el resultado electoral; mientras tanto, la policía encarcela al personal de talleres de "Diario de Costa Rica", y el periódico de Ulate ha de editarse en un taller ajeno. De nada vale que la Oposición demuestre que si algunos ciudadanos se quedaron sin votar, eran en su mayoría ulatistas. El Doctor Calderón llama uno a uno a los diputados de su partido a pedirles que pasen por encima de las firmas estampadas y le ayuden a anular la elección de Ulate.

La Cámara de Industrias dirige una interpelación a un grupo nutrido de calderonistas no viciados, y estos le contestan, casi todos, que, en cuanto a ellos se refiere, la elección de Ulate es buena y debe ser aceptada. Estas, y cosas semejantes, no hacen más que enfurecer cada día más al Doctor Calderón, al extremo de que cuando uno de sus más íntimos amigos y mejores consejeros, que se encuentra de Delegado de Costa Rica en alguna Conferencia Económica de carácter internacional, le dirige una carta que es un llamado a la cordura, inmediatamente es destituido de su cargo y Costa Rica se queda Sin representación en la Conferencia.

Mientras tanto, el ulatismo requiere discretamente que, en cumplimiento de los pactos de agosto, se le entregue ya la dirección de la fuerza pública: que ésta pase de las manos de los tavíos a las de las gentes honorables. El Secretario de Seguridad Pública, René Picado, comienza con evasivas, luego hace ofertas y más tarde peticiones. Un día dice que esa noche entregará; en la noche manda a pedir dinero a cambio de la entrega. La cifra pedida sube cada noche y llega a ser exorbitante. Luego se niega totalmente a escuchar el requerimiento.

Mientras tanto, el Tribunal de Elecciones cuenta votos. El recinto' donde sesiona está continuamente resguardado por voluntarios de la oposición, que por las noches siguen en guardia, no sea que los "mariachis" decidan provocar otro incendio. La casa de uno de los Magistrados, hombre de mas de setenta años, es apedreada una noche por las turbas en medio de la complacencia de la policía; otro de los Magistrados, respetable anciano también, se ve una noche obligado a saltar por la tapia posterior de su casa, ante el inminente ataque de que ésta va a ser objeto por parte de las hordas de los partidos del Gobierno. Sólo hay un Magistrado Electoral que esté a salvo de estas barbaridades, y esto da qué pensar.

En estos días de emergencia vuelve a presentarse dentro del ulatismo el fenómeno ocurrido durante los días de la huelga. La casa de Carlos Luis Valverde vuelve a ser punto de congregación, el imán que atrae a los opositores. El mismo Ulate vuelve a instalarse en ella.

Entonces se llega a saber con claridad, qué estaban haciendo los del "grupo terrorista" desde los días de la huelga. Abandonada ya la inocentada de colocar inofensivas bombas, se han dedicado subrepticamente a comprar armas. Tienen algunos rifles y algunas pistolas, y una que otra ametralladora de pecho. Poco antes de las elecciones salieron de San José con rumbo a campos cercanos, a permanecer durante la votación en estado de alerta, no se sabe muy bien con qué propósitos. Y pasadas las elecciones parece que no regresan.

Según algunos, esos muchachos y otros más, se han ido con rumbo a una de las fincas de Figueres, no se sabe a cuál, donde están concentrados, se ignora con qué fines. A veces uno que otro llega a casa de Valverde, y se encierra con él, y conversan largo rato, pero nada más.

Vagamente va prendiendo en los corazones otra vez la esperanza de que por fin algo se haga. Es difícil lograr nada si no es recurriendo a las vías de hecho. Y el nombre de José Figueres comienza a cobrar nuevo relieve. Ha desaparecido de la circulación casi totalmente, desde hace muchos meses. Aunque nominalmente figuraba como Jefe de Acción del ulatismo, su participación en la campaña puramente electoral ha sido mínima, y más o menos desde los días de la huelga, en que participó con calor en los debates que la declararon y luego anduvo animando a los huelguistas en Cartago y por la Capital, casi no se le ve.

¿Será —se preguntan algunos— que estaba efectivamente preparando planes revolucionarios? Y los que tal se preguntan, se quedan pensando si no sería en verdad cierto lo que desde mucho antes se rumoraba , sobre Figueres, y la preparación sería de un movimiento armado. Pero ¿con qué armas?, ¿con qué elemento humano? Y la perspectiva de que efectivamente Figueres esté a punto de hacer estallar esa revolución que tanto se ha dicho que está preparando, anima los espíritus, aviva los ánimos y muchos jóvenes comienzan a indagarse concienzudamente de si aquello es cierto, y de las posibilidades que hay de llegar al sitio donde Figueres esté. Alguna vez ha venido Figueres a San José, casi secretamente, se ha entrevistado con Carlos Luis Valverde y su hermano Fernando, y posiblemente con Ulate. Pero si bien se muestra entusiasta, no está optimista. Hay la posibilidad de conseguir algunas armas, pero no se sabe ni cuántas, ni cuándo ni cómo. Uno de sus principales amigos y seguidores, el diputado Francisco Orlich, jefe de acción del ulatismo en la provincia de Alajuela, ha días que ha salido con rumbo a su población natal de San Ramón, aunque ha anunciado que vendrá el 1ero de marzo a defender desde su curul la limpia y legítima elección de Otilio Ulate.

El recuento de votos, voto a voto, es lento, y los calderonistas y comunistas se encargan de entorpecerlo continuamente por medio de sus personeros. Lo grave es que al Tribunal le concede la ley sólo tres semanas para efectuar esa labor. Pero, a más de los votos que no fueron incendiados, el Tribunal tiene otros elementos de juicio, como lo son los resultados de las respectivas votaciones que le han sido comunicados por las juntas receptoras, y la suma de los cuales favorece evidentemente al candidato de los opositores. Ya es claro que el doctor Calderón tiene una buena mayoría en el Congreso para anular la elección. Pero el fallo que el Tribunal ha de dar —a más tardar el 28 de febrero— es el respaldo moral que la triunfante oposición necesita para hacer valer ante el mundo sus derechos.

El propio 28 de febrero, el Tribunal da su fallo. Y con vista de los votos que ha podido contar, y de los resultados electorales comunicados por las juntas receptoras —que han estado lejos de ser dominadas por el ulatismo— declara provisionalmente electo Presidente de la República para el período 1948-1952 a Otilio Ulate. El fallo lo firman los tres Magistrados del Tribunal.

Pero hay uno, el que se ha visto exento de las jaurías comunistas que consigna una especie de voto salvado al pie. Un voto salvado que, sin serlo, abre una ancha puerta para que por ella se cuele el doctor Calderón. El Magistrado Koberg expresa que, en vista de que el recuento de votos no ha sido terminado, es de opinión que se ponga toda la documentación restante (restante después de lo que se ha contado, y después del incendio) en manos del Congreso, para lo que éste tenga a bien disponer, sea que el recuento prosiga, o cualquier otra cosa.

De esta otra cosa se prenden Calderones y Picados como de un clavo ardiendo. El Secretario de Seguridad Pública Rene Picado hace una declaración chabacana en la que expresa que, en vista de que el fallo del Tribunal no es unánime, se siente relevado del compromiso de entregar la fuerza pública al Presidente Electo. E igual hacen algunos diputados con su compromiso de respetar el fallo del Tribunal. Ese día, además, los Magistrados Electorales Gerardo Guzmán y José María Vargas, los dos ancianos juristas que dieron antaño prestigio y gloria a la Corte Suprema de Justicia de los buenos tiempos, y que han dado ahora un ejemplo de entereza moral y de rectitud sin límites a todas las generaciones que han de seguirles, ven su efigie publicada, con un número en el pecho como los de los presidiarios, en uno de los periódicos del calderonismo.

Es un día espantoso aquel, lleno de rumores y temores. Se dice que Ulate se alzaría en armas junto a Francisco Orlich en la región norte de Alajuela. Se sigue, que Figueres ha de alzarse igualmente al sur de San José. Pero, ¿con qué armas?

El lunes 1ero de marzo ha de reunirse el Congreso, por prescripción constitucional, para conocer de las elecciones. No todos los diputados calderonistas están dispuestos a pasar por sobre sus firmas. Varios lo han manifestado así. El Licenciado Arturo Volio, político de la vieja generación, de filiación calderonista, y padre de uno de los diputados que han manifestado que harán honor a su compromiso, pronuncia una frase conmovedora por lo justa y viril. Dice: "Le he dicho a mi hijo que vaya al Congreso a hacerle honor a su firma aunque lo maten"; y lo dice en el seno de una nueva "Junta de Notables" convocada por el Arzobispo Sanabria, de la que sale un nuevo llamado a la honorabilidad del elemento de Gobierno.

"Aunque lo maten", ha dicho el señor Volio; y la frase tiene el vigor de las cosas posibles. Pero el calderonismo no ha decidido todavía matar a los diputados fieles a su honor. Lo que hace es, por ejemplo, secuestrarlos. Y secuestra por lo menos, a dos diputados calderonistas cartagineses que no quieren prestarse más a los crímenes políticos del doctor Calderón..

El Congreso es, el 1ero de marzo, un hervidero espantoso. Comunistas ebrios ocupan las barras con la consigna de no permitir hablar a los diputados de la oposición. Cada intervención de éstos es recibida con rechiflas y gritos estentóreos y obscenos. Y, por supuesto, son aclamaciones las que reciben a los oradores que piden se anule la elección. Al pedir esto, compiten en elocuencia los diputados puramente calderonistas y los diputados comunistas. Lo que un comunista dice, lo corrobora un calderonista; lo que un calderonista afirma, lo aumenta luego un comunista. El fraude que la oposición le ha hecho al inocente Gobierno es, según ellos, colosal; casi podría decir por ejemplo el frondoso señor Albertazzi, que es más colosal que el del 13 de febrero de 1944. Pero, claro, no se atreve. (25)

Por fin la fuerza bruta de la mayoría se impone, y en medio de los gritos alcohólicos de las barras, el Congreso da un golpe de estado y declara nula la elección del 8 de febrero. Los diputados opositores tienen que salir del recinto protegidos por sus amigos, y en algunos casos, por autoridades del tránsito, en las que todavía quedan hombres decentes.

Pero ya la noticia espantosa, la más espantosa del día, se sabe. Hasta los oídos de los diputados opositores había llegado durante la sesión, pero no le dieron crédito, interpretándola como un rumor desatado por el Gobierno para sacarles del recinto del Congreso. Ahora, al salir, saben que es cierta: un grupo de militares, al mando de Tavío, y en carros blindados, ha rodeado la residencia del doctor Valverde, donde se encontraban Ulate y un grupo de amigos. Cuando el dueño de la casa salía a preguntarles qué deseaban, han abierto fuego de ametralladoras contra él, y Valverde, el segundo hombre del ulatismo, agoniza en el Hospital San Juan de Dios. De Ulate y los demás no se sabe, pero se dice que se encuentran refugiados en una residencia vecina.

Efectivamente, mientras Carlos Luis Valverde agoniza, hazaña cumbre del mercenario Tavío y de quienes le pagan y azuzan, Ulate, con un pequeño

grupo de amigos, se encuentra refugiado en una casa vecina, de la que no pueden salir porque la policía y la militarada tienen cerco puesto a la vecindad. El "General" René Picado demanda la "rendición" de Ulate, y ya un diplomático suramericano, bien conocido por sus nexos de simpatía y amistad con el régimen, se ha brindado a ofrecerle al Presidente Electo "asilo" en su legación (lo que significa su salida inmediata del país).

La señorial casa de Valverde ha sido arrasada por los esbirros. Entraron a cuchillo en los cuadros y muebles, quebraron las vidrieras, estamparon leyendas asquerosas en las paredes, arrancaron de cuajo las puertas de los armarios y se llevaron las alhajas y el dinero. Destruyeron los libros de la biblioteca y clavaron las bayonetas sobre las almohadas; hicieron trizas los adornos y añicos la vajilla. Y lo que no se llevaron quedó hecho pedazos.

El Arzobispo decide intervenir una vez más. Y logra entrevistarse con un emisario de Ulate. El gobierno (concretamente, René Picado) acusa a Ulate de complicidad en el "asesinato de dos guardas fiscales" (se trata de dos de los asaltantes a la casa de Valverde, que resultaron muertos cuando, herido el dueño de casa, alguien disparó una escopeta de cacería sobre los esbirros desde el segundo piso). Y el Gobierno le ofrece al Presidente Electo una de tres alternativas: asilo en una Legación, detención en su casa, o la cárcel en compañía de los amigos que le acompañan. Ulate escoge la última, y va a parar a la Penitenciaría.

Preso Ulate, el cínico René Picado declara que ya puede renunciar tranquilo a la Secretaría de Seguridad Pública, e irse "a vivir a San Antonio, Texas" donde parece que tiene negocios. Mientras tanto, el Tribunal Electoral recibe comunicación congresil de que la elección presidencial ha sido anulada, y de que —irónico anticlímax— debe seguir adelante en el recuento de los votos recibidos para la elección de diputados. Los Magistrados Vargas y Guzmán renuncian inmediatamente.

Al día siguiente, uno de los pocos jueces decentes que todavía quedan (Máximo Acosta, luego Magistrado de la Corte Suprema de Justicia) ordena que se ponga en libertad a Ulate. por no haber cargo alguno contra él. Al salir Ulate de la Penitenciaría, se dirige de inmediato al Hospital San Juan de Dios, en busca de Carlos Luis Valverde. Y llega apenas a tiempo de verle morir. Es el 3 de marzo de 1948. Hace exactamente y día por día, dos años que falleció León Cortés. Y dos años justos después de su

majestuoso entierro, vuelve a congregarse la inmensa multitud, la incontenible multitud, para conducir a su tumba a otro de los grandes líderes del movimiento opositor. Pero es una multitud desconcertada la que acude a enterrar a Carlos Luis Valverde. Es una multitud que ya no sabe qué hacer, una multitud exacerbada que sólo espera la voz de mando para entrar en acción.

Los banqueros ofrecen mediar una vez más. Pero mediar, sobre la base de que llegue a la Presidencia un hombre de transacción. Vuelven a prepararse y a frotarse las manos los eternos aspirantes. Las conversaciones son interminables. Ulate, espantosamente abatido, casi deshecho por la muerte de su gran compañero de lucha, está en un estado espiritual que le hace aceptar la idea de la transacción. Sumido en un dolor profundo que su semblante generalmente impasible no logra ocultar, pareciera, a los ojos de sus hombres más cercanos, que a lo único que aspira ya es a salir de aquella espantosa y negra pesadilla. Los banqueros, barajan nombres. Las gentes no se atreven ya a salir a la calle. El comercio tiene cubiertas sus ventanas con gruesas y feas tablas, y toda la capital no es más que un extenso desierto, por el cual no circulan siquiera los vehículos. Jamás se vio desolación igual. Los opositores mismos van perdiendo todo contacto entre ellos, y parece que por primera vez, en la larga lucha de ocho años, los espíritus estuvieran amilanados. De cuando en cuando se corre, como la voz de la esperanza, la de que tal vez Figueres haga algo. "Tal vez Figueres..."; pero la frase se pronuncia con un tono que no disimula el desencanto y el pesimismo.

Han regresado de la costa los "mariachis", que, sombríos, oscuros, impávidos, recorren pausados la ciudad con sus rifles en un hombro y sus cobijas en otro, deslumbrados de día, tiritantes de noche, amenazantes siempre. Muchos ciudadanos tratan de irse al campo. Otros, de tomar rumbo hacia el sur, donde puede existir una cosa semi-legendaria que se llama Figueres, pero en la que quizás no valga la pena siquiera creer.

Es un lugar quebrado y pintoresco. Cuando se llega a él desde el Este, es como si se asomara uno al cráter de un volcán. Pero un cráter Je un volcán. Pero un cráter risueñamente poblado, con coquetas y limpias casitas, con una burbulleante fábrica de cuerda, con una escuela, y una iglesia, y un pequeño hospital, y una plaza de deportes arrancada a las colinas con tractor. Allí se vive un auténtico y privado régimen de seguridad social.

Empinada colina tras empinada colina, del fondo del tremendo hoyo donde está la población, salen hacia arriba, verticales casi, los montes y los collados; y los caminos tienen que ser caracoles y espirales. La finca la llaman "La Lucha" y basta verla para comprender la lucha que debe haber significado el levantarla, como la levantó su dueño, de la montaña virgen y lluviosa. Pero su nombre completo y verdadero es más expresivo, y puede verse colocado sobre uno de los portones de entrada: "La lucha sin Fin". Allí vive, allí sueña, allí trabaja José Figueres. Y ahora se encuentran a la par de él unos muchachos que no llegan a cincuenta, pero que están dispuestos, si no a vencer, por lo menos a morir simbólicamente en señal de protesta por la desaparición de las libertades patrias. Parece que, por fin, se han conseguido armas. Un grupo de revolucionarios dominicanos las tiene en Guatemala, y estaría dispuesto a facilitarlas. Ya un emisario insospechable ha traído una respuesta. El problema consiste en traerlas. Para traerlas, se necesitan aviones. Y aeropuertos por consiguiente. Tal vez si se pudiera capturar un aeropuerto en los momentos matinales en que llegan allí los aviones de servicio local, algo podría hacerse. Habría que intentarlo. El, les manifiesta Figueres a los muchachos que le acompañan, lleva años de estar pensando en esas cosas. Tiene planes ya muy elaborados. A él no le ha interesado ni un momento el problema electoral, porque presentía que habría de desembocar en una situación como la que se está viviendo. El, desde 1942, piensa en términos militares. Por ejemplo...

En la capital desolada y congojosa, el Gobierno oye los rumores de que Figueres prepara algo. Claro, se trata de un loco y los calderonistas saben que no hará nada. Pero ya se le enseñó una lección a Carlos Luis Valverde, y valdría la pena enseñarle otra a este presunto jefe revolucionario. La verdad es que sería agradable irse hacia el Sur y traerlo amarrado, para que de una vez se desilusionen Ulate y los ulatistas, y sepan todos que —como dice el resobado lema de la campaña gobiernista— "Calderón Guardia será Presidente".

Es verdad; no se toman muy en serio esos rumores sobre Figueres, pero, por si acaso, es mejor tomar algunas precauciones. Por lo pronto, no debe ser una brigada de "camaradas" la que vaya a traerlo preso. Será, mejor mandar algo más digno de confianza. Mandar a un militar valiente, y dispuesto a todo, que no conozca el miedo.

Y buscan a uno que está más o menos en retiro; que pertenece más al Estado Mayor del doctor Calderón que al del Gobierno. Que es militar de oficio, y de valor bien probado en muchas ocasiones. Que es militar de verdad y no es esbirro ni perro de presa. Y el Coronel Rigoberto Pacheco asume el mando de la cuadrilla que va a ir a "traer a Figueres".

No regresa el Coronel Pacheco. Una bala certera se le atraviesa en el camino. Pero esa bala no es ya una bala terrorista. Es una bala revolucionaria. (26)

Una patrulla ha avanzado la noche anterior desde "La Lucha" hasta San Isidro del General, donde hay aeropuerto y llegan aviones. Y aquella mañana clara en que el calderonismo satisfecho espera el triunfal retorno de su valeroso coronel, del campo de aviación de San Isidro, ya en manos de la revolución, se han levantado briosos y optimistas, dos aviones que han tomado rumbo al Norte, a traer el primer cargamento de armas para los cuarenta días de agonía y heroísmo en que José Figueres y sus guerreros improvisados levantaron la hoguera en sus brazos para convertirse en viento de esperanza que lo fue luego de triunfo y libertad.

Pero esa, la de los cuarenta días de la Guerra de Liberación Nacional, es otra historia.

Notas:

1. Ricardo Fernández Guardia.—La Independencia y Otros Episodios.—San José, 1928.—Pág. 128.
2. Op. cit. p. 207.
3. LA TRIBUNA, San José, 7 de Noviembre de 1939.
4. La elección era entonces de segundo grado.
5. Ministro de Obras Públicas y Transportes, hoy.
6. DIARIO DE COSTA RICA, 8 de Julio de 1942.
7. DIARIO DE COSTA RICA, 7 de Julio de 1942.
8. DIARIO DE COSTA RICA, 8 de Julio de 1942.
9. Ya en la prensa se ha dicho la víspera, que "los discursos pronunciados en la Casa Presidencial parecieron haber sido dichos con la intención expresa de exaltar más al pueblo".
10. TRABAJO, 22 de Agosto de 1942.
11. El autor se limita a enunciar la posibilidad, porque él perteneció al grupo.
12. El autor se permite ofrecer galantemente esta salida a los observadores extranjeros, y a los periodistas y corresponsales que propalaron por toda América la versión del nazismo de Cortés, y del peligro en que se hallaba "la obra social del bondadoso Presidente" de 1943.
13. DIARIO DE COSTA RICA, 18 de Febrero de 1944.
14. Cuartel situado en las afueras de San José donde el Gobierno tenía su mejor equipo militar. Así llamado por el renombre del Regimiento que lo ocupaba.
15. Confederación de Trabajadores Costarricenses; Central Sindical de los Comunistas.
16. Valverde era Presidente del Social Demócrata en 1946.

17. DIARIO DE COSTA RICA, 15 de Marzo de 1947.
18. La Confederación de Trabajadores de Costa Rica, (C T C R) afiliada a la C T A L de Vicente Lombardo Toledano.
19. DIARIO DE COSTA RICA, 1ero de Abril de 1947.
20. Sobre estos sucesos, y los que les siguieron, cfr.: *Roberto Fernández Durán—La Huelga de Brazos Caídos.*—Editorial Liberación Nacional, 1953.
21. Roberto Fernández Durán, op. cit. p. 8.
22. DIARIO DE COSTA RICA, 29 de Julio de 1947.
23. Roberto Fernández Duran. Op. Cit. p. 35.
24. Meses después se encontrarán algunos de los votos no totalmente quemados, en las oficinas de la Dirección General de Detectives.
25. Para vergüenza de los protagonistas del atentado, la sesión parlamentaria del 1' de marzo de 1948, fue íntegramente grabada. Y desde entonces, en cada aniversario del acontecimiento, la grabación ha sido transmitida por la radio. Es esa una costumbre que debería permanecer implantada para toda la vida. Que los que allí se oyen —ya que los opositores no se oyen por la obscenidad de las barras- sigan siendo oídos, como recordatorio, y mientras vivan, por todos los costarricenses.
26. El suceso ocurrió así: Cuando la patrulla capitaneada por el Coronel Pacheco entraba en territorio de los alzados, un grupo de éstos le dio el "Alto"; así se entabló un combate que duró 45 minutos, de resultados del cual murieron, no sólo el Jefe de la patrulla, sino también otro oficial de alta graduación, y un ayudante. También hubo varios heridos.